

Cuadernos Deusto de Derechos Humanos

Núm. 99

Cartas transatlánticas: un diálogo epistolar entre jóvenes sobre la violencia y la convivencia social en Euskadi y en EE.UU.

Annabel Martín
María Pilar Rodríguez
(eds.)



Deusto

Instituto de Derechos Humanos
Pedro Arrupe
Giza Eskubideen Institutua

Cuadernos Deusto de Derechos Humanos

Cuadernos Deusto de Derechos Humanos

Núm. 99

Cartas transatlánticas:
un diálogo epistolar entre jóvenes
sobre la violencia y la convivencia social
en Euskadi y en EE.UU.

**Annabel Martín
María Pilar Rodríguez
(eds.)**

Bilbao
Universidad de Deusto
2022

CONSEJO DE REDACCIÓN

Cristina de la Cruz, Instituto de Derechos Humanos Pedro Arrupe, Universidad de Deusto.
Trinidad L. Vicente, Instituto de Derechos Humanos Pedro Arrupe, Universidad de Deusto.
Encarnación La Spina, Instituto de Derechos Humanos Pedro Arrupe, Universidad de Deusto.
Felipe Gómez Isa, Instituto de Derechos Humanos Pedro Arrupe, Universidad de Deusto.

CONSEJO EDITORIAL

Anja Mihr, Investigadora del Human Rights Center de la Universidad de Utrecht, Holanda.
Antoni Blanc Altemir, Catedrático de Derecho Internacional Público de la Universidad de Lleida.
Bartolomé Clavero, Catedrático de Historia del Derecho de la Universidad de Sevilla y miembro del Foro de las Naciones Unidas para Asuntos Indígenas.
Carlos Villán Durán, Presidente de la Asociación Española para la Promoción del Derecho Internacional de los Derechos Humanos.
Carmen Márquez, Catedrática de Derecho Internacional Público, Universidad de Sevilla.
Cristina Churrua, Instituto de Derechos Humanos Pedro Arrupe, Universidad de Deusto.
Eduardo J. Ruiz Vieytes, Instituto de Derechos Humanos Pedro Arrupe, Universidad de Deusto.
Fernando Fantova, consultor en temas relacionados con los servicios sociales, Bilbao.
Francisco López Bárcenas, Academia Mexicana de Derechos Humanos, México.
Gaby Oré Aguilar, consultora internacional en el campo de los derechos humanos y el género y miembro de Human Rights Ahead, Madrid.
Gloria Ramírez, Catedrática de Ciencia Política de la Universidad Nacional Autónoma de México, UNAM, México.
Gorka Urrutia, Instituto de Derechos Humanos Pedro Arrupe, Universidad de Deusto.
Jaume Saura, Presidente del Institut de Drets Humans de Catalunya, Barcelona.
Joana Abrisketa, Instituto de Derechos Humanos Pedro Arrupe, Universidad de Deusto.
Jordi Bonet, Catedrático de Derecho Internacional Público de la Universidad de Barcelona.
José Aylwin, Director del Observatorio de Derechos Ciudadanos, Temuco, Chile.
José Luis Gómez del Prado, miembro del Grupo de Trabajo de las Naciones Unidas sobre la utilización de Mercenarios, Ginebra, Suiza.
José Manuel Pureza, Centro de Estudios Sociales, Universidad de Coimbra, Portugal.
Judith Salgado, Programa Andino de Derechos Humanos, Universidad Andina Simón Bolívar, Quito, Ecuador.
Koen de Feyter, Catedrático de Derecho Internacional Público de la Universidad de Amberes, Bélgica.
Manuela Mesa, Directora del Centro de Educación e Investigación para la Paz, CEIPAZ, Madrid.
Noé Cornago, Profesor Titular de Relaciones Internacionales de la Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea, Leioa.
Pablo de Greiff, International Center on Transnational Justice, New York.
Victor Toledo Llancaqueo, Centro de Políticas Públicas, Universidad ARCIS, Santiago, Chile.
Vidal Martín, investigador de la Fundación para las Relaciones Internacionales y el Diálogo Exterior, FRIDE, Madrid.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org<<http://www.cedro.org>>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© Publicaciones de la Universidad de Deusto
Apartado 1 - 48080 Bilbao
e-mail: publicaciones@deusto.es
ISBN: 978-84-1325-140-0
Depósito legal: LG BI 00432-2022

Índice

Conversaciones transatlánticas: para empezar <i>Annabel Martín y María Pilar Rodríguez</i>	9
Ante el reto <i>Maixabel Lasa</i>	13
Una baliza. Breve carta para los estudiantes de Dartmouth College y de la Universidad de Deusto <i>Bernardo Atxaga</i>	17
Capítulo Uno. Rachel y Unai	21
Capítulo Dos. Naiara y Pablo	67
Capítulo Tres. Lucas y Paula	89
Capítulo Cuatro. Naren y Zuriñe	113
Capítulo Cinco: Acompañantes. Luisa Etxenike, Iñaki García Arrizabalaga, Cristina Ortiz-Ceberio, Esther Pascual y Txema Urkijo	145
Autoras y autores	177

Conversaciones transatlánticas: para empezar

Annabel Martín y María Pilar Rodríguez

Este proyecto sobre convivencia y violencia social surge de una larga y estrecha colaboración intelectual y académica en el tiempo entre las editoras, Annabel Martín y María Pilar Rodríguez, afianzada por una amistad de décadas. Si bien los temas en los que hemos desarrollado nuestra investigación a menudo han ido por otras vías tales como el análisis fílmico y literario o los estudios de género, en el caso de Annabel, su honda preocupación por cuestiones ligadas a la violencia política, al terrorismo y a las víctimas le ha llevado a la publicación de artículos en los que la reflexión aúna el punto de vista filosófico y político con la responsabilidad ética y moral con resultados profundos e innovadores, muy difíciles de encontrar en el campo. En esta línea, Pilar, desde el compromiso ético de su labor investigadora, docente, y de voz pública en la vida cultural de Donostia-San Sebastián, se ha dedicado a la edición de obras colectivas que nos han permitido reflexionar sobre estos temas, especialmente en lo que atañe a las víctimas del terrorismo desde diversos acercamientos. La intención de recoger una mirada poliédrica en torno a este tema le impulsó a editar los libros *Imágenes de la memoria. Víctimas del dolor y la violencia terrorista* (Biblioteca Nueva, 2015) y *Mujeres víctimas del dolor y la violencia terrorista* (Biblioteca Nueva, 2017), libros que reúnen los trabajos de expertos en análisis cultural y violencia, y donde las dos hemos colaborado.

Más recientemente, la noción de la justicia restaurativa se ha explorado en profundidad en el libro que editamos conjuntamente titulado *Tras las huellas del terrorismo en Euskadi: Justicia restaurativa, convivencia y reconciliación* (Dykinson, 2019). Aquí se combinaron los trabajos de investigación de especialistas en justicia restaurativa con las

reflexiones personales de las personas directamente involucradas en la organización de los encuentros en la cárcel de Nanclares de Oca junto con los testimonios de víctimas que participaron en distintos encuentros restaurativos relacionados o bien con la violencia terrorista o con el terrorismo del Estado español. En dicho volumen, ambas aportamos nuestro granito de arena a esta difícil y dolorosa conversación.

El proyecto que nos atañe aquí, sin embargo, se perfila como una iniciativa muy distinta, ya que el protagonismo no viene de la mano de investigadoras e investigadores ni se sitúa en el terreno meramente académico, sino que da la voz a ocho jóvenes con una capacidad extraordinaria de reflexión y de análisis crítico de su entorno local y global. La experiencia surgió de las conversaciones que a través de correo electrónico y de sesiones de videoconferencia mantuvieron tres estudiantes de Dartmouth College (Lucas Joshi, Rachel Kent y Naren Radhakrishnan) y cinco de la Universidad de Deusto (Paula del Barrio, Pablo Bellido, Unai Murua, Zuriñe Iglesias y Naiara Nájera) a lo largo de un año (marzo 2020-marzo 2021). La iniciativa surgió de Annabel cuando puso en contacto al grupo del seminario *Bullets and Letters: Basque Terrorism and the Arts* (Entre balas y letras: El terrorismo vasco y las artes) con el de Pilar para ofrecerles un acercamiento más directo y personal al País Vasco y a la problemática de la convivencia social tras el final del terrorismo de ETA. Se planteaba cómo hacer real para un grupo de estudiantes norteamericanos, poco familiarizados con la historia del País Vasco y que vivían a cinco mil kilómetros de distancia, el impacto de la violencia política en jóvenes de Euskadi de su misma generación. ¿Cómo acercar las experiencias vitales norteamericanas, aparentemente tan distintas, a la realidad reflejada en los textos literarios, fílmicos y filosóficos objeto del seminario? El resultado superó nuestras expectativas, ya que se dio un encaje inmediato entre los dos grupos vislumbrando la necesidad palpante de diálogo sobre sus respectivas realidades sociales y políticas.

Estas conversaciones estuvieron enmarcadas dentro de la pandemia del COVID-19, ese momento cuando el confinamiento y el aislamiento se convirtieron en nuestro *modus vivendi* y cuando el contacto con el mundo y con personas fuera de nuestro ámbito más cercano se establecía virtualmente, siendo nuestras pantallas de ordenador o de móvil el enlace con el mundo exterior. El año de las conversaciones también resultó muy convulso desde el punto de vista político y social. En EE. UU. la violencia social llegó a un punto de inflexión con el asesinato a manos de la policía de Minneapolis de George Floyd, homicidio que transformó el verano de 2020 en uno marcado por importantes protestas sociales antirracistas por todo EE. UU., incluidas las ciudades de origen de los estudiantes de Dartmouth. También fuimos testigos de los estragos de la pandemia sobre los grupos sociales y raciales más vulnerables y discriminados en los dos países junto con la res-

pectiva radicalización de las políticas nacionales a resultas del auge de la extrema derecha a los dos lados del Atlántico. En EE. UU. la culminación de este proceso fue el asalto al Congreso de EE. UU. el 6 de enero de 2021, asalto inspirado, cuando menos, por el trumpismo ideológico y sus secuelas. ¿Cómo no iban a reflejar las cartas reunidas en este libro la necesidad de comparar contextos y reflexionar sobre las carencias del momento? Lo que empezó siendo un acercamiento por razones académicas a los desafíos de la sociedad vasca visto a través de los ojos de quienes asumían el testigo histórico de la memoria y la reconciliación, terminó convirtiéndose en un intercambio profundo entre un grupo de jóvenes que reaccionaban con inteligencia y compromiso ante los desafíos de la actualidad política y social. Su escritura refleja el peso y la urgencia de pensar sociedades más asentadas en valores que promulguen la convivencia civil.

¿Qué mundo heredan? Se atribuye constantemente a la juventud una despreocupación por los problemas sociales, una falta de empatía con quienes sufren, un general desconocimiento de la historia presente y pasada y un egoísmo individualista ante las incertidumbres de nuestra época en la que han desaparecido las verdades sólidas e inamovibles que, en realidad, nunca existieron como tales. Lucas, Naiara, Naren, Pablo, Paula, Rachel, Unai y Zuriñe son la representación del compromiso social y político, de la curiosidad intelectual, del interés por la historia y de la capacidad crítica de análisis e interpretación tanto de textos escritos como del contexto en el que se inscriben sus vidas. Importa destacar el hecho de que todas ellas y todos ellos han escrito estas cartas de modo voluntario, sin obtener ningún crédito ni resultado material, ni siquiera en términos de recompensa académica en su entorno universitario. Ha supuesto un gran esfuerzo y una inversión no menor de tiempo en medio de exámenes, trabajos y prácticas universitarias. Nuestro agradecimiento y nuestra admiración son difíciles de transmitir.

La indagación en la violencia nunca es fácil. Como ha explicado la literatura especializada, el recurso a la violencia y al terror atenta contra los principios morales de cualquier sociedad, y por ello los grupos que ejercen este tipo de acciones necesitan construir un discurso que legitime sus acciones para poder obtener el apoyo de ciertos sectores de la población. En estas cartas se lleva a cabo una extraordinaria labor de indagación en el concepto mismo de la violencia, en la posibilidad o imposibilidad de justificación para su uso en situaciones extremas, en la exploración de situaciones pasadas y presentes y en nuestra responsabilidad e implicación a través de nuestras actuaciones. La madurez que traslucen estos escritos es llamativa y contradice visiones superficiales de una juventud incapaz o desmotivada. La conexión transnacional que se ha llevado a cabo es digna igualmente de mención. Exhiben las cartas

un esfuerzo por entender propuestas y planteamientos desde realidades geográficas, vitales, culturales y políticas alejadas y distantes. La capacidad de empatía y de laborioso afán por entender la posición de las otras y de los otros es lo que da vida a estos escritos. Es posible imaginar un futuro más luminoso desde la indagación profunda en los errores del pasado y en las contradicciones del presente. Estas cartas arrojan luz y esperanza en una juventud comprometida, lúcida y capaz de transformar sus entornos para hacerlos lugares más éticos y más justos.

Hay detrás de este libro otras personas y otros procesos, individuos con una distinguida tradición pública en el mundo cultural, político, social y educativo, gentes que nos arropan con bellas e incisivas reflexiones sobre sus experiencias de vida con la violencia y con un futuro que se quiere totalmente alejado de ella. Hemos tenido la suerte de contar con personas claves de los encuentros restaurativos tales como Iñaki García Arrizabalaga, Maixela Lasa, Esther Pascual y Txema Urkijo. Igualmente nos han querido acompañar otras figuras del mundo cultural y universitario como Bernardo Atxaga, Luisa Etxenike y Cristina Ortiz, amigas y amigos a quienes nos une una larga historia de colaboraciones y complicidades. Su participación en este libro ha sido totalmente desinteresada; por ello, agradecemos este regalo que nos hacen y que ofrecen a quien se acerque a leer estas páginas bien en castellano o en inglés gracias a la traducción de Allan Owen. Era importante para nosotras asegurar que el libro tuviese un público lector amplio, y que las familias de nuestras alumnas y de nuestros alumnos pudiesen leer el texto de sus hijas e hijos en su versión original. Asimismo, las editoras quieren agradecer al Departamento de Igualdad, Justicia y Políticas Sociales del Gobierno Vasco, a la Universidad de Deusto, y a Dartmouth College (USA) por las ayudas concedidas para la traducción y publicación de este libro.

Para quienes nos dedicamos a la labor académica, investigadora y docente desde hace ya varias décadas, este tipo de proyectos suponen un soplo de aire fresco en un panorama que a veces se muestra excesivamente condicionado por los logros a corto plazo y por la consecución de resultados medibles en términos de provecho individual. Las dos queremos expresar nuestra fe en los jóvenes y en el valor de la amistad, en ese tejido de lo común. Este libro es fruto de esa colaboración a todos los niveles, de esa complicidad, de ese apoyo mutuo, de ese querer entender al Otro y con ello afirmar las redes solidarias que tejen todas las personas que de una u otra forma han formado parte del mismo.

Ante el reto

Maixabel Lasa

Es un honor para mí prologar este libro, cuyos protagonistas merecen todo el reconocimiento por mi parte, teniendo en cuenta que muchos de ellos no han vivido la tragedia que hemos vivido tantos y tantos sea directamente o a través de familiares, amigos y conocidos.

Soy consciente de que los jóvenes, muchos de ellos, nunca han oído hablar de ETA, ni de lo que supuso el terrorismo del Batallón Vasco Español (BVE), de la Alianza Apostólica Anticomunista (AAA), de los Grupos Antiterroristas de Liberación (GAL); no son conscientes o desconocen la historia reciente de nuestro país, pero me quedo con la reflexión de estos jóvenes, que también son reales: «Existen», conocen lo sucedido y han sido capaces de poner encima de la mesa, cuestiones muy importantes para la reconstrucción de nuestra convivencia:

- La deslegitimación del uso de la violencia.
- El respeto al diferente.
- Las responsabilidades de lo ocurrido.

En este aspecto de responsabilidades, me parece imprescindible la autocrítica.

Todos debemos hacerlo: los que vulneraron derechos humanos al amparo de una idea o un proyecto político, quienes lo hicieron al amparo del monopolio de la fuerza del Estado mediante la transgresión de sus límites, quienes legitimaron y justificaron su criminal actuación, quienes callaron por miedo, cobardía o egoísmo, quienes manifestaron ese desdén e indiferencia ante lo que ocurría a sus convecinos y a tanto sufrimiento injusto, quienes llegaron tarde a expresar su rechazo a las violaciones de derechos humanos de todo tipo o su solidaridad con todas las víctimas. TODOS.

La autocrítica no nos hace más débiles, sino más consistentes.

Precisamente para que no podamos incurrir en los mismos errores, me parece indispensable construir una memoria inclusiva, que reconozca todas las violaciones de derechos humanos, todo lo que ha sucedido. Hay que superar la trampa tendida por algunos que bajo el pretexto de la teoría del conflicto y de los dos bandos obvian y ocultan la realidad de otras víctimas del terrorismo menos reconocidas, así como las víctimas de derechos humanos por parte de las fuerzas y cuerpos de Seguridad del Estado.

La memoria es la construcción del pasado en el momento presente para dejar que nos interpele y nos ayude a esa reflexión.

Erra clamorosamente quien afirma que la memoria consiste en revolver un pasado que es mejor dejar de lado para mirar al futuro.

Es lo contrario. La memoria es uno de los grandes valores del futuro, ya que recordar es la mejor garantía para aprender.

Además, esta política de memoria tiene que sustentarse en la idea clave de la deslegitimación de la violencia y de la vulneración de derechos humanos. Ha de ser beligerante con los intentos de justificación de nuestro pasado violento y asumir que es el objetivo central de la misma.

Por ejemplo, al hilo de lo que plantea Unai, los encuentros restaurativos han jugado un papel fundamental en esta política de la memoria y autocrítica ya que dan respuestas que la vía judicial no otorga. Me gustaría aportar mi granito de arena, pues formé parte de los encuentros que a petición de los propios presos organizó la Dirección de Víctimas de Terrorismo del Gobierno Vasco.

Estos encuentros fueron un proyecto inédito, con ETA todavía vigente. Desconocíamos el resultado, pero tuvimos la valentía de ponerlos en marcha a principios del 2011. Fueron unos encuentros dirigidos por Esther Pascual que culminaron oficialmente a finales del 2012, cuando el PSOE perdió las elecciones, aunque se realizaron más encuentros fuera del paraguas institucional.

Mi participación en los encuentros fue por convencimiento personal; siempre he defendido que todas las personas nos merecemos una segunda oportunidad. Este grupo de presos expresó públicamente el rechazo a la violencia de ETA mediante su participación. Fueron capaces de hacer una autocrítica de sus actuaciones, del dolor producido a las familias, de la sinrazón de los motivos, en definitiva, han sido defensores de la deslegitimación de la violencia.

Además, después de estar con ellos, entendí el bien que habían producido en mí estos encuentros, una sensación de tranquilidad al ser consciente que dos de las personas que participaron en el asesinato de

Juan Mari Jauregi (mi marido) están convencidos de que no lo volverían a hacer, de que no se sienten nada orgullosos de haber pertenecido a ETA, que nunca debió ocurrir y que el matar estuvo mal, y está mal.

La tercera persona que participó en el asesinato no sé dónde está ni en qué situación se encuentra, pero sigo sin perder la esperanza de que pueda hacer el mismo recorrido. Estaré esperando.

Vuelvo a manifestar mi agradecimiento a: Rachel, Unai, Naren, Zuriñe, Lucas, Paula, Naiara y Pablo.

Besarkada Bat
Maixabel

Una Baliza. Breve carta para los estudiantes de Dartmouth College y de la Universidad de Deusto

Bernardo Atxaga

Me acojo yo también al cálido estilo epistolar para ver si de ese modo, abusando un poco de la confianza, alcanzo el lado de la edad en el que vosotros habitáis. No es fácil. El tiempo es un territorio, y cada generación ocupa el suyo. Las fronteras son, además, estrictas, y raramente se da una relación profunda entre, por ejemplo, la gente de veinte años y la de setenta. Seamos francos: esta carta mía, aun valiendo como prólogo, no os servirá de mucho. Lo que os valdrá será lo vuestro, lo que os hayáis dicho entre vosotros, lo que os sigáis diciendo a lo largo de este siglo XXI al que pertenecéis. ¿Qué puedo hacer, entonces? Creo que, sencillamente, daros un consejo.

«Consejo», he ahí una palabra que rima con «viejo», razón por la que muchos reniegan de ella y procuran expresarse jovialmente, disimulando, tuteando y tuiteando, adoptando la jerga que corre por las máquinas y las maquinitas. Yo no llegaré a tanto, pero evitaré la palabra, y utilizaré en su lugar «baliza». Ya sabéis lo que son las balizas, esas señales que se ponen de marca para indicar lugares peligrosos o para la orientación del tráfico. Lo que os quiero decir quisiera tener ese sentido: «Cuidado en este punto»; «Prudencia en esa zona». Para ello debo hablaros de lo que ocurre en torno a lo que, con lenguaje que tomo prestado de la religión, llamaré el Mal.

Es notorio para quienes indagan en el Mal la ausencia de culpables confesos. Reparad en lo que alegaron los ejecutores objetivos de los

mil crímenes que contempla el Ángel de la Historia. Según ellos, hubo una razón justa para actuar como lo hicieron, y llamarles «caínes» —así denominó el poeta León Felipe a los falangistas del general Franco, «caínes sempiternos»— quizás sea una concesión, pues aquel primer asesino tuvo al menos la humanidad de sentir vergüenza de su comportamiento. Recordad asimismo que a Hitler lo llamaban «el poeta», y que un periodista español de la época, Jacinto Miquelarena, cronista en Berlín de la Segunda Guerra Mundial, lo describió como el culmen de la perfección humana.

Pero todo esto ya lo sabéis, y caigo en la retórica al recordároslo. Sabéis también que tuvieron millones de seguidores; habéis visto a muchos miembros de las hordas en fotografías y documentales, enfervorizados, locos, bestiales. Lo que quizás no sepáis, o no tanto, es que hubo muchos más, millones de personas que colaboraron en el crimen de forma gris, fría, parasitaria, y que lo hicieron —sigo con el lenguaje religioso— por maldad de corazón. Leed, si queréis un buen ejemplo de ello, lo que se cuenta en un número monográfico de la revista francesa *Autrement* titulado *La délation*, a saber, lo ocurrido en Aix-en-Provence durante el gobierno de los nazis. Eran tantas las denuncias anónimas que se recibían en la Comandancia Militar que el jefe del puesto comunicó mediante un bando que solo aceptaría las que le llegaran firmadas. En el mismo número de la revista se dan los detalles, lo que luego se supo: quienes delataban a los dentistas eran en su mayor parte dentistas, e igual correlación se daba entre profesores, abogados y demás profesionales. Hubo cientos de miles de casos en Francia. Y lo mismo en España, durante la guerra y aún después. Cuando las tropas franquistas ocupaban una región, los fugitivos eran acosados por mil perseguidores. Todos los oídos escuchaban, todas las bocas bisbiseaban, eran legión los que *motu proprio* cogían un arma y salían a cazarlos. Después, se repartían el botín: aquí unos muebles, allí unos terrenos; más allá, un permiso administrativo para trabajar de taxista.

Quizás os parezca débil la referencia a la maldad de corazón, pensando que, tal como se ve en los ejemplos, el motivo que empujaba a los parásitos del crimen era fundamentalmente económico. Como me diría Alina Sokol, una profesora de la que fui vecino en Hanover, «eso es obvio, es como decir que Quevedo no era sincero cuando escribía sonetos de amor a los sesenta años». Pero, ¿qué hay debajo de lo obvio? Nadie entraría en ese tipo de cálculos —«si mi colega es llevado a Auschwitz, yo ocuparé la cátedra»— si algo en su interior, invisible para los demás, no le diera vía libre para ello; vía libre también para poner en práctica el cálculo. Un poema de Paul Éluard expresa la idea con mayor

belleza. Lo recita la actriz María Casares en el cortometraje *Guernica* de Alain Resnais y Robert Hessens, mientras por la pantalla desfilan dibujos y pinturas de Picasso:

«¿Por qué tuvimos miedo del rayo y del trueno? ¡Qué ingenuos somos! El trueno es un ángel, los rayos son sus alas. Nunca bajamos al sótano, no quisimos mirar de frente al horror de la naturaleza».

Vuelvo a rozar los límites de lo retórico. Está fuera de duda que la parte íntima de las personas tiene que ver con todo lo real, también con la violencia, con el crimen, y que la conciencia de ello ha llevado a los filósofos, escritores, antropólogos y psicólogos a escribir sus libros, a los artistas a hacer sus obras, a los profesores a enseñar lo que, grosso modo, podría describirse como una fenomenología de la subjetividad... «Está fuera de duda», acabo de escribir, y ahí sí que he sido retórico. Porque, no nos engañemos, en duda sí que está. Los economicistas, los duros que hablan de ciencias blandas, los cuervos que graznan contra las humanidades y que donde ponen el ojo ponen el excremento, están últimamente más levantiscos que nunca, y es necesario que, a la contra, insistamos en que no hay realidad más compleja que lo social; ningún universo tan inaprensible como el de una persona; ningún mapa más misterioso que el rostro humano; ninguna ciencia tan necesaria como la política. Pero no es esta carta el lugar para hacer esta defensa. Al cabo, ese será uno de vuestros cometidos a lo largo de la vida. Mi pretensión es más modesta. Ya os lo he dicho: daros un consejo, mostraros una baliza.

Cuando alguien estudia lo social, está dentro del asunto, es arte y parte. Conocer la sociedad implica conocerse, bajar al sótano que citaba Paul Éluard en su poema, aunque —hago la confesión aprovechando el registro epistolar— con más presencia de ánimo que la que yo tenía en mi primera adolescencia, cuando me inquietaba el hecho de que Hitler y Mussolini fueran del mismo signo del zodiaco que yo. El estudio de la sociedad es, debe ser, una práctica socrática. Sería un error tremendo —¡Cuidado ahí! ¡Prudencia!— perder el respeto a la complejidad de la vida y del mundo, estudiar tal o cual conflicto social como quien contempla la tormenta —la imagen es de Kant— desde la ventana de su salón; pensar que se pertenece, por derecho, porque sí, al seráfico grupo de quienes viven en una región inmaculada, sin responsabilidades, en calidad de testigo de los demás, de esos otros que sí actúan malvadamente. La baliza podría llevar este lema: «¡Humildad, amigos!». En lo que a estos asuntos sociales respecta, los arrogantes nunca aprenderán gran cosa.

Concluyo la carta con un elogio. Cara al conocimiento de uno mismo, nada más provechoso que escribir. La escritura es un revelador. Las cartas tienen, además, un componente confesional que aumenta la posibilidad de ese conocimiento, tal como se percibe en las que vosotros, alumnos de Dartmouth y de Deusto, os habéis cruzado. En ese sentido, fue un acierto el que las profesoras Annabel Martín y María Pilar Rodríguez pusieran en marcha un proyecto que a la postre ha dado lugar a este libro del siglo XXI, apto también para muchos del siglo XX.

BA

Capítulo Uno

Rachel y Unai

Carta uno

Unai, mientras te escribo mi país está ardiendo a mi alrededor. Bueno, puede que sea algo exagerado decir «ardere» pero ciertamente hay comisarías de policía, edificios gubernamentales y negocios particulares que están atrapados en el fuego cruzado y ardiendo en este mismo momento. Muchos manifestantes están protestando por la sangre negra inútilmente derramada por todo el país y exigen un cambio inmediato.

El pillaje está envuelto en una nube de confusión. No se sabe quiénes son en realidad los responsables. No se sabe si se trata de manifestantes o negros frustrados debido a que sus protestas más pacíficas no se han escuchado durante tanto tiempo, y por lo tanto han decidido denunciar el cruel sistema capitalista debilitando lo que tiene máspreciado: la propiedad privada, o si se trata de supremacistas blancos que aprovechan las protestas como un pretexto y que incitan al caos para criminalizar a los negros, o si se trata simplemente de YouTubers como Jake Paul que buscan viralizarse. Existe cierta confusión en torno a si el pillaje es una estrategia útil de disrupción, o si solo sirve para destruir y amontonar escombros, sobre todo en los barrios donde la mayoría de los negocios están regentados por inmigrantes y gente de color como en el East Lake Street en Minneapolis, donde ha habido daños importantes durante la última semana. Incluso hay confusión sobre si esto se puede considerar como pillaje o no, e incluso podemos preguntarnos si lo que está sucediendo no invoca y perpetúa los estereotipos raciales negativos que desde un principio nos han traído hasta aquí.

Un buen amigo mío y de mi familia trabaja en el sistema público de salud en Chicago y dirige muchos centros sanitarios en barrios marginales, varios de los cuales han sido asaltados y saqueados en los últimos días. Tengo que reconocer que me cuesta encontrar la utilidad de destruir los servicios sociales en estas comunidades marginalizadas, sobre

todo en medio de una pandemia que además sabemos que está afectando de manera desproporcionada a estas mismas comunidades. El expresidente Barack Obama, residente él mismo de Chicago, condena a los que han «recurrido a la violencia agravando la destrucción de barrios en los que muchas veces ya faltan servicios e inversiones y así impidiendo la visualización del problema real», y finalmente concluye que no deberíamos «ni justificar, ni racionalizar, ni participar en la violencia» (Obama, 2020). Cabe señalar que el presidente Obama a continuación procede a abogar por el sistema judicial estadounidense, el mismo sistema que genera gran parte de la injusticia racial en los Estados Unidos. Asimismo, Angela Davis, una destacada feminista, activista y académica negra, afirma que se puede ser tanto una víctima del racismo como un «perpetrador del daño» no inocente (Davis, 2012). En el otro lado del debate muchos han citado a Martin Luther King Jr. que declaró: «un disturbio es el lenguaje de los no escuchados», para argumentar que los negros han agotado todas las otras formas de protesta y que, solo gracias a la violencia, el movimiento ha captado finalmente la atención nacional y ha ocupado tanto espacio en antena en el país (Barbaro, 2020.) Estudios como la reseña realizada por McAdam sobre la época de los derechos civiles y la de McBay sobre las protestas en los Estados Unidos entre 1800 y 1945 han concluido que la violencia puede llegar a traer consecuencias favorables para los manifestantes (tal como se cita en Henry, 2020), mientras que la reseña realizada por Chenworth y Stephan sobre 323 conflictos concluyó que las tácticas no violentas fueron doblemente eficaces (2011).

Sin embargo, hay muchas menos dudas en torno a la fuerza evidente y excesiva desplegada por la policía para contrarrestar a los manifestantes, independientemente de que sean pacíficos o no, (y parece que en muchos casos lo son). No les ha pillado por sorpresa a muchos activistas que han estado trabajando contra la brutalidad y el racismo de la policía mucho antes de que repentinamente se pusiera de moda en las últimas semanas: la violencia llevada a cabo por los que están en el poder no es un error sino una señal de que el sistema está funcionando exactamente como estaba previsto. En muchas ocasiones la policía ha lanzado gases lacrimógenos y balas de goma contra grupos de ciudadanos, mandando a los manifestantes al hospital, erosionando así la idea de que la policía está comprometida con la seguridad de sus ciudadanos. Solo hay que mirar en cualquiera de las redes sociales y navegar durante unos minutos para ser bombardeado con grabaciones de la violencia cruel e inhumana del Estado.

Y luego están los que han muerto. En mi ciudad, Indianápolis, tres personas recibieron disparos ayer por la noche, y uno de ellos murió.

Hoy por la mañana he leído los titulares que están incluso en los periódicos nacionales. (Tristemente, ver «Indianápolis» en el *New York Times* no es casi nunca algo bueno). Eché un vistazo rápido al artículo, buscando las siete letras definitivas que no quería ver pero que sabía que iba a encontrar: muertos. En medio de todo el caos, según el artículo, no había información acerca del victimario o de la víctima. Poco a poco los ojos se me iban empañando. Apagué el móvil, lo puse sobre la encimera, y caminé despacio hacia el sofá, donde me desplomé y me quedé muda.

¿Importa quién fue la víctima? Por supuesto, significa muchísimo para su familia y amigos —sus vidas están alteradas para siempre, marcadas por un vacío que nunca se volverá a llenar completamente. Pero quiero decir, ¿importa si la víctima era un policía, un manifestante, o un ciudadano, o un cadáver negro, blanco o marrón? Por supuesto importa políticamente (Mate 2020) si el victimario gozaba de poder y de privilegios por su estatus o identidad, si la víctima era inocente o marginalizada por su estatus o identidad, o si se trataba de un acto de subyugación despiadada o de un acto de rebeldía contra un sistema cruel y renqueante. Pero lo que quiero decir es que la sangre en las calles siempre es roja, una vida cercenada es siempre una vida cercenada y una muerte prematura siempre deja atrás dolor y víctimas.

Vine a esta clase con mis ideas ya formadas, ideas que condenaban la violencia, fuera la que fuera la situación. Gran parte del contenido del curso ha confirmado estas ideas preconcebidas. Hemos aprendido lecciones de Reyes Mate, un filósofo español, que en una entrevista coincide con Hannah Arendt al decir: «la forma más operativa que hasta ahora hemos inventado para evitar que la historia se repita es el perdón». Habla aquí del «perdón como estructura lógica» que invalida el modelo nefasto de acción-reacción. (Canal Europa¹ s.f.) Al ver la entrevista, la joven dentro de mí y que se crio a base de pasajes de la Biblia y de rosarios asintió con entusiasmo —sí, setenta veces siete. En la misma entrevista afirma que, «la violencia, una vez que se pone en marcha, tiene su propia lógica, independientemente de las intenciones de los que la ponen en marcha». Lo que he aprendido sobre la mentalidad de rebaño de ETA y la lectura de los testimonios de ex-etarras, algunos de los cuales comentan que quizás tenían dudas mientras que formaban parte de la organización, pero que para entonces estaban demasiado arraigados en ella como para poder salir; todo esto confirma la idea de Mate. Más tarde, estudiamos el feminismo como una

¹ <https://www.gipuzkoa.eus/es/web/kultura/-/reyes-mate>

antítesis y posible antídoto al terrorismo. En su obra *The Demon Lover*, Robin Morgan destaca el papel fundacional que las nociones de conectividad juegan en el feminismo (1989). Me parecía que de ninguna manera en esta versión del feminismo la violencia tenía cabida, ya que ésta es una fuerza fundamentalmente divisiva. Además, vimos varias películas, incluyendo *Lasa eta Zabala*, *Trece entre mil* y *Al final del túnel*, que narran las historias dolorosas y llenas de pesadumbre de víctimas y victimarios de los dos lados del conflicto. Más que cualquier otra cosa que vimos o leímos, fueron estas películas las que me convencieron de que la violencia nunca puede ser admisible. Las voces que al hablar de sus familiares perdidos se quebraban casi imperceptiblemente, la coacción mental sufrida por los victimarios mientras luchaban con sus remordimientos, el dolor que la nueva generación ya lleva en sus huesos y en sus memorias colectivas – todo eso se pudo haber evitado, pensé. Seguramente tendría que haber existido otro camino. A la luz de estas pruebas cada vez más evidentes, me permití con bastante facilidad apoyarme en mi condena total de la violencia en todas sus formas. Ya que el conflicto que estudiábamos, el movimiento independentista vasco y el terrorismo de ETA estaban bastante alejados de mi casa, no me costaba teorizar, emitir opiniones y erigirme en autoridad moral y neutral.

Y luego las armas se dispararon en mi propio país, atravesando los corazones latientes y a la vez cualquier ilusión de imparcialidad que hubiera podido tener antes. Ahora lloro por mi sociedad, y me pregunto cómo vamos a superar todo el daño causado —tanto el sufrimiento más próximo e inmediato como el que tiene raíces tan profundas que se puede remontar hasta 1492. Estoy animada y a la vez desanimada por lo que ha pasado en Euskadi —animada por el hecho de que ahora muchos denuncian la violencia del pasado con gritos de «nunca más», desanimada por cómo los esfuerzos de reconciliación parecen haberse apagado sin haberse cumplido, y más que nada, insegura a causa de la fragilidad que parece persistir justo debajo de la superficie de la paz. La ambigüedad creada por la falta de una resolución definitiva de la situación en Euskadi refleja mi inseguridad acerca de la convulsión que se está desarrollando en los Estados Unidos ahora mismo, y sobre todo del papel que debería jugar la violencia en esto, o si debiera jugar alguno. Sé fehacientemente que yo nunca participaré en la violencia. Pero también reconozco que es imposible condenar la violencia de ciertos manifestantes sin condenar también la violencia profunda y estructural que ha generado su situación inicial, una violencia que lamentablemente no he denunciado suficientemente hasta ahora. Y por tanto me encuentro chapoteando en un mar de ambivalencia y de vergüenza.

Quizás para cuando se publique este libro la violencia habrá llegado a su fin; con suerte no será sustituida por la misma autocomplacencia y silencio opresor de antes sino por la larga y decidida marcha hacia la liberación. Mientras tanto yo me pelearé con mis incertidumbres, seguiré escuchando y me negaré a eludir la obligación personal de actuar de una manera ética. Sobre todo, estoy haciendo uso de todo lo que hemos aprendido en el contexto del movimiento independentista vasco. Para poder escribir un libro que trata de este movimiento, uno que se desarrolló casi hace una década y en otro continente, he tenido que pasar mucho tiempo hablando de un conflicto que está sucediendo ahora en los Estados Unidos. Pero lo hago precisamente por estas diferencias, porque a pesar de las distancias en el tiempo y en el espacio. Lo que pasó y lo que está pasando se parecen en muchos aspectos. La gente está luchando a favor de una ideología (independientemente de si esa ideología está «bien» o «mal») y una minoría pequeña pero significativa de esta gente está empleando medios violentos siguiendo esas ideologías. El Estado está asimismo respondiendo con violencia para intentar reprimir a los insurgentes, aunque se argumenta, como en Euskadi, que el Estado mismo es el que genera y mantiene las condiciones que producen esas reacciones violentas. A la vez quiero reconocer las claras diferencias entre las dos situaciones; es decir, el conflicto actual en los Estados Unidos tiene un fondo racial y tiene lugar en un estado colonial. Al comparar aquí este movimiento creciente para lograr el fin de la brutalidad policial y la opresión racial en los Estados Unidos con el conflicto independentista vasco, no es mi intención atenuar las diferencias o despolitizarlas; más bien espero demostrar los puntos en común subyacentes que unen a ambas luchas.

Unai, mientras sigo buscando el sentido de esta lucha por la igualdad racial, me encantaría oír lo que piensas tú. ¿Cuál es el papel que juega la violencia en la búsqueda de la justicia? ¿Puede estar justificada alguna vez, o simplemente sirve para repetir la cadena inevitable de acción-reacción? ¿Puede la defensa de una ideología alguna vez necesitar el uso de la destrucción, incluso la destrucción de una vida humana? ¿Y, son el perdón y la reconciliación posibles y eficaces para imaginar y establecer un futuro realmente justo?

Unas ideas para terminar: ayer por la noche vi una foto de un manifestante con una pancarta que decía algo así, «protestáis contra la violencia, pero la aprendimos de vosotros». Este manifestante estaba en lo cierto —los fundamentos de este país se apoyan sobre los cuerpos rotos, la tierra saqueada y la violencia más horrenda que yo pudiera imaginar. En una máxima moral como la de ojo por ojo, que sigue mante-

niéndonos secuestrados hoy, y a la luz de la opresión racial en curso, los que optan por rebelarse violentamente contra la violencia del poder tienen todo el derecho de hacerlo. Pero me pregunto si, en un mundo donde lo que importa es la dominación violenta, la acción más radical consiste en derrocar esa tiranía con actos pacíficos y no violentos. Si lo que realmente estamos buscando es la revolución, ¿una sociedad nueva y reinventada puede ser realmente justa si se basa sobre una base fundacional violenta?

Obras Citadas

- Barbaro, M. (Host). (2017-present). The Daily [Audio podcast]. *The New York Times*. <https://open.spotify.com/episode/29SEp9ZwsDkuWEgJSLf3xl?si=Af11vLFNRbmoMeKrQ0shTw>.
- Chenoweth, E., & Stephan, M. (2011). *Why civil resistance works: the strategic logic of nonviolent conflict*. Columbia University Press.
- Davis, A. (2012). *The meaning of freedom*. City Lights Books.
- Henry, A. (2020, May 28). «The truth you've probably never heard about riots». *Medium*. <https://medium.com/@andrehenry/the-truth-youve-probably-never-heard-about-riots-956e8fd90a49>.
- Mate, R. (2020). *El precio de la normalización*. En *Del final del terrorismo a la convivencia*. La Catarata.
- McAdam, D. (1999). *Political process and the development of Black insurgency, 1930-1970*. (2nd ed.). University of Chicago Press.
- Morgan, R. (1989). *The demon lover: On the sexuality of terrorism* (1st ed.). Norton.
- Obama, B. (2020, June 1). «How to make this moment the turning point for real change». *Medium*. <https://medium.com/@BarackObama/how-to-make-this-moment-the-turning-point-for-real-change-9fa209806067>.

* * *

Rachel,

Impactantes. Sí. Esa es mi apuesta. Bueno espera, pensándolo bien es arriesgado dejar fuera de la ecuación a la preocupación o la incertidumbre. Incluso el miedo tiene cabida entre mis candidatos. No estoy seguro por cuál de ellos decantarme, si por uno, todos o ninguno. Rachel, no sería capaz de definir con una sola palabra las sensaciones que me transmiten las imágenes que durante las últimas semanas han llegado desde Estados Unidos. Claro, todo esto te lo digo sentado desde

la comodidad de la silla de mi escritorio, sin vivir en primera persona todo lo que allí está sucediendo, sin ver con mis propios ojos cómo las calles por las que hace menos de un mes podías pasear tranquilamente se han convertido, de un día para otro, en un auténtico campo de batalla, lleno de barricadas y trincheras, donde cualquier objeto disponible pasa a ser un arma arrojadiza para atacar al adversario. Como en la guerra, todo vale. Desconozco si en inglés también existe o tenéis algún equivalente, probablemente así sea, pero en castellano hay un refrán que dice lo siguiente: «El hombre es el único animal que tropieza dos veces con la misma piedra». Más certero imposible; en mi opinión se queda corto, pues ¿cuántas veces habremos visto que la violencia no es adecuada para alcanzar aquello en lo que creemos? Incontables. Pero al mismo tiempo me pregunto: ¿a qué deben aferrarse quienes, por todas las vías pacíficas posibles, han querido mostrar su disconformidad con una determinada situación y han sido ignorados una y otra vez? ¿Es en ese contexto legítimo el uso de la violencia?

Tras plantearme estas cuestiones, y viendo que no poseo los suficientes conocimientos para dar una respuesta a ambas más allá de un simple monosílabo o una frase del estilo: «la violencia no es la solución» (ojo, debo aclarar que para mí la violencia nunca será válida, aun cuando por aquello por lo que estás luchando sea la causa más justa del mundo. Sin embargo, quería profundizar más en su genealogía, evitando la superficialidad), por lo que decidí leer varios artículos relacionados con la violencia, sobre sus porqués, si está o no justificada y si puede llegar a ser legítimo su empleo.

He intentado aproximarme al concepto violencia para deconstruirlo y averiguar sobre qué ideas se construye su significado, o por lo menos, detectar cuáles son para mí los fundamentos esenciales para poder comprenderla. Como se suele decir, «a veces menos es más» y es que la visión de Arendt, teórica política de origen alemán y autora de obras como *On violence* (1970) (citada en Hilb, 2001, p. 18) sobre la violencia, a pesar de ser simple, es suficiente: «La violencia es un medio instrumental para lograr un fin extrínseco». Con esta definición de once palabras me ha bastado para identificar que uno, es una herramienta utilizada por el ser humano y dos, que está estrechamente ligada a la consecución de un determinado objetivo o meta. Llegado a este punto, hay algo que me falta, el puzle está incompleto. Me falta una pieza. Mejor dicho, la pieza, esa que se ha convertido para mí en el elemento central de la violencia, la responsable de darle un sentido más profundo. Y menos mal que en mi camino me crucé con Miquel Rodrigo, Catedrático de teoría de la comunicación de la Universidad Autónoma de Barcelona ya que sin él jamás podría haber descubierto que la cultura, sí, la cul-

tura, es clave para entender el origen de una posible conducta violenta, entendiéndola como la construcción social de una comunidad concreta, compuesta por la música, los símbolos, las tradiciones, la lengua o su historia, aspecto al que prestaré más atención en el próximo párrafo (Rodrigo, 2003, p. 18). En la misma línea, Humberto Trujillo, catedrático de la Universidad de Granada, argumenta que «las personas se relacionan con su ambiente sobre la base de cómo lo perciben (la realidad) e interpretan. Las percepciones ejercen un efecto claro sobre los niveles emocionales de agresividad y, así, sobre el acto violento como resultante comportamental de aquella». (Trujillo, 2009, p. 166)

Tengo claro que las relaciones que una persona mantiene con el resto de miembros de su sociedad son un factor determinante, al igual que la historia, propia y única, de la comunidad a la que pertenece. La duda que me surge en este instante es: ¿tienen ambas el mismo peso en la adquisición de las conductas o comportamientos violentos? La RAE define la palabra historia como «conjunto de los sucesos o hechos políticos, sociales, económicos, culturales, etc., de un pueblo o de una nación» (RAE, 2020) Personalmente, la historia es un área del conocimiento que siempre me ha fascinado, conocer de dónde procedemos, qué hitos o momentos han marcado la vida de nuestros antepasados teniendo su efecto en las posteriores generaciones, analizar la evolución del pensamiento y por qué no, imaginarme cómo sería el mundo si ciertos acontecimientos nunca hubiesen sucedido. Aprovechando que el libro tiene como eje central ETA, en ocasiones me planteo si hubiese existido sin la instauración del régimen franquista. Yo creo que no. Es obvio que el nacionalismo vasco hubiera mantenido su presencia, pero dudo mucho que una organización similar a ETA hubiese nacido. No sé, son meras suposiciones. Volviendo al tema (perdóneme, pero es ponerme a escribir y comenzar a divagar de manera inconsciente). La historia es por naturaleza objetiva. En esto no hay discusión alguna. No obstante, ésta es contada por una persona, por alguien que tiene un bagaje, experiencias y vivencias que dotan de subjetividad la narración de los hechos. Al respecto, Rodrigo opina que «la correlación de fuerzas existente en una sociedad va a ser determinante a la hora de conseguir imponer su punto de vista, su interpretación de la realidad, sus valores» (Rodrigo, 2003, p. 17). No vamos a engañarnos, razón no le falta y más cuando el narrador ha vivido en sus propias carnes todos aquellos hechos. ¿Puede su discurso influir en la percepción del receptor de la realidad que está escuchando? Por supuesto. ¿Existe la probabilidad de que esas palabras puedan inducirlo a la violencia? Todo es posible. ¿Pierde por ello credibilidad la historia? En absoluto. Porque la historia es un paisaje, y como tal puede ser observado desde diferentes lugares; por tanto, el hecho de que desde donde me encuentre no pueda ver una isla,

un árbol o un monte no significa que no exista. Si me muevo, cambio mi posición, lo veré.

Entonces, ¿cuál es el problema? La respuesta es simple: nuestra nula capacidad para aceptar la pluralidad de relatos, pensamientos, maneras de vivir y de interpretar la realidad. Creemos que la única historia válida es aquella que los míos y yo hemos vivido, sin pararnos a pensar que quien está enfrente tiene también algo que contarnos, que al igual que yo, tiene el derecho a expresarse, ser escuchado y contarnos que esa isla, árbol o monte que no vemos, o no queremos ver, está ahí. Esto implica un esfuerzo colectivo. No sé si estamos muy por la labor. La falta de estas habilidades es la que origina constantemente situaciones de conflicto que, la mayoría de las veces, acaban en violencia.

Tranquilidad. Hay un remedio, es gratuito y está al alcance de todos: se llama comprender. Porque sí, es comprensible que en Estados Unidos la comunidad afroamericana, harta de ver cómo la policía abusa de ellos y tras años de lucha contra el racismo, viendo que siguen siendo víctimas de innumerables injusticias, salgan a la calle, protesten y hagan uso de la violencia, como también lo fue la creación de ETA y sus primeros pasos. No sé si yo, de haber nacido en Euskadi durante la época franquista, hubiese participado en la organización, pero entiendo perfectamente que, después de ver cómo tu cultura, tu lengua y tus tradiciones son pisadas y silenciadas, decidas levantarte y combatir. Eso sí, no estoy para nada justificando el uso de la violencia, porque comprender y justificar no comparten el mismo significado. El primero de ellos hace referencia a dar sentido a su existencia, mientras que el segundo alude a sentar juicios de valor que permitan valorar y legitimar la violencia (Rodrigo, 2003, p. 15). Me muevo en el primero.

De todo lo que he leído, me ha llamado la atención que la violencia, además de poder ser justificada o no (estrategia etiológica, enfocada en la persona y sus circunstancias), pueda catalogarse como digna o indigna (perspectiva teleológica, centrada en el estudio del fin que persigue el uso de la violencia ejercida) (Rodrigo, 2003, p. 18). ¿Quién determina qué causa es digna? ¿La persona afectada por la situación conflictiva o un tercero que no está contaminado por el contexto y las circunstancias que han provocado la coyuntura problemática? Antonio Gómez Ramos, Doctor en Filosofía por la Universidad Autónoma de Madrid, (Gómez, 2020, p. 4) desvela un condicionante decisivo para que un individuo decida, por qué no decirlo, tomar la justicia por su mano: «El que emplea la violencia lo hace obedeciendo a una necesidad que considera objetiva; pero también el que aplica la violencia obedece compulsivamente a una necesidad que le supera. No es libre, sino que está movido por una fuerza superior sobre la que no tiene control alguno».

La violencia la interpreto como el último recurso, la vía que siempre se quiere evitar, que constantemente te está llamando y que rechaza cuantas veces sea necesario. Sin embargo, es inteligente, te conoce mejor de lo que tú te crees, atacándote en los momentos de incertidumbre y de confusión, cuando tu desesperación es tal que la empiezas a ver incluso a ver con buenos ojos, hasta el punto en que caes rendido a sus pies. Al principio de la relación, aún te ves mentalmente fuerte. «Las riendas las llevo yo», te dices convencido. Iluso. El tiempo avanza y ves que tus pequeños intentos de lograr tu objetivo no sirven para nada. Tu desaliento y debilidad crecen. Cada vez eres más débil y la violencia lo sabe. Es entonces, cuando mayor es tu agotamiento, cuando se te acerca y te dice: «Mira fijamente la balanza. ¿Cómo está? Desequilibrada, ¿verdad? Sólo yo puedo ayudarte a recuperar la justicia. Adelante con todo». Ya no hay marcha atrás. El sentido de tu vida ha cambiado por completo, ahora sólo vives por y para lograr equilibrar la balanza. Todo lo que se interponga en tu camino debe ser eliminado, no importa quién sea, qué piense o de dónde sea. Da lo mismo. Es un obstáculo y como tal hay que superarlo. Empiezas con el primero. Después vienen el segundo y el tercero, y así sucesivamente porque recuerda: «el equilibrio debe volver».

Ese es el mayor peligro, que los medios acaban justificando el fin o peor aún: se transforman en el propio objetivo. La realidad queda desvirtuada y el propósito desdibujado. Hilb (Hilb, 2001: 23) manifiesta que «la violencia sólo puede ser racional si persigue fines de corto plazo», añadiendo que sólo es racional si no es objeto de cálculo, ya que, en ese caso, pasa a ser irracional. ¿Cuándo no es el uso de la violencia premeditado? Una cosa es una respuesta agresiva ante un estímulo, reaccionar de una manera violenta o empleando la fuerza en un momento puntual y como consecuencia de circunstancias concretas. Muy distinto es sabotear la celebración de un acto, destrozar esculturas o placas en honor a una persona o saquear el negocio de una persona por ser quien es. En estos ejemplos hay un plan trazado, todos los detalles han sido estudiados con detenimiento y medidos al milímetro para evitar fisuras.

¿Para qué? Para nada. Miento. Sí sirve. Es la leña que aviva el conflicto, un generador nato de más violencia, una herramienta idónea para aumentar el odio y un medio excelente para que el distanciamiento entre quienes piensen distinto sea todavía mayor. Su uso carece absolutamente de sentido. Es recurrir a aquello que denuncias, provocar en tu alrededor situaciones que deseas que cesen, perjudicar a tus compañeros y a inocentes que nada tienen que ver con tu lucha; es más, seguramente se acabe dañando a personas que comparten tus

mismas ideas, pero que prefieren mantenerse en un segundo plano. Es convertirte en aquello que una vez juraste destruir. De dominado a dominante. Y lo que es peor, es hacer que una causa justa y digna por la merezca la pena pelear, pierda el sentido, la legitimidad y apoyo que tenía al principio.

A veces tengo la sensación de que se nos olvida que todos somos personas. Vivimos en un clima polarizado, crispado y cada día más extremo. Estamos construyendo una sociedad que prioriza las ideologías a las personas (cierto es que existen pensamientos que en pleno siglo XXI no tienen cabida y que entre todos debemos erradicar). ¿Sabes qué vamos a conseguir así? Crear el caldo de cultivo perfecto para que la violencia se instaure entre nosotros y sea utilizada cada vez con más frecuencia.

Rachel, en nuestras manos está revertir la situación. Somos el presente y el futuro. Hemos de tener claro qué queremos ser y cómo queremos llegar a ello. La violencia desde luego que no entra en mis planes.

Obras citadas

- Gómez Ramos, A. (2012): «Política sin medios y violencia sin fines: Hannah Arendt y Walter Benjamin sobre la violencia». *Cuaderno gris*, núm. 10, pp. 187-206.
- Hilb, C. (2001): «Violencia y política en la obra de Hannah Arendt», *Sociológica*, vol. XVI. Núm. 47, pp. 11-44.
- Rodrigo, M. (2003): «La narrativización de la violencia», *Quaderns del CAC*, núm. 17, pp. 15-21.
- Trujillo, H. M. (2009): «Hacia una mejor comprensión psicológica del terrorismo: reclutamiento, ideología y violencia», *Revista de Psicología Social*, vol. II, núm. 24, pp. 163-181.

Carta dos

Unai, estoy totalmente de acuerdo contigo en que la violencia nunca será el camino que elija. No obstante, me cuesta proponer una ley que pueda condenar de manera tajante cada instante de violencia en cada época y en cada rincón del mundo. Me parece un empeño que se arriesga a tener que enfrentarse con los peligros del reduccionismo, y que es una ética demasiado torpe para abarcar todos los matices condicionales que pueden empujar a un individuo o a un grupo hacia la violencia. Cada situación que genera la violencia es única y está creada por sus propias relaciones fluidas que se están renegociando constantemente. Sin duda no he pensado lo suficiente —no he tenido que pensar lo suficiente, puesto que afortunadamente he vivido feliz y nunca he conocido tal desesperación— acerca de todas las circunstancias que pueden generar la violencia. Además, me pregunto si alguna vez la violencia puede ser una fuerza generadora: ¿la destrucción puede ser el prerrequisito necesario para la recreación? El oeste de los Estados Unidos está ahora mismo en medio de la temporada de los incendios descontrolados, y solo cuando los incendios avanzan a través de los bosques la vida puede surgir de nuevo —por ejemplo, se sabe que hongos muy apreciados como el matsutake y el morels surgen de las cenizas—. La destrucción es el reseteo natural del bosque, un lienzo en blanco: ante sistemas sociopolíticos arcaicos que renquean cada vez que se mueven y amenazan con derrumbarse justo como árboles viejos, ¿podría ser necesario este tipo de proceso? ¿Podría ser necesaria la posibilidad de construir desde cero ofrecida por la destrucción para empezar de nuevo? Pero claro, las perturbaciones ecológicas como los incendios descontrolados difieren de la violencia humana generada en la sociedad, y puede que la metáfora no se extienda hasta el punto al que estoy llevándola con toda humildad.

Todo esto para decir que todavía no he llegado hasta el punto en el que tenga la confianza suficiente para hacer una denuncia definitiva

contra la violencia en todas sus formas, aunque quizás mentes más brillantes que la mía puedan lograrlo. Lo que sí tengo la confianza de proponer, sin embargo, es una ética universal para suplantar, curar, y sortear la violencia. Unai, te refieres a la ética en la que estoy pensando: escribes sobre la diversidad de las perspectivas históricas, y sobre cómo una entidad tan aparentemente objetiva y prosaica como el pasado está en realidad moldeada por la subjetividad —y, yo podría añadir, que esas subjetividades dominantes surgen de acuerdo con unas líneas estrictas de poder y privilegio. Describes, con razón, cómo a la luz de la parcialidad de la historia la gente debe esforzarse por trascender las historias hegemónicas que les han contado y buscar perspectivas nuevas, para moverse y observar la metafórica isla, árbol o monte que habían quedado ocultos justo más allá de su vista. Pero estás preocupado por nuestra incapacidad colectiva de superar nuestros límites y de pensar en la humanidad de los demás, de entender la validez de sus pensamientos y experiencias incluso si van en contra de los nuestros. «No sé si estamos muy por la labor», dices. Si evaluáramos la probabilidad de tener éxito basándonos en la evidencia disponible hasta este punto, tendría que estar de acuerdo. Pero creo que los dos también estaríamos de acuerdo en que ese mundo que queremos imaginar y lograr alcanzar debe superar las restricciones de nuestro pasado. Para llevar a cabo este proyecto global que es ambicioso pero esencial, debemos recoger nuestras herramientas y ponernos a trabajar con una pasión renovada por la empatía. Mi experiencia vital puede ser corta, pero habiendo estudiado conflictos como el del País Vasco y presenciando el estallido actual de siglos de opresión racial en los Estados Unidos, esto lo sé. Es la empatía la que tiene el poder de ayudarnos a superar nuestro individualismo, y la que ilumina los lazos que nos unen y que se entrecruzan para formar el tejido de los mundos vivos que habitamos; la violencia, al contrario, borra esos lazos. La violencia se basa en la alienación y en la negación vehemente de lo que la empatía representa en su aspecto más fundamental, que es la condición de estar interconectado al otro a través de nuestra dependencia mutua y vulnerabilidad, a pesar de las diferencias. Según Judith Butler (2004), «la violencia es, siempre, una explotación de ese lazo primario, esa forma primaria en la cual nos constituimos, como cuerpos, fuera de nosotros y unos en relación con otros» (p. 27). Incluso a un nivel neurobiológico, la empatía se plantea como lo contrario de la violencia: la presencia del uno impide la ausencia del otro. Las zonas de la corteza prefrontal responsables del comportamiento violento extremo son precisamente las regiones que tienen la capacidad para un grado mayor de empatía (Chialant *et al.* 2016).

Respecto a la lucha contra la violencia social, la empatía nos ofrece por lo menos tres caminos esenciales a seguir. En primer lugar, nos ayuda a entender qué es lo que lleva a otros a ejercer la violencia, y lo que nos empuja a cambiar esas condiciones. En el momento de escribir esta carta las protestas siguen, aunque son solo los manifestantes más incondicionales en las ciudades más desfavorecidas los que permanecen en las calles; la mayoría se ha cansado y ha vuelto a sus casas, lugares de trabajo y sus vidas normales, calmando sus conciencias por haber cumplido su deber cívico durante unas semanas. No obstante, en los sitios en los que las manifestaciones por la justicia racial y contra la brutalidad policial siguen ocurriendo, el gobierno federal ha aplicado una política de mano dura, desplegando a agentes federales de paisano para llenar las calles de las ciudades, sobre todo en Portland, Oregon, de donde han surgido imágenes que parecían escenas de batalla. Muchos de nosotros en todo el país hemos visto horrorizados las imágenes de oficiales de policía vestidos con uniforme antidisturbios pegando a ciudadanos, tirándoles al suelo, disparando contra ellos con balas de goma, y arrojando gases lacrimógenos en sus caras. La verdad es que he dejado de ver estos videos porque solo sirven para hundirme cada vez más profundamente en la impotencia frente a una maquinaria tan enorme y violenta. En sitios como Portland, Chicago, Albuquerque, y Kansas City, vemos como la violencia inmediata de los manifestantes engendra más violencia inmediata por parte del gobierno —nada sorprendente, en realidad, respecto a esta administración actual, y desde luego, esta nación.

Sería fácil condenar las muestras de violencia por parte de los manifestantes como temerarias, contraproducentes, y cómplices de la puesta en marcha de esta cadena de violencia; y se podría incluso concluir que no son mejores que cualquier policía que actuara violentamente del mismo modo. Pero no deberíamos olvidar la violencia estructural más lenta que crea las condiciones que empujan a los manifestantes a salir a la calle en un principio. No olvidemos la omnipresencia, la naturaleza inescrutable y la eficacia de los siglos de violencia racial opresiva que lleva a los negros estadounidenses a protestar, no como si sus propias vidas dependieran de ello, sino porque sus vidas realmente dependen de ello: en comparación con los blancos, los negros tienen 2,8 veces más probabilidad de morir debido a la violencia policial (Degue *et al.*, 2016), y su expectativa de vida media es tres años menor que la de los blancos (CDC, 2017). Estas cifras alarmantes son debidas al racismo persistente y sistémico que considera que las vidas negras valen menos que las de los blancos y se manifiesta en la enseñanza, la salud, la justicia, el mundo de finanzas, y el mundo laboral. El comporta-

miento violento de los manifestantes debe ser considerado dentro de este contexto de violencia estructural que lo genera. Además, también convendría tomar en cuenta las condiciones que hacen surgir a los policías violentos en primer lugar, que van mucho más allá de tendencias individuales y radican en las estructuras de un estado carcelario, dominado por los blancos que aprueba e incluso recompensa la aplicación agresiva e inflexible de la ley. No es de extrañar que los agentes de policía que forman parte de un sistema fundado en la violencia de los cazadores de esclavos perpetúen este legado hoy en día (Hansen, 2019). En vez de atacar a individuos, la empatía nos urge a trascender nuestras supuestas convicciones morales para tomar en cuenta lo sucedido en pasados —y presentes— distintos a los nuestros.

Esta empatía enraizada en la historia resulta ser fundamental a la hora de acercarse también al conflicto vasco. ETA podría haber nacido como un grupo de estudio, pero dado que la organización estudiaba una historia y una realidad del momento basada en la violencia, se puede entender cómo se recurrió a la violencia en busca de la independencia vasca. No es difícil imaginar que un pueblo envuelto en una violencia catalizada por la Guerra Civil española y por el régimen cruel y sangriento de Franco que vino después convertiría la violencia en su único supuesto recurso para afirmar una identidad colectiva reprimida injustamente y para vengarse de los *gudaris* (Fernández Soldevilla, 2020), su noción mítica de un grupo ancestral agraviado. Y tampoco es de extrañar que ETA continuara con sus manifestaciones violentas cuando el Estado español supuestamente democrático contraatacó en los años 1980 iniciando su «guerra sucia», y enviando a agentes del GAL a torturar y matar a insurgentes vascos (Woodworth, 2008). La empatía también nos puede llevar a entender cómo los adversarios de ETA, sin duda sintiendo que la seguridad de sus seres queridos estaba siendo amenazada, podrían haber organizado estas represalias violentas.

La empatía también nos servirá de guía para hacer las paces con los que nos han hecho daño, o incluso con nosotros mismos, cuando hemos hecho daño a alguien, y para hacer posible un futuro basado en la coexistencia. Después de la violencia terrorista y de Estado en el País Vasco, la justicia restaurativa jugó un papel clave en la lucha por la coexistencia, particularmente a través del programa de Nanclares de Oca. La justicia restaurativa va más allá de la justicia meramente retributiva para afirmar el «protagonismo de las víctimas en la resolución de los conflictos de índole penal, sin olvidar al victimario y su contexto social» (Rodríguez Pascual, 2013, p. 23-24). Se basa en el reconocimiento de que, una vez que las armas han sido depuestas, hay que levantar las comunidades fragmentadas y reconstituirlas; hay que recom-

poner las relaciones entre víctimas y victimarios. Dicho proyecto facilitó los encuentros entre víctimas y victimarios en la cárcel de Nanclares de Oca como parte de un proceso largo y cuidadoso de intensiva autocrítica, haciendo las paces con el pasado, and re-imaginando el futuro. Al hablar de su propia experiencia con el programa, el ex-etarra Luis María Carrasco Aseguinolaza dice: «La justicia restaurativa...permite al victimario construir un relato de los hechos más ajustado a la realidad y le ofrece una valiosa oportunidad de cambio, regeneración ética y de rectificación. Le brinda una oportunidad para restaurar su propia vida, para iniciar un nuevo camino trazado en sentido inverso a lo que constituyó su pasado, a todo lo que le encadena y le somete a él. En eso consistió mi propia experiencia» (Carrasco Aseguinolaza, 2013, p. 278).

Maixabel Lasa, que participó en el programa, ha sido una de las víctimas que más abiertamente ha hablado. Eligió reunirse con Carrasco, el mismo hombre que había asesinado a su marido, no por su beneficio personal sino más bien para dar un paso pequeño, aunque fundamental, hacia la reconciliación de la sociedad vasca. Llegó al encuentro, «simplemente pensando en que esto podría ser un granito de arena en el camino hacia la futura convivencia que, esperemos o no, ellos van a salir. Más tarde o más pronto, no sé, pero cuando cumplan sus condenas saldrán a la calle y va a haber que convivir» (Lasa, 2014). La conclusión a la que llegó Lasa se debe a su convicción firme de que todos tenemos derecho a «una segunda oportunidad» (Lasa, 2014) —una segunda posibilidad de salir de la alienación de la violencia y emprender el camino hacia la coexistencia. Tal convicción solo se hace posible con una ética muy fuerte de empatía que indefectiblemente afirma la humanidad del otro, incluso si han destruido la humanidad de otros. La empatía jugó igualmente un papel clave en el proceso de duelo y de autocrítica de Carrasco. En un recuento de su preparación para su encuentro con Lasa, Carrasco narra cómo su remordimiento derivó de su reconocimiento de que era culpable por «haber destruido su proyecto de vida en común y sus sueños compartidos» (Carrasco Aseguinolaza, 2013, p. 280). Semejante reconocimiento es increíblemente difícil puesto que eso indudablemente denuncia sus acciones del pasado, pero así es la capacidad de la empatía para ir más allá de sí mismo y de asumir la vida de otro.

Pero no necesito contarte esta historia, Unai, ya que además de formar parte del grupo de los individuos más visionarios que surgieron a raíz del conflicto vasco, Maixabel es también tu tía. Estoy segura de que para ti esta historia está realmente viva, y que va mucho más allá de cualquier recuento de los encuentros que he leído o de las entrevistas en YouTube que he visto. Y lo que quiero decir por *viva* es eso: a me-

dida que te he ido conociendo, se ha hecho cada vez más claro que el compromiso de tu tía con la empatía se ha arraigado inequívocamente en ti, y en tu propensión a pensar en, y conmoverse ante, el otro. En ciertos casos la violencia puede crear las condiciones para la regeneración, pero sin sombra de duda he llegado a conocer en ti el poder vivificante de la empatía.

Esa empatía que has mostrado, Maixabel, y los esfuerzos para lograr la justicia restaurativa en el País Vasco actúan también en el trabajo a favor de la justicia transformadora en los Estados Unidos, donde los activistas, particularmente los que forman parte de la tradición abolicionista, procuran superar e ir más allá de los daños del pasado y del presente. La justicia transformadora pone en duda las condiciones sociales que permiten que la violencia ocurra en primer lugar y aboga por una reforma a gran escala de estas estructuras. Unos prefieren la justicia transformadora a la restaurativa porque lo segundo se centra exclusivamente en las relaciones interpersonales y los daños causados sin abordar las causas estructurales en su totalidad, y porque «restaurativa» implica un ideal del pasado que se pretende recuperar, un ideal que es básicamente romántico y sin fundamento. Bajo el marco de la justicia transformadora abolicionista, el encarcelamiento de los victimarios, incluso siendo lo más relevante en este momento, el de los agentes de policía que matan a negros, es una perpetuación del sistema actual sumido en la violencia. Los abolicionistas, Mariame Kaba y Andrea Ritchie dicen, «las peticiones por la detención y el procesamiento de policías asesinos son incompatibles con las demandas de #DefundPolice puesto que han resultado ser fuentes de violencia y no de seguridad. No podemos afirmar que el sistema debe ser desmantelado puesto que es un peligro para las vidas negras y a la vez legitimarlo recurriendo al mismo sistema para buscar justicia» (Kaba and Ritchie, 2020). En lugar de eso, los abolicionistas apelan a la capacidad de la imaginación para concebir sistemas que aseguren la rendición de cuentas sin recurrir a la violencia del sistema de justicia penal. El compromiso de los abolicionistas con la liberación colectiva, en vez de querer infligir la misma violencia que ha atrapado a las comunidades negras durante siglos, depende de un reconocimiento radical de la humanidad de todos y que es tan amplio que incluso engloba a victimarios. A pesar de sus diferencias semánticas y funcionales, tanto la justicia restaurativa como la transformadora están basadas en la empatía para trascender las estructuras hegemónicas de la violencia y trabajar para lograr futuros colectivos justos y pacíficos.

Además de permitir comprender la violencia del pasado y sentar las bases para la coexistencia, la empatía nos ofrece un remedio para evitar

y prevenir instantes de violencia en el futuro. Todo instante de violencia trae la pregunta formulada por Butler, ¿«A quién se considera como humano?» (Butler, 2004, p. 20). En realidad, para perpetrar la violencia contra otra persona, Butler argumenta, ese individuo o grupo debe ser «des-realizado» en primer lugar, o su existencia debe ser negada. Una vez que se ha convertido en algo irreal, la violencia perpetrada contra el otro no constituye ni una infracción contra la vida humana ni una afrenta a ella puesto que al otro no le fue concedido el estatus de vida en primer lugar (Butler, 2004). Butler se inspira en el concepto del «rostro» de Lévinas para proponerlo como el reconocimiento esencial de la humanidad del otro, y la fuerza que afirma el imperativo moral, «no matarás». Al eliminar a otro ser humano por necesidad se le deshumaniza y se prescinde de este rostro que suplica por su vida. Además, cualquier acto de violencia contra el otro, aunque no sea literalmente el asesinato, es una forma de matar que una vez más está basada en negar su rostro. Los agentes de policía que disparan contra individuos negros desarmados deben en primer lugar erradicar de su mente cualquier noción del rostro de esa persona antes de poder apretar el gatillo; deben dejar de reconocer que esa persona es un padre, hija, suegra, sobrino, y que tienen una historia, un corazón que late, una comida caliente esperándoles sobre la mesa que pronto se enfriará, un trabajo al que tiene que ir la mañana siguiente. Asimismo, los terroristas que ponen coches bomba necesitan disociar a la víctima de su propia humanidad para reducir a su presa a nada más que una ideología política indeseable y así poder realizar su acto sanguinario. Los agentes del Estado que torturan y ejecutan a radicales necesitan desestimar a los insurgentes como meros desgraciados. Incluso los manifestantes que emplean medios violentos, y quizás destrozan escaparates y se llevan existencias, deben negar vehementemente que las víctimas de esta violencia pudieran perder sus medios de vida. La anulación del rostro del otro es un requisito previo necesario para la violencia. No se puede matar a lo que no se pone rostro o a lo que no se le da un estatus de vida en primer lugar, y por lo tanto, la violencia se racionaliza, o incluso se llega a pensar que la violencia no es violencia en absoluto, sino un acto vacío y no ético.

La empatía, al contrario, exige que yo mire al otro a la cara y lo reconozca. La empatía implora que crea, a pesar de las diferencias, que este ser humano que tengo enfrente vive una vida tan rica y compleja como la mía. Me conduce a sentir una «indignación ética» en nombre del otro (Butler, 2004, p. 151) que no solo hace imposible la perpetración de la violencia contra el otro sino también me implica en su existencia. La empatía inicialmente nos abre los ojos a las muchas injusticias cometidas contra una clase oprimida que a su vez les hacen su-

blevarse y, a falta de otras alternativas, perpetran la violencia. La empatía, junto con un compromiso intenso con la liberación, nos lleva a las calles, tribunales, parlamentos, comedores sociales, plenos municipales y las puertas de las casas de nuestros vecinos para luchar contra estas injusticias en nombre del otro. Lilla Watson señaló con acierto cómo la vida de cada uno está entrelazada con la de un otro, y dijo, «Si has venido a ayudarme, estás perdiendo el tiempo. Si has venido porque tu liberación está ligada a la mía, trabajemos juntos». La empatía nos permite ver las maneras en las que nuestras propias liberaciones están en la realidad envueltas en la liberación colectiva y desmiente el mito del progreso individualizado. Nos abre los ojos a los mundos «densos» que habitamos (Haraway, 2016) en los que la regla general consiste en la interconectividad estratificada en vez de la alienación ocasionada por la violencia

Unai, como tú, soy consciente de la presión que nos urge a remediar las desavenencias del pasado ocasionadas por la violencia y a concederle un lugar en nuestras visiones del futuro. No obstante, el hecho es que el mundo actual es increíblemente violento. Puede ser ingenuo desear simplemente que la violencia desaparezca —en realidad, hacer eso podría ser una muestra de falta de empatía— pero contrarrestar esa violencia con la empatía radical podría ser nuestro mejor camino a seguir para deconstruirla. En ese caso, ojalá que nuestra empatía sea suficientemente suave y expansiva para romper las cadenas rígidas y féreas de la violencia que nos mantienen cautivos hasta el día de hoy.

Obras Citadas

- Butler, J. (2004). *Precarious life: the powers of mourning and violence*. Verso.
- Carrasco Asenguinolaza, L. M. (2013). In Pascual Rodríguez, E. (Ed.), *Los ojos del otro: encuentros restaurativos entre víctimas y ex miembros de ETA*, (p. 277-280). Sal Terrae.
- Chialant, D., Edersheim, J., & Price, B. (2016). The Dialectic Between Empathy and Violence: An Opportunity for Intervention? *The Journal of Neuropsychiatry and Clinical Neurosciences*, 28(4), 273-285.
- DeGue, S., Fowler, K. A., & Calkins, C. (2016). Deaths Due to Use of Lethal Force by Law Enforcement: Findings from the National Violent Death Reporting System, 17 U.S. States, 2009-2012. *American Journal of Preventive Medicine*, 51(5 Suppl 3), S173-S187. <https://doi.org/10.1016/j.amepre.2016.08.027>
- Hansen, C. (2019). *Slave patrols: An early form of American policing*. National Law Enforcement Museum. <https://lawenforcementmuseum.org/2019/07/10/slave-patrols-an-early-form-of-american-policing/>

- Haraway, D. (2016). «Staying with the Trouble: Making Kin in the Chthulucene». In *Staying with the Trouble*. Duke University Press.
- Kaba, M., & Ritchie, A. J. (2020, July 16). «We Want More Justice For Breonna Taylor Than The System That Killed Her Can Deliver». *Essence*. <https://www.essence.com/feature/breonna-taylor-justice-abolition/>
- National Center for Health Statistics, & Centers for Disease Control and Prevention. (2017). *National Health Interview Survey* [Table 15. Life expectancy at birth, at age 65, and at age 75, by sex, race, and Hispanic origin: United States, selected years 1900-2016].
- «Maixabel Lasa habla sobre su encuentro con el asesino de su marido». (2014). Euskal Irrati Telebista. <https://www.youtube.com/watch?v=8ygK6Ab874U&feature=youtu.be>
- Rodriguez Pascual, E. (2013). *Los ojos del otro: encuentros restaurativos entre víctimas y ex miembros de ETA*. Sal Terrae.
- Woodworth, P. (2008). *The Basque Country: A Cultural History*. Oxford University Press.

* * *

Rachel,

Es innegable que tu deseo por configurar una ley que regule la violencia a nivel universal, independientemente de la naturaleza e intensidad con la que es ejercida, sería un fantástico avance para garantizar y proteger los derechos humanos más fundamentales. No obstante, la ambición que presenta tu propuesta es proporcional a las dificultades que, posiblemente, fuesen apareciendo en el camino de su creación, tales como la obligación de varios Estados de subirse a la tribuna para declarar y reconocer haber participado en lo absurdo de la guerra o la negativa de otros tantos de querer renunciar a sus mecanismos de ajusticiamiento. Sí, es sorprendente que en pleno siglo **xxi** (a veces resulta complicado creer que este es el espacio-tiempo en el que vivimos) distintos países, a lo largo y ancho de la geografía terráquea, contengan en sus respectivos sistemas jurídicos normas que vulneren, sin ningún tipo de escrúpulo, la integridad y dignidad inherente a todo ser humano. El mejor de los ejemplos es, sin duda alguna, la pena de muerte. Es inconcebible que en un mismo lugar convivan la defensa de los derechos y las libertades, mientras que, paralelamente se permita y se dé cabida a prácticas violentas revestidas de mazo justiciero. Ahora bien, retomando de nuevo el hilo conductor, ojalá algún día planteamientos como el tuyo fueran tomados en consideración por las instituciones y organizaciones, definiéndolo como un objetivo a medio-largo plazo, diseñando un plan que, en diferentes etapas, favorezca la disminución del

uso de la violencia hasta reducirlo a una insignificante mota de polvo, a un recuerdo de tiempos pasados. Desconozco si entra en los planes reales de algún Estado todo esto de lo que estamos hablando. Su intervención activa sería un factor más que necesario; desafortunadamente, no hay tiempo que perder y tú mejor que yo sabes que es urgente comenzar a dar los primeros pasos. Qué mejor inicio que trabajando la empatía; eso sí, secundado por la voluntad de las personas. Si uno no quiere, si no se empeña, nada a su alrededor va a cambiar.

Rachel, te voy a contar una pequeña historia. Algo que llevaba tiempo esperándome, una deuda que tenía pendiente conmigo mismo y que este verano he cumplido. Observándola con cierta perspectiva, me sorprende no haberla llevado a cabo mucho antes teniendo en cuenta mi interés en todas aquellas actividades relacionadas con ETA y el terrorismo en Euskadi. He acudido a numerosos homenajes, a varios actos institucionales, a unas cuantas mesas redondas e incluso a un teatro, pero nunca antes me había sumergido en la literatura para abordar el tema, sabiendo de primera mano que, aun habiendo dilatado la cita durante casi un lustro, él estaba ahí aguardando con los brazos abiertos, deseoso de que conociera su historia. Te estoy hablando del libro *Patria*, escrito por Fernando Aramburu en 2016. Una obra que ejemplifica a la perfección la realidad vivida durante décadas en los pueblos del País Vasco, narrada a partir de la historia de Miren y Bittori, dos amigas, dos familias, que ven sus caminos, separados y quebrados a medida que el conflicto vasco se va intensificando; describe el escenario en el que la violencia, acompañada del odio, del miedo al ser señalado y el temor al qué dirán, sus más fieles escuderos, vence la batalla a la empatía, escondiéndola y por poco, eliminándola del tablero de juego. La mejor ilustración del lanzamiento de una moneda que determina la suerte quienes participan y que acaba con la cruz mirando hacia el cielo.

Puede que mi lectura haya sido tardía, si bien, cosas del destino, ha ocurrido en el instante adecuado. Gracias a esta lectura he comprendido, con mayor detalle, lo devastador que puede llegar a ser no parar la violencia a tiempo. De la misma manera, me ha permitido reflexionar sobre la dificultad que bajo ciertas circunstancias comporta actuar de manera empática, interpretándola como aquella aptitud para ponerse en el lugar de los demás, la destreza para saber leer y detectar qué estado emocional está viviendo la persona que tengo enfrente y, sobre todo, la habilidad para sentir en tus propias carnes los sentimientos del resto, experimentar en mayor o menor medida cómo algo en tu interior se enciende, se mueve, te sensibiliza y, dependiendo del impacto que haya producido, te empuje a la acción. Asimismo, he aprendido

que ésta está compuesta por un elemento cognitivo y otro afectivo. El primero de ellos hace referencia a un aspecto de corte intelectual, analítico y comprensivo, mientras que el segundo está ligado al espectro personal con el que se tiende a buscar la complicidad mediante los sentimientos (Moya-Albiol, 2011, p. 15). Aquí reside la complicación a la que aludía, a la disputa entre la razón y el corazón, un duelo al que todos alguna vez nos hemos enfrentado o vamos a vivir y que, por qué no decirlo, a veces nos impide ser solidarios, seguir estancados en nuestros ideales, haciéndonos retroceder en el camino varios metros de distancia. He llegado a la conclusión de que nuestra empatía es selectiva. Antes de hablar de ello, me gustaría compartir contigo cierta inquietud.

Varios estudios neurológicos argumentan que «algunas regiones cerebrales, como la corteza prefrontal, el lóbulo temporal, la amígdala y otras estructuras del sistema límbico, desempeñan una función fundamental en la empatía». Desde el sistema límbico, lugar en el que las emociones cohabitan, se traslada información a la parte temporal y prefrontal de la corteza cerebral donde, como si de un semáforo se tratase, se permite que ciertas emociones sean expresadas en detrimento de otras (Moya-Albiol, 2011, p. 18). Aún no están completamente seguros, pero existe la hipótesis de que cuando la empatía está activada, la violencia no puede ver la luz del sol, pese a que es cierto que en esa imposibilidad juegan, del mismo modo, un papel fundamental el desarrollo de las habilidades interpersonales. Hasta aquí sin problemas. Entonces, ¿cuál es mi preocupación? La propia empatía.

Rachel, en tu carta la defines como aquel instrumento que nos ayuda a comprender qué es lo que empuja a alguien a ejercer la violencia, permitiéndonos identificar los condicionantes causantes de ese estado y, al mismo tiempo, ofrecer respuestas para reconducir la situación. Esta debería ser su función. «Un gran poder conlleva una gran responsabilidad», le recordó el tío Ben a Peter Parker en su última conversación en el coche. Con la empatía ocurre exactamente lo mismo: dependiendo en las manos de quien caiga, los fines para los que se emplee pueden llegar a ser perjudiciales; por ejemplo, para el reclutamiento de nuevos miembros para formar parte de una banda terrorista. Puede ser que me esté equivocando, que confunda la empatía con la mezcla resultante de la combinación de diferentes dosis como la persuasión y desesperación. No lo sé. De lo que tengo más certezas es que, para que una persona confíe en otra, el emisor debe ser conocedor de cómo exprimir todo el potencial de la empatía. José Carlos Bermejo, lo describe así: «La empatía tiene una especie de super-poder. Nos puede ayudar a saber cómo se sienten otros, incluso sin mediar muchas palabras. Hay quien dice que algunas personas que son tildadas de sensiti-

vas, es decir, tienen más desarrollada es su capacidad para detectar e interpretar gestos, tonos de voz, volumen, etc., gracias a su capacidad empática» (Bermejo, 2020, p. 3). Asimismo, es básico que el receptor se sienta valorado, que vea cómo conectan con él y se vea reflejado en las palabras que está escuchando.

Es una obviedad que son innumerables los motivos que pueden incitar a una persona a emprender este tipo de aventuras. Atendiendo a sus características, Trujillo los clasifica en dos grupos: marginalidad real, definida como la incapacidad de «satisfacer las necesidades básicas» o «ser perseguido por algún hecho delictivo», mientras que la marginalidad percibida es caracterizada, entre otras cosas, por ser consecuencia de sentirse «discriminado por razones políticas, culturales, religiosas o éticas» (Trujillo, 2009, p. 175). Independiente del origen de los porqués, en la gran mayoría de los casos, todos los caminos se desvían y en vez de terminar en Roma, tienen como destino final el quebrantamiento de la inmunidad psicológica, convirtiendo a los ciudadanos que viven y pasean por sus calles en personas poco resistentes. Altamente sugestionables. Muñecos de trapo. Así me imagino yo su estancia: al poco de llegar, sobre todo los primeros días, no entiendes qué está sucediendo, cómo has llegado hasta ahí. Miles de preguntas te avasallan: «¿Por qué yo?» «¿Qué hice para merecerme esto?» No tienes respuesta para ninguna de ellas. El tiempo avanza, tus dudas aumentan, sigues sumido en la incertidumbre, incrédulo, sin creerte que realmente estás viviendo todo eso. Además, miras a tu alrededor y ves que estás solo, sin ningún tipo de ayuda ni apoyo emocional. El mundo tiene un rumbo distinto al tuyo. Poco a poco, activas tus mecanismos de defensa, convencido de que todo aquello que te rodea es culpable, que eres víctima de una persecución que tiene como objetivo eliminarte. Entonces, el día menos esperado, aparece la persona que tanto tiempo llevabas esperando: tú guardián. El único que se ha dignado a acercarse a ti, que se sienta a tu lado y te escucha. Mientras vas articulando tus palabras, te fijas en el rostro que te está mirando. Asiente. Te comprende. Para tu sorpresa, confiesa que también vivió en esa ciudad tan tormentosa e impredecible hasta que se topó de lleno con la luz, con la esperanza y la felicidad. Te propone que lo acompañes. Antes de tomar su mano te preguntas «¿por qué querrá ayudarme? ¿qué ha visto en mí? ¿será verdad lo que dice o me está intentando engañar?». Lo observas. Ves su sonrisa y te acuerdas de todo tu periplo. No tienes nada que perder, por lo que finalmente, aceptas sin saber que estás firmando una doble sentencia.

Más allá del uso fraudulento de la empatía, mi principal preocupación es la empatía selectiva, que he mencionado con anterioridad. Parto de la base de que las personas somos fruto, producto, del entorno en el

que crecemos, de las conversaciones que escuchamos, de las noticias y medios de comunicación que consumimos y de las personas con las que nos relacionamos. Cada uno de nosotros tiene una percepción particular de la realidad en la que participa, sigue unos principios y unos valores éticos que construye y adquiere con el tiempo. Por ello, es lógico que una persona apenas encuentre dificultades para empatizar con aquellos sujetos que muestren una mayor compatibilidad con los parámetros con lo que se siente identificado. Esto está claro. Sin embargo, vivimos en un contexto plural. Compartimos aula, oficina, autobús y vecindario con personas completamente opuestas a nosotros y, para más inri, la obligación, entre comillas, de hacer lo propio con sujetos que no soportamos, personas a las que conceptuamos como nuestra antítesis por infinidad de motivos, a las que, siempre que nos las encontramos, intentamos evitar. Mi pregunta ahora es: ¿somos realmente empáticos? Probablemente todos, incluido yo, contestaríamos con un «sí» rotundo. Lanzó la segunda: ¿eres empático con todas las personas de tu alrededor? Yo doy mi respuesta: no. ¿Por qué? ¿Por qué permitimos que nuestro aprendizaje o experiencias sean tan determinantes a la hora comportarnos como deberíamos? Cuando me refiero al hecho de ser selectivo, a la empatía relativa (una nomenclatura que se me ha ocurrido) es a esto, a que en ocasiones y, principalmente, con ciertas personas, dependemos demasiado del resultado que haya dado la balanza de la empatía. Cuando se decanta del lado de la racionalidad, empiezan a florecer sus defectos: su ideología, su comportamiento, los actos que ha cometido o las declaraciones que ha hecho sobre un tema que nos afecta directamente. Si, por el contrario, el peso lo lleva la emocionalidad, entra en juego nuestro orgullo, los recuerdos y claro, ¿cómo se te ocurre intentar empatizar con aquel o aquella que tiempo atrás tanto daño y dolor te causó?

Cualquiera que lea este pequeño sermón pensaría para sí mismo: «espérate tú, que ahora llega la respuesta moralista de turno: “Tenemos que ayudar a nuestro prójimo porque también es persona y como tal merece ser tratado con respeto y dignidad”. Y este, ¿de dónde ha salido? Pero vamos a ver, ¿cómo va a pretender este chaval que yo trate, o peor incluso, cómo quiere que yo, por ejemplo, tenga estima por un asesino, lo mire y piense que es una persona y tiene derechos? Si de verdad piensa que yo voy a comportarme así, la lleva clara conmigo». No le culpo. Yo pensaba así, sentía que era imposible que alguien pudiese ser empático con letras mayúsculas, pero estaba equivocado. Y tú Rachel, al igual que yo, conoces perfectamente cuál es el espejo en el que podemos mirarnos para alcanzar la empatía en términos absolutos, abandonando nuestros prejuicios (o por lo menos disminuyendo su influencia), siendo capaces de vernos en los ojos del otro.

Sé que la tarea que propongo no es sencilla, pero es tiempo de soltar las cadenas que tan aferrados nos tienen, tal y como apuntas, en nuestras convicciones morales para comenzar a considerar no tan sólo la historia, sino el presente de los demás, tanto o más que el nuestro. Un proceso de limpieza, de descontaminación, para que los pensamientos, comportamientos, actitudes e ideas nocivas que nos acompañan desaparezcan, dando inicio a una nueva era que, aunque parezca utópica, puede construirse. Euskadi puede dar fe ello, aunque por las circunstancias y contexto, estos primeros pasos tuvieron que darse en silencio y la más absoluta clandestinidad. Así es, hablo de los encuentros restaurativos.

Muchas veces me lo he planteado. He echado mucho en falta (y lo sigo haciendo) que el conflicto vasco, sobre todo desde el fin de la lucha armada de ETA allá por 2011, no haya recibido la importancia que verdaderamente merece, ni que tampoco se lo haya tratado con el enfoque que actualmente le corresponde. Apenas ha sido parte de la agenda pública, hecho, que es totalmente comprensible. Entiendo completamente que la sociedad vasca en su conjunto, tras ver cómo el capítulo más negro de su historia concluía, respirase aliviada, abandonando en un arcón todos los recuerdos, sabiendo que un nuevo futuro, más prometedor y esperanzador, comenzaba a vislumbrarse al final del túnel. Y así ha sido. La vida ha seguido, pero con el fantasma, con el eco, de tantos años de sufrimiento revoloteando por nuestras conciencias. No con la intención de atormentar, de querernos enquistar en el pasado, sino como un ente mensajero, un espectro que nos recuerda que aún quedan heridas por cerrar. Y ahí, los encuentros restaurativos jugaban un papel fundamental, ya que son da respuestas que la vía judicial no otorga.

Leyendo un poco sobre la génesis de la justicia restaurativa y los resultados de su aplicación en España, previa implementación como vía para la construcción de la convivencia en Euskadi, me topé con la historia de Emilio y Jesús, dos individuos que jamás pensarían que sus vidas quedarían vinculadas para siempre aquella mañana del 11 de marzo de 2004. Ese día, siguiendo con su rutina habitual, Jesús cogió el metro para ir a su puesto de trabajo, cuando de pronto, el tren el que viajaba explotó, siendo víctima de un terrible atentado en el que perdió parte del oído, se le quemaron las piernas, tuvo que pasar por quirófano tres veces para sanar su hombro, además de las secuelas psicológicas que sufre desde entonces. (Pascual y Ríos 2020, p. 4) Emilio, nada más enterarse de lo ocurrido en el metro de Madrid, decidió de inmediato entregarse a la policía. Él es quien vendió los explosivos a los terroristas que causaron la muerte de 192 personas y dejó 150 heridos. Mientras avanzaba en la lectura, en

mi estómago florecía una especie de malestar que nunca antes había experimentado. Y me sorprendió, pues conocía de antemano testimonios de víctimas y victimarios de ETA narrando su participación en los encuentros de Nanclares de la Oca, pero con esta historia no sé qué me ocurrió. Quizás leer la transcripción de la entrevista me ayudó a transportarme a aquel encuentro y, por un momento, sentirme Jesús, el hombre al que habían destrozado la vida. Pero también pude viajar a los adentros de Emilio y padecer la culpabilidad, ese inquilino que ha firmado un contrato de por vida con su alma que estipula visitas constantes de sus amigos el remordimiento, el arrepentimiento, un odio profundo de su existencia y un sinfín de emociones negativas. No supe cómo reaccionar cuando yo, siendo todavía Emilio, leí las siguientes palabras de Jesús: «aunque tengo todo este dolor que he contado, quiero que sepas que no quiero más dolor para ti. Tienes suficiente con esta pena; y no tiene sentido que sufras más. Yo no lo quiero así».

Es por esto que no logro asimilar cómo un proyecto de este calibre, magnitud e importancia para promover el cambio social cuyo objetivo, en palabras de Ester Pascual, mediadora de los encuentros restaurativos entre víctimas y victimarios de ETA, es «que las personas, unas y otras, sean capaces de no quedar lastradas por el pasado, sanen sus heridas y se abran al futuro» (Pascual y Ríos, 2014, p. 430) haya acabado de la noche a la mañana. La mediadora, respecto a su participación en las reuniones celebradas en la prisión sita en Vitoria, declara que «Sabíamos que asumíamos un reto muy complicado, susceptible de equívocos, malentendidos e incluso manipulaciones partidistas» (Pascual y Ríos, 2014, p. 431) Lamentablemente, así ha sido. Lo cierto es que todavía no veo qué es lo que falla, algunos consideran que es una manera de blanquear a los terroristas, otros tantos que es una humillación para las víctimas; sin embargo, no es más que el reflejo de que las personas, una vez «reseñadas sus heridas y restablecida su humanidad» pueden vivir sin estar «encadenado al pasado, abriendo la posibilidad a un futuro diferente del dictado por las ofensas del pasado» (Pascual y Ríos, 2014, p. 430). Esto debemos entenderlo todos.

Es esta la razón que me empuja a pedir un espacio público en el que todos los protagonistas, en este caso del conflicto vasco, puedan exponer sus testimonios y vivencias, pues ellos son el ejemplo de que, con la empatía y voluntad mencionadas al principio, la convivencia y paz social son una realidad tangible. Memoria, reparación y justicia. A muchos se les llena la boca con estas tres palabras, pero después son los primeros en poner obstáculos, no uno, sino varios, para impedir la celebración de programas de la naturaleza de los encuentros restaurativos. Me pregunto yo: ¿qué mayor reconocimiento puede haber para las

víctimas y sus familiares que aquellos que un día cometieron delitos tan atroces como la tortura o el asesinato de una persona escudándose en la defensa de una ideología, salgan públicamente reconociendo su error y pidiendo perdón por el sufrimiento causado? Eso sí, no vale cualquier «perdón»; este debe ser sincero y consecuencia directa del arrepentimiento, pero claro, esto depende de la humanidad de cada uno. Poco podemos hacer. Lo que sí me gustaría es, a través de estas líneas, agradecer y aplaudir a todos aquellas víctimas y victimarios de ETA; a los primeros, por su ejercicio de solidaridad y enseñanza de que todos merecemos una segunda oportunidad; a los segundos, por su valentía y coraje por salir públicamente, deslegitimar la violencia, la lucha armada y poner los primeros cimientos de esa nueva sociedad de la que queremos ser parte. Aún faltan más, pero llegarán. No todos han sido capaces aún de asumir sus responsabilidades y condenar sus hechos; por ejemplo, quienes promovieron la «Guerra Sucia» del Estado o, algún que otro sector de la izquierda abertzale. Más vale tarde que nunca.

Chema Herzog, quien fuera concejal de Rentería, en una conversación con Jordi Évole, dijo lo siguiente: «La convivencia se basa en el cese del agravio, porque el agravio lleva al rencor. Y el rencor, a la venganza y la venganza, a la lucha de nuestros futuros hijos y nuestros nietos. Si queremos una convivencia, tenemos que tener claramente en la cabeza la idea de la justicia y de la reparación. Todas las personas, todas. Todas han de rebajarse de su eterna reclamación, o poner límites a su rencor, porque si no todo eso, se perpetuara» (Salvados, 2014). Aquí están las claves. Te preguntabas si la violencia tiene capacidad generativa. La verdad, no lo sé. Lo que sí ofrece es la oportunidad de reconstruir todo aquello que un día destrozó. Por lo que no queda otra que enfundarse el mono de trabajo y tender los puentes que nos unan y no nos dividan.

Obras Citadas

- Bermejo, J.C. (2020). *La cara oscura de la empatía*. Recuperado de: <https://www.josecarlosbermejo.es/articulos/>
- Moya-Albiol, L. (2011). «La violencia: la otra cara de la empatía». *Mente y Cerebro*, Núm. 47, pp. 14-21.
- Pascual Rodríguez, E. & Ríos Martín, J.C. (2014). «Reflexiones desde los Encuentros Restaurativos entre Víctimas y Condenados por Delitos de Terrorismo» *Oñati Socio-legal Series*. Vol. 4, núm. 3, pp. 427-442.
- Pascual Rodríguez, E. & Ríos, J. (2020). *Los encuentros restaurativos en delitos de terrorismo. Una posibilidad para la paz*. Recuperado de <https://repositorio.comillas.edu/rest/bitstreams/28453/retrieve>

- Salvados (2014). *Tres días en Erretería* [Vídeo] Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=l4-XrmcfOwU&t=7s>
- Trujillo, H. M. (2009): «Hacia una mejor comprensión psicológica del terrorismo: reclutamiento, ideología y violencia», *Revista de Psicología Social*, vol. II, núm. 24, pp. 163-181.

Carta tres

Unai, te escribo en el momento en el que 2020, un año que será recordado sin duda en nuestros libros de historia y consciencias, llega a su fin. Aquí en Estados Unidos, aunque nuestro histórico verano de agitación y la ola de protesta lanzada por *Black Lives Matter* han terminado, y aunque Joe Biden ha sido elegido presidente, el malestar persiste. El ambiente está cargado para los que están dispuestos a darse cuenta de ello o a los que no les queda otro remedio que hacerlo.

Mientras tanto, siguen matando a personas negras. Justo en este mes, el Gobierno Federal ejecutó a Brandon Bernard, un negro de 40 años que estaba encarcelado por un delito que cometió cuando tenía 18 años. Pero poco importa que una decisión que tomó cuando era adolescente condicionara el resto de su vida y que finalmente le llevara a su muerte. No importa que la mayoría de los miembros del jurado pidiera que se anulara su sentencia ni que se ocultara información en su juicio original. Sí importa que el Estado siga matando a gente legalmente, y desproporcionadamente a negros (Carrega, 2020). Sí importa que su co-conspirador, Christopher Vailva, también negro, fuera asesinado antes en este mismo año. Sí importa que el compañero de prisión de Bernard, Alfred Bourgeois, también negro, fuera asesinado el día siguiente. Sí importa que la alternativa legal a la pena de muerte sea la cadena perpetua, que es básicamente la muerte bajo otro nombre por medio de un método más largo. Sí importa que en el último mes Joshua Feast, Casey Goodson, y Andre Maurice Hill, todos negros, hayan sido abatidos por la policía. Esto no pretende ser una larga lista de crueldades, pero parece serlo por culpa de la violencia sistemática de la policía de nuestro estado. Dices que la pena de muerte es el mejor ejemplo de la violación de nuestra dignidad humana inherente sancionada por el Estado, y en efecto la lógica que legitima la pena de muerte, una lógica basada en la negación de

su propia humanidad impregna profundamente todo el sistema de «justicia» de Estados Unidos.

Quizá muchos hayan guardado sus carteles de protesta y hayan vuelto a sus vidas cotidianas, satisfechos al haber evitado el segundo mandato de Trump, pero no te dejes engañar por eso: no hemos llegado a ni una semblanza de resolución. El meollo oscuro y podrido del problema permanece, y no será remediado por una Casa Blanca democrata. El desasosiego persiste. Sé que un velo similar de malestar también cubre el País Vasco. ETA se ha disuelto hace casi una década, pero ¿se ha llegado realmente a una resolución? Lo has expresado de una manera bonita: «La vida ha seguido, pero con el fantasma, con el eco, de tantos años de sufrimiento revoloteando por nuestras conciencias». En inglés, se diría que el asunto ha sido «barrido debajo de la alfombra», enterrado en nuestro imaginario colectivo y dejado atrás sin haber sido rectificado adecuadamente. No solo en Estados Unidos sino también en el País Vasco, seguimos sin habernos hecho cargo completamente de nuestro pasado. Al ocultarlos debajo de la alfombra y básicamente seguir como si no hubiera pasado nada, hasta ahora no hemos aprovechado nuestra oportunidad para reconstruir.

Al comienzo hemos escrito aquí hablando de la genealogía de la violencia, y hasta ahora hemos hablado de sus raíces y de su presente —pero ¿qué hay de su futuro? Déjame aclarar eso brevemente— no quiero decir que desee que siga la violencia, solo que el hecho es que hoy seguimos enredados en este feudo y debemos lidiar con esta realidad a la hora de imaginar el futuro.

En mi carta anterior mencioné el potencial generativo de la violencia, y después de reflexionar más acerca de eso, me di cuenta de que si este potencial existe realmente está en el hecho de que la violencia no deja un vacío tras sí. Más bien, de los escombros de su devastación surge una red de obligaciones que incumbe a todos los que están involucrados, víctima y victimario y nos impulsa a ser creativos. Creo que la causa de este enredo ético está clara: la violencia tiende a hacer nuestro mundo menos soportable para lo colectivo. Incluso si un grupo logra aumentar su prosperidad a corto plazo, el malestar entre los marginados seguirá extendiéndose y cuestionando los medios de subsistencia de ese grupo privilegiado a largo plazo. Para que la vida humana vuelva a florecer, es absolutamente esencial que creemos las condiciones apropiadas. Si hay alguna esperanza de poder vivir, y vivir bien, hay que reconstruir. En realidad, la reconstrucción es algo en lo que los seres humanos nos hemos especializado históricamente —hemos sido llamados a hacerlo en numerosas ocasiones a lo largo de toda nuestra historia, recogiendo lo que queda y volviendo a empezar— pero lo que nos ha

faltado en el pasado es reconstruir de una manera equitativa que evitara de una vez por todas toda violencia en el futuro. Para lograr eso, tenemos que imaginar un futuro que va más allá del que hemos sido capaces de imaginar hasta este momento. El papel que juega la violencia del pasado en todo esto es el de ofrecernos el espacio necesario e incluso la necesidad imperativa de seguir adelante y de ser creadores e innovadores audaces.

Supongo que mi motivación última a la hora de centrarme en las implicaciones de futuro de la violencia es el deseo de terminar este proyecto con una nota de esperanza. Confieso que es también un impulso de autoconservación. Para ser sincera, me ha costado escribir sobre estos temas. A veces miro mi cursor parpadeante, puntualizando un párrafo lleno de pesimismo, y no estoy segura de cómo podríamos salir del lío que hemos creado. Lo de creer en un futuro sin violencia, aunque sea prácticamente impensable dado los precedentes históricos, es un mecanismo necesario de defensa, lo único que impide que, abatidos, entreguemos nuestras herramientas de creación. Se trata de la afirmación de que una violencia horrenda ha ocurrido y que debemos llevar el peso del pasado con nosotros, tal como has explicado acertadamente en tus cartas anteriores. Se trata también de una optimista que pregunta: ¿qué hacemos ahora? y ¿qué es lo que tenemos la oportunidad de llevar a cabo?

Pero antes de empezar a imaginar el futuro, quiero hacer una pausa aquí para abordar un asunto básico que planteas en tu última carta. «He llegado a la conclusión de que nuestra empatía es selectiva», escribes, y he estado reflexionando sobre eso desde hace un tiempo —porque tienes toda la razón. Creo que es algo bueno, en parte: si consideramos la empatía como, con tus palabras, «la habilidad para sentir en tus propias carnes los sentimientos del resto», entonces el mostrarse siempre empático convertiría a uno en un pozo insalvable de las emociones y deseos de los demás, constantemente abrumado por el impulso de actuar en nombre del otro. Por lo tanto, tiene sentido a veces el que seamos capaces de apagar nuestra empatía, incluso si solo sirve para atender a nuestras propias necesidades por un momento. La empatía no es un estado constante; más bien es solo una de las habilidades emocionales que los humanos tenemos. Pero si esto es verdad, ¿puede la empatía ser un instrumento fiable para vencer la violencia en cada escenario?

Joan Tronto, una de las académicas más preeminentes de la ética del cuidado, nos es útil para reflexionar acerca de este problema. En 1990, cuando la ética del cuidado empezaba a ganar terreno, Tronto propuso la definición por excelencia del cuidado como todo lo que ha-

ceamos para «mantener, continuar, y reparar nuestro “mundo” de tal manera que podamos vivir en él lo mejor posible». Aunque no denomina la empatía específicamente como una característica del cuidado, a efectos de nuestra conversación, encajaría bien en su marco con lo que ella llama la atención, es decir, «una suspensión del interés propio y una capacidad de ver las cosas genuinamente desde la perspectiva del necesitado de atención» (Tronto, 2013, p. 34). Entendiéndola así, la empatía no basta para asegurar el cuidado satisfactorio (la responsabilidad, la competencia, y la capacidad de respuesta son esenciales también), pero es un primer paso necesario para adaptarse a las necesidades y deseos de la persona que tienes delante. Sin embargo, seguimos teniendo que tomar en cuenta el hecho de que la gente ejerce la empatía de una manera diferencial, no-inocente, y a veces no la ejerce de ninguna manera —somos selectivos al elegir cuando somos empáticos. Parece, pues, que es mejor no dejar al individuo la responsabilidad de empatizar (y posteriormente de convertir esa empatía en tareas de cuidado); más bien, debe convertirse en parte integral de nuestra sociedad y de la política. La misma Tronto, decepcionada con la falta de una aceptación a gran escala de la ética del cuidado en la política nacional incluso unas décadas después de la publicación de su tratado revolucionario sobre la ética del cuidado, dedicó un libro entero que se llamaba *La Democracia del cuidado* a este asunto. No se puede dejar la empatía y el cuidado que permite al ámbito del mercado ni al individuo. Necesitamos urgentemente ir más allá de recurrir por defecto a la lógica neoliberal para empezar a priorizar procesos que faciliten la atención a la situación de los demás de lo personal a lo global (Tronto, 2013). En vez de «institucionalizar la falta de conexión», como hacen actualmente, nuestras instituciones deben subrayar su interconectividad; en vez de permitir que caigamos en las costumbres de «embrutecernos» y de aislarnos de los que nos rodean, deben animarnos a abrirnos a «sensibilizarnos» (Morgan, 1989, p. 52-53). Sé que se trata de una proposición espinosa —conllevaría una discusión acerca de sentimientos y de experiencias personales que tendría lugar en la esfera pública, o peor, en los ayuntamientos y foros nacionales— pero si queremos soñar con una sociedad que afirme ardientemente la humanidad de todos, deberíamos empezar a permitirnos ser plenamente humanos, incluyendo las emociones.

El convertir la empatía y el cuidado en asuntos cada vez más públicos reforzaría también los mecanismos de rendición de cuentas acerca del tipo de empatía selectiva que podría, por ejemplo, llevar a alguien como un joven adulto en el País Vasco a ingresar en una organización como ETA, priorizando una conexión empática muy particular y retor-

cida a la vez que se desvía de potenciales vías de empatía hacia los que ETA iba a tomar como objetivos. Tal como discutí en mi segunda carta, es necesario cerrar estos caminos de empatía que niegan la humanidad del otro y así hacerle daño o matarle. Al introducir la empatía en nuestras instituciones públicas, la responsabilidad de decidir cómo y cuándo desplegar las habilidades empáticas ya no recae sobre el individuo, sino sobre el criterio del colectivo. (Sin embargo, el compartir este tipo de responsabilidad sí requiere unas instituciones democráticas fuertes, lo cual es un tema para otro libro completamente distinto.)

Entonces, para vencer la violencia debemos incluir el cuidado empático en nuestros tribunales, legislaturas, y en el nivel ejecutivo, y colectivos ciudadanos. Pero hay una pega: el cuidado es nunca absoluto y es siempre relacional (Tronto, 2013). Esto se debe al hecho de que, como seres humanos, nos relacionamos los unos con los otros incontestablemente de una manera cambiante que para bien o para mal, tiene un impacto directo o indirecto, fuerte o leve. Por desgracia esta manera dialéctica de ser no se presta bien a la generación de una legislación prescriptiva generalista; sería fácil imaginar cómo unas leyes que podrían generar unos resultados positivos con respecto a los cuidados en un contexto, digamos, en un contexto urbano, llevarían a unos resultados negativos en otros contextos, como un medio rural. Pero, mientras que puede ser imposible elaborar leyes que proporcionen instrucciones paso a paso acerca de cómo facilitar el cuidado, es posible redactar leyes e institucionalizar procesos que faciliten el cuidado animándonos a abrirnos a las vidas de los demás y a reconocer nuestra interconectividad. ¿Cómo sería eso en la práctica?

Nanclares de Oca es un ejemplo excelente de la empatía legitimada en un proceso público, sobre todo en lo que respecta a la implementación de la justicia restaurativa. La pretensión básica de la justicia restaurativa consiste en «el hecho de que la persona que ha ofendido tiene responsabilidades que asumir y obligaciones que satisfacer hacia las personas a quienes ha dañado» (Pascual Rodríguez y Oldalde Altarejos, 2013, p. 24). Sobre todo, un proceso de justicia restaurativa es aquel en el que la víctima, el victimario, y todas las otras partes implicadas participan juntos. Además, «la justicia restaurativa asume que los humanos son profundamente relacionales» (Pranis, 2007, p. 57, tal como se cita en Pascual Rodríguez y Oldalde Altarejos, 2013, p. 32). Al trabajar a partir de esta base de la relacionalidad en lugar de la uniformidad supuesta y el estancamiento, ningún encuentro generó los mismos resultados —éticos, prácticos, colectivos, personales, o de otro tipo— que otro, debido al reconocimiento fundamental de que cada situación y cada persona involucrada eran únicas. Durante todo el proyecto, la empatía era

no solo un prerrequisito sino también un resultado. El periodo de preparación antes del encuentro en persona era de seis a ocho meses, suficiente tiempo para la interacción intensiva y la construcción de una relación entre la víctima y el victimario. Se esperaba que los participantes entraran en los encuentros habiendo dejado la violencia atrás y estando abiertos a escuchar al otro, una disposición que giraba alrededor de la iniciativa personal y su cultivo durante el periodo de preparación. Los mismos encuentros, que en esencia requerían que uno prestara atención al otro, eran una invitación a suspender los intereses propios por un momento, tal como dice Tronto, y a conocer la historia del otro de primera mano. Por lo tanto, mostrarse empático se normalizó y se facilitó. Sobre todo, este proyecto de justicia restaurativa no sustituyó los procedimientos típicos de justicia retributiva en el País Vasco, sino que fue algo añadido a los fallos judiciales punitivos. El último árbitro de justicia, en este caso, es un juez que dicta una condena de prisión. La iniciativa tuvo unos resultados significativos que hay que celebrar, pero no llegó a transformar la praxis e ideología jurídicas totalmente.

Sin embargo, la pregunta molesta aquí está relacionada con la fugacidad del proyecto: ¿por qué fue interrumpido y por qué no se han adoptado sus métodos en otra parte? Unai, lamentas el hecho de que el conflicto vasco y su resolución consiguiente no han recibido la cobertura de prensa que merecen, y estoy totalmente de acuerdo. A pesar de haber viajado a España dos veces, nunca había oído hablar de las iniciativas revolucionarias de justicia restaurativa que se habían puesto en marcha. Lo único que sabía acerca del conflicto vasco eran las pintadas nacionalistas deslucidas que quedan esparcidas por los senderos del Camino de Santiago en algunos de los pueblos vascos de zonas rurales. No fue hasta que asistí a una clase impartida por Annabel cuando aprendí sobre Nanclares de Oca y otras iniciativas afines. De manera similar, aunque había oído hablar acerca de Nelson Mandela anteriormente, nunca me habían enseñado acerca de la audaz Comisión de la Verdad y la Reconciliación de Sudáfrica que buscó cerrar las heridas de la nación en la época post-apartheid hasta que estudié durante un trimestre en Sudáfrica y me metí de lleno en el tema. Como extranjera, te puedo decir que son temas que se abordan pocas veces en nuestros libros de historia o en las noticias. ¿Cuál es la razón de que esto ocurra? ¿Es porque el mundo no está dispuesto a hablar de propuestas tan audaces de este tipo? ¿Estamos tan separados los unos de los otros que somos incapaces de reconocer nuestra interconectividad y las obligaciones éticas mutuas que resultan de eso? ¿Constituye esta separación que invalida la posibilidad de la empatía profunda la violencia suprema? (Morgan, 1989)?

Pero ahora me estoy quedando demasiado inmersa en este presente tan decepcionante, después de haber afirmado que iba a hablar del futuro abierto. No sé con certeza qué fue lo que impidió que las iniciativas vascas por la justicia restaurativa cuajaran verdaderamente. Sí sé, sin embargo, que sigue la sensación de malestar que tenía al empezar esta carta. Y, mientras permanezca el descontento, la ventana para crear de nuevo sigue abierta. El instinto humano firme e indudable de que es posible lograr un mundo mejor es lo que genera el impulso de soñar y lograr este mundo. En esos mundos, la empatía no se puede relegar a un segundo plano, ser dejada a la discreción de unos individuos o ser conceptualizada como un poder sobrehumano relegado a los esfuerzos de activistas y funcionarios comprometidos, como en el proyecto de Nanclares de Oca. Debe estar integrada en nuestras leyes, lugares de trabajo, contratos sociales, economías, y comunidades para animarnos constantemente a reconocer y aceptar nuestra interconectividad, para que nunca podamos borrar la cara de los otros que nos rodean y volver a caer en la violencia (Butler, 2004). En un futuro así no habría margen para las violaciones flagrantes de la humanidad como el asesinato sancionado por el Estado o actos de terrorismo.

Obras Citadas

- Butler, J. (2004). *Precarious life: the powers of mourning and violence*. Verso.
- Carrega, Christina. (2020, December 12). «Two Black men have been executed in two days. Two more are set to die before Biden's inauguration». *CNN*. <https://www.cnn.com/2020/12/12/us/brandon-bernard-alfred-bourgeois-executions/index.html>.
- Morgan, R. (1989). *The demon lover: On the sexuality of terrorism* (1st ed.). Norton.
- Pascual Rodríguez, E., & Olalde Altarejos, A. (2013). *Los ojos del otro: Encuentros restaurativos entre víctimas y ex miembros de ETA*. Sal Terrae.
- Tronto, J. (2013). *Caring Democracy: Markets, Equality, and Justice*. New York University Press.

* * *

Rachel,

La frase «Año nuevo, vida nueva» nunca me ha convencido. Entiendo su carga metafórica y por qué no, motivadora, dado que, con el cambio de año, se nos brinda la oportunidad de regresar a la casilla de

salida y empezar de nuevo la partida. Más allá de los objetivos, retos o metas que cada uno se propone a sí mismo, no dejaré de sorprenderme la fascinante habilidad del ser humano para complicar las condiciones en las que va a tener que recorrer esa travesía que dura 365 días. En teoría, por cada año vivido, la dificultad debería ir disminuyendo, al contar con un mayor grado de experiencia y saber a la perfección qué rumbo deberíamos tomar y cuáles evitar a toda costa, pero, o somos alérgicos a lo sencillo o nos apasiona que todo esté en nuestra contra. Me decanto, por lo segundo. Al final, no deja de ser parte de la esencia y encanto natural de la persona. ¿Qué es eso de jugar en nivel principiante? La vida así, Rachel, no tiene gracia. Cuanto mayores sean los problemas, más inaccesibles las soluciones y las confrontaciones y rivalidad entre los jugadores creen tensión y animadversión, mejor. Muchísimo más divertido. Esto no lo digo yo, lo dice el poco tiempo de transición que llevamos de 2020 a 2021. Para cuando yo estoy escribiendo estas líneas, el Capitolio, edificio altamente protegido y con un dispositivo de seguridad más que preparado, ha sido asaltado con asombrosa facilidad por centenares de seguidores de Donald Trump, que eso de perder no lo llevan muy bien (qué te voy a contar yo que no sepas).

El año nuevo tampoco está sentando muy bien en Europa. En Países Bajos, un elevado porcentaje de ciudadanos no ha visto con buenos ojos la imposición del toque de queda del Gobierno para frenar el aumento de los contagios. Están en su total derecho de protestar, eso es innegable; sin embargo, las formas no han sido las más indicadas y es que durante varias noches, y con el objetivo de mostrar su disconformidad, los manifestantes han saqueado tiendas, quemado coches y atacado a las fuerzas de seguridad. Hasta el momento, hay 500 detenidos y una decena de policías heridos en Róterdam (*El País*, 2021). En Francia, un joven de 15 años ha quedado en coma tras ser víctima de una brutal paliza que le han propinado entre diez personas (*20 Minutos*, 2021). Por su parte en España la campaña de vacunación ya está en marcha. Según el plan diseñado, los primeros en recibir la vacuna son los residentes y personas en centros de mayores, los sanitarios y sociosanitarios y los grandes dependientes no institucionalizados. Ah, se me olvidaba, también los políticos, en un innegable acto de valentía, solidaridad y compromiso con su pueblo. Y ya, para acabar este breve recorrido de cómo están siendo los primeros compases de 2021, la guinda del pastel: Euskadi. Los últimos días me han transportado a la *Euskal Astea* que celebrábamos anualmente en la ikastola. Concretamente, al viernes, día señalado en la agenda de todos los alumnos por ser la fecha en la que nos medíamos, en diferentes disciplinas deportivas, al resto de cursos. A lo que iba, me estoy viendo a mí mismo, con una edad aproximada de 5 o 6 años,

mirando boquiabierto a los mayores hacer *sokatira*. Es un deporte en el que se enfrentan dos equipos que, agarrados a una cuerda y tirando de ella, deben conseguir arrastrar al rival a su zona. En esta ocasión, los contendientes son, por un lado, quien afirma que los asesinatos pueden ser justos y por el otro, quien resta importancia a las torturas practicadas por parte del Estado porque están por debajo de la media. No sé qué decir. Años de ostracismo y oscuridad que, con la sangre, el sudor y las lágrimas, su lucha y reivindicación, se han ido dejando atrás para que luego estos personajes den justificación a lo ocurrido.

Hablo por mí, pero leyendo tus cartas, las cuestiones que te planteas, los argumentos que expones o el carácter crítico que demuestras, creo firmemente que a ambos este intercambio de cartas nos ha servido para aproximarnos más a la violencia y conocerla mejor. Personalmente, si no hubiese participado en este proyecto, jamás hubiese leído sobre los orígenes de la violencia, qué factores psicológicos y sociales empujan a un individuo a ejercerla ni a preguntarme si tiene o no capacidad regenerativa. Y aquí me detengo. Si alguien me hubiese hecho esta pregunta hace cinco o seis años, incluso alguno más, hubiese respondido con un no rotundo. Tampoco me cabe la menor duda de que mi primer pensamiento nada más escuchar esas palabras hubiera sido algo similar a un «pero este, ¿qué tontería acaba de decir?, ¿cómo va a ofrecer un fenómeno destructor posibilidades de volver a crear?». En cierto modo, no estaba equivocado. ¿Acaso el terremoto de Haití en 2010 o el tsunami de Japón un año más tarde tenían esa capacidad? No hay más que ver las imágenes: edificios derrumbados, escombros, gente desorientada, desesperada y sin rumbo, sin saber qué hacer o a dónde dirigirse. Todo perdido en cuestión de segundos. Con la violencia ocurre otro tanto. Al fin y al cabo, no deja de ser otra catástrofe de la naturaleza, una fuerza irresistible que arrasa con todo aquello que se le pone por delante sin importarle en ningún momento que sus víctimas tienen nombre y apellidos, una vida, familia, amigos y miles recuerdos vividos y otros tantos momentos por vivir. A día de hoy, mi respuesta es totalmente contraria, aunque con matices que más tarde puntualizaré.

Es obvio que mi yo de 16 o 17 años es distinto a quien soy con 21 y más en el tema que estamos tratando. Reflexionando y analizándome con retrospectiva, veo que ha existido una evolución en mi percepción acerca de cómo hay que combatir el terrorismo. He dejado atrás aquel Unai vengativo al que cada vez que hablaba sobre cualquier asunto relacionado con ETA se le hinchaba la yugular, un individuo reaccionario que no concebía otra solución más que la violencia. Si la justicia hubiese dependido de mí, con suerte, el menor de los castigos hubiese sido pasar el resto de su vida en prisión. Por aquel entonces, y por mucho que

lo viera y escuchase, no era consciente de lo que tenía delante de mis ojos (puede que la falta de madurez y análisis tuvieran algo que ver), desconocía por completo que el mejor referente y ejemplo de que otros caminos son posibles estaba en casa. Tras darme cuenta de ello, durante el último lustro me he limitado a sentarme, callar y aprender de ellas. Te tengo que confesar una cosa: sigo sin ser capaz de asimilar lo que han hecho. Por mucho que conozca la historia, sepa en todo momento qué respuesta van a dar o las conclusiones que van a llegar, siguen sorprendiéndome. Es increíble. Han demostrado que hay otra manera de hacer las cosas, que funcionan y son importantes para la convivencia. Si ellas lo han hecho, no me queda otra opción que seguir las.

Bruno Bettelheim, psicólogo y psicoanalista de origen austriaco, definió la violencia como «el comportamiento de alguien incapaz de imaginar otra solución a un problema que le atormenta» (citado en Fisas, 2011: 4). En otras palabras, es la impotencia de no poder gestionar o dominar situaciones adversas, circunstancias cuya envergadura superan todas las salidas previstas y que, por ende, no dejan otra alternativa que recurrir a la fuerza o a la agresión física, verbal o mental. Hasta ahora hemos hablado de la empatía como posible antídoto. A la receta, le has añadido el valor del cuidado. Yo voy a hacer lo propio con otro ingrediente: la educación. Jacques Delors, quien fuera presidente de la Comisión Europea y autor de *La educación encierra un tesoro* (1996) determina que la enseñanza debe sustentarse en los siguientes pilares: aprender a conocer, aprender a hacer, aprender a vivir juntos y aprender a ser (citado en Fisas, 2001). Debemos formar gente con espíritu crítico, rebelde, disconforme y curiosa, que quiera descubrir los porqués, dude, sea participativa y propositiva. Quién sabe si mezclándolos, de aquí a un futuro, se podría obtener la vacuna definitiva para erradicar un virus que lleva campando a sus anchas entre nosotros desde el primer día de nuestra existencia.

Tememos a los conflictos. ¿La razón? La carga negativa del término y, sobre todo, una incorrecta interpretación de la palabra. Una de las primeras imágenes que el cerebro asocia con este concepto son dos trincheras, bandos contrapuestos en busca de la victoria. Una batalla. Sólo puede quedar uno en pie. Sumergidos en la contienda, poco o ningún valor tienen los motivos que la hayan originado, las estrategias que vayáis a ejecutar o cuántos combatientes caigan. Todo queda reducido a una cuestión de vencedores y vencidos. Y claro, nadie quiere ser derrotado. No obstante, ¿es realmente el conflicto una coyuntura de naturaleza bélica? ¿Cuál es el inconveniente de la discordancia? Queremos todo, pero todo es nada. Queremos ser libres, auténticos y únicos, distintos al resto; sin embargo, nos resulta imposible renunciar a esa sensación de protec-

ción que el hecho de ser parte de un colectivo proporciona. Defendemos la pluralidad de opiniones, sí, hasta que enfrente tenemos a una persona totalmente opuesta a nuestras convicciones. En ese momento, saltan las alarmas y, mientras el sentimiento de rechazo empieza a florecer, nos vemos en la obligación de desenfundar la pistola de etiquetas esperando el momento idóneo para apretar el gatillo.

Dualidad. Dicotomía. Así vemos el mundo, como una lucha constante: tú contra mí, vosotros contra nosotros. Blanco o negro. A veces, a mí el primero, se nos olvida que podemos conjugar el nosotros y que los grises, también existen. ¿Sabes cuál es el mayor exponente de zonas de confluencia y que mayor riqueza posee? Efectivamente, los conflictos. Fisas, director de la Escola de Cultura de Pau, perteneciente a la Universitat Autònoma de Barcelona y autor de numerosos libros en los que la paz y resolución de conflictos son protagonistas, explica que «el conflicto es un crecimiento de la diversidad» (Fisas, 2011). Por ello, la educación juega un papel fundamental como elemento transformador para los inevitables y preventivo para aquellos que se pueden esquivar. En relación con los primeros, el éxito consiste en un cambio de actitud, en aprovechar la dirección en la que avanza la dificultad para, cuando estemos bien posicionados cojamos el control y lo orientemos hacia nuestros propios beneficios. En palabras del catalán, sirve «para clarificar las relaciones, proporcionar caminos adicionales de pensamiento y abrir posibilidades». Descubrir nuevas sendas que, como dices en tu carta Rachel, nos permitan ser innovadores y creativos, accesibles, participativos e inclusivos.

Respecto a los segundos, son inesperados y en ocasiones, imperceptibles. El escenario que se debe evitar es aquel en el que, a pesar de conocer la confrontación, se le resta importancia porque el tiempo lo cura todo. O casi todo. Así, es primordial desarrollar mecanismos que faciliten su pronta detección, identificar el problema antes de que esa pequeña llama reciba combustible o cualquier tipo de material inflamable que lo conviertan en una gigantesca marea de fuego imposible de gobernar. Ningún conflicto nace siendo violento, pero si no se reconoce ni admite su existencia, entonces sí, la violencia comienza a asomar lentamente y a presentar sus credenciales como el candidato número uno para poner a su manera el punto final al desacuerdo. Sin entrar en muchos detalles, ETA comienza así, como consecuencia del desentendimiento de los dirigentes del país de intentar dar salida a una coyuntura que exigía respuestas inmediatas. El contador llegó al cero y todo estalló. El resto es historia.

Si antes he afirmado que en las entrañas de la violencia he vislumbrado, aunque sea un minúsculo haz de luz, cierta capacidad regenerativa es porque ofrece una segunda oportunidad; eso sí, ésta jamás debería existir, pues los antecedentes jamás tuvieron que ocurrir. En con-

secuencia, nadie quiere ser su destinatario y mucho menos protagonista. Es un arcón de doble fondo. El nivel superior tiene su atractivo, para qué engañarnos: posibilita volver a comenzar, redimirse, depurar responsabilidades y construir una nueva sociedad. Llega el turno del inferior. Está vacío, pero en él retumban con fuerza «¿a qué precio?», «¿eran necesarios el dolor y el sufrimiento para darse cuenta de que las cosas no podían continuar así?» Y lo que es peor, «¿por qué durante tantos años?».

Ahora bien, oportunidades como estas no pueden desperdiciarse. Yo la interpreto como una invitación a realizar un ejercicio de introspección, pero no en términos individuales, sino colectivos. Cuestionarse, intentar averiguar cuáles son los fallos que hemos cometido y el origen de los problemas, trabajar aptitudes como el cuidado que tú misma has mencionado y que tanta falta hacen. Tampoco me puedo olvidar de la sensibilización, concienciación o la cercanía. Es el momento de abandonar el orgullo, la actitud inmovilista para con una realidad y dar cabida en tu relato al resto de historias. Ceder. Encontrar los grises, nuestros puntos de conexión y a partir de ahí, como en infinidad de ocasiones hemos repetido los dos, construir una sociedad mejor y más justa.

Hay una canción de Urko, uno de los estandartes de la música vasca en la década de los 70 en Euskadi, llamada *Guk euskaraz, zuk zergatik ez* (Nosotros hablamos en euskera, tú por qué no) cuya letra me recuerda a los inicios del proceso de paz y al futuro que aquí debemos conseguir:

Euskara putzu sakon
eta ilun bat zen,
eta zuek denok
ur gazi bat
atera zenuten
handik nekez

Orain zuen birtutez
zuen indarrez
euskara
itsaso urdin
eta zabal
bat izanen da
eta guria da²

² El euskera estaba en un pozo profundo y oscuro Y todos vosotros sacabais agua salada de allí con gran esfuerzo

Con nuestra fuerza y virtudes, debemos formar una Euskadi en la que todos tengamos cabida. Rachel, en tu carta te preguntas por qué no institucionalizar procesos que favorezcan o ayuden el fomento del cuidado, incluyéndolo en nuestras leyes, espacios de trabajo y ámbito social. No sabría contestarme más que lo siguiente: ahora o nunca. Pocas veces vamos a encontrarnos un contexto más propicio que este para ello. 2020 ha sido la aguja que ha pinchado nuestra burbuja y la ráfaga de viento que nos ha quitado la venda de los ojos. Quién nos iba a decir que un virus, inapreciable e intangible para el ser humano, sería el responsable de darnos ese golpe de realidad que, pensándolo bien, necesitábamos. Se ha puesto de manifiesto el estado de nuestros ciemientos en todos los sentidos, desde nuestra conciencia y subconsciencia hasta la estructura social y demostrado que, con independencia de nuestro poder adquisitivo, raza, sexo, nivel de estudios o profesión, somos vulnerables. Somos iguales. Somos personas.

En mi opinión, has dado con la clave: la interconectividad. La filósofa Carol Gilligan, discípula de la Kohlberg y madre de la ética del cuidado, describe el mundo de la siguiente manera: «una red de relaciones en la que nos sentimos inmersos y de donde surge un reconocimiento de la responsabilidad hacia los otros» (citada en Medina-Vicent, 2016, p. 93). ¿El obstáculo? Nosotros mismos. Y la pandemia lo está evidenciando. Desconozco cuáles son las medidas en vigor en Estados Unidos para contener la propagación del Coronavirus, ni tampoco cómo los estáis viviendo. Lo que sé es que aquí, aun habiendo transcurrido casi un año desde el inicio, hay personas que todavía no han aprendido, o peor, no quieren aprender la lección. Ejemplifico: fiestas clandestinas y discotecas. ¿Que cierran la hostelería? No pasa nada, me reúno con los amigos en casa y solucionado. En Donostia, ¿que este año no hay Tamborrada? Nos juntamos un centenar en la Plaza Constitución a celebrarlo sin llevar la mascarilla y no respetando la distancia social. La anteposición del ocio y disfrute frente a la salud de otros. No nos preocupamos por quién vive a nuestro lado, ¿cómo vamos a hacer lo propio por quienes se encuentran a kilómetros de distancia? El yo y mis intereses primero, después los del resto. El estado de naturaleza de Hobbes en su máxima expresión.

Ahora con vuestra virtud
y con vuestra fuerza
el euskera
será un mar azul y ancho
y es nuestro

Si es así como nos comportamos respecto a un asunto que, en teoría nos afecta, no me quiero imaginar cómo será con aquellos que nos son indiferentes (aunque lo cierto es que no lo son). Lamentablemente, el tema que estamos abordando es susceptible de esa despreocupación social. Además, si le añades la retirada de los encuentros restaurativos, el desapego es mayor. Hasta hace poco, entendía por qué los habían suspendido. Ahora lo sé: la envidia. Rabian muchísimo. No soportan ver que una víctima y su victimario, el damnificado y su verdugo, les dan semejante lección de humanidad. Les rompen los esquemas. Esa segunda oportunidad que se conceden es sinónimo de derrota para ellos, los políticos. Creen que las víctimas y victimarios, sus relatos y su dolor son de su propiedad. Y no es así. Rachel, no puede haber «empatía legitimada» (me ha encantado esta descripción) si quienes nos gobiernan no saben su significado.

2021. Ojalá ese uno signifique el inicio de una nueva época. Porque lo necesitamos. Porque lo merecemos.

Obras Citadas

- 20 Minutos: (2020): «Conmoción en Francia por la brutal paliza que dejó en coma a un chico de 15 años». Recuperado de <https://www.20minutos.es/noticia/4555832/0/francia-conmocion-brutal-paliza-coma-chico-1anos/>.
- El País* (2021): «Estupor y desánimo en los Países Bajos ante los disturbios por el toque de queda» Recuperado de: <https://elpais.com/sociedad/2021-01-26/la-violencia-se-extiende-en-paises-bajos-tras-la-imposicion-del-toque-de-queda.html>.
- Fisas, V. (2011): «Educar para una Cultura de Paz», *Quaderns de Construcció de Pau*, n. 20
- Medina-Vicent, M. (2016): «La ética del cuidado y Carol Gilligan: una crítica a la teoría del desarrollo moral de Kohlberg para la definición de un nivel moral postconvencional contextualista», *Daimon. Revista Internacional de Filosofía*, Núm. 67, pp. 83-98

Capítulo Dos

Naiara y Pablo

Carta uno

Querido **Pablo**,

El año 2020 no deja de darnos sorpresas. Este año no es más que la demostración de que lo que conocemos puede cambiar en un segundo. Nuestra salud pelagra, las fronteras se cierran y como si de una Guerra Fría se tratara, los países compiten por ser los primeros en crear una vacuna que nos salve y «de paso», les dé cierto beneficio económico y los sitúe como una potencia mundial. Mientras tanto, Euskadi vive unas semanas de mítines políticos sin novedad en los discursos y reflexiones entre los ciudadanos sobre la utilidad que se le da a la política. El uso de la ideología como forma de rechazo al otro se ha normalizado de tal forma que la política ya no presenta un discurso de unión y comprensión hacia el otro. Ya no se trabaja el debate sobre ideas, sino que se ha viralizado esa forma de hacer política donde los políticos se han enfrascado en una botella que está constantemente agitándose y donde se golpean y chocan. Lo preocupante es que no buscan abrir la botella y salir de ella para dejar de ser agitados, sino que saltan con fuerza para mover la botella todavía más y causar más golpes a los otros.

A pocos días de tener que ir a votar, me pregunto el sentido de la política, o más bien de los políticos de ahora. La política en realidad siempre ha tenido sentido. Las sociedades requieren de una organización para entenderse entre los ciudadanos y planificar una convivencia entre ellos. Euskadi, con el pasado que ha tenido, donde no nos hemos entendido y donde nos hemos causado tanto daño, necesita más que nunca una política de calidad que se reafirme en su esencia de buscar la convivencia entre la pluralidad humana que conformamos y ser promotora de la unión y el respeto. Pero como he dicho antes, solo hacen que se agite más la botella.

La historia de ETA nos ha marcado a todos. A lo largo de mi vida he sentido que vivimos en dos bandos: nosotros y los otros. No sé qué nos di-

ferencia en concreto, no sé para qué nos diferenciamos, pero siempre me ha perseguido esa sensación de tener que posicionarme entre el «nosotros» y los «otros». Cuando de pequeña viajaba a otras comunidades autónomas y los niños me hacían comentarios sobre ETA y mi condición de terrorista por el simple hecho de ser vasca, automáticamente creaban una barrera entre ellos y yo y me sentía la otra, la vasca, la diferente. Cuando aquí me he posicionado, para unos me he posicionado en el «nosotros», y para el resto, en los «otros». Y muchas veces me han hecho sentir parte de los otros cuando ni siquiera sabía quiénes eran esos otros. Para aquellos niños, los otros eran los vascos, para mí, los otros eran los terroristas; para otra gente que me he ido cruzando en la vida, los otros eran los españoles, o los fascistas, o los opresores, y yo a veces pertenecía a esos grupos y otras veces no. Así, a ojos de un grupo, era terrorista, a ojos de otro grupo era fascista y a ojos propios no sabía ni qué era. Lo que sí tenía claro es que todos tenemos una cosa en común; todos compartimos la necesidad de marcar grupos dentro de la sociedad, de buscar nuestros semejantes, nuestra identidad dentro del rebaño que conformamos la población. Y todos, absolutamente todos, identificamos a los otros como los malos y a los nuestros como los buenos. Esa polarización de las gentes no es más que una evidencia de nuestra necesidad de hacernos creer que aquellos con los que no compartimos ideas son los malos, los otros, los que nunca serán parte de nuestro grupo. Es una forma simplista con la que nos dotamos de una superioridad moral de la que realmente carecemos, porque, aunque no guste reconocerlo, no somos tan diferentes.

Sentirnos moralmente superiores y dueños de la verdad es una manera de legitimar nuestras ideas. Puede que mediante un pensamiento más profundo y concienzudo todos acabáramos replanteándonos lo que pensamos, pero eso conlleva poner en peligro nuestra identidad a nivel individual y a nivel comunitario, y eso da miedo. Imagínate acabar como Sócrates y que tu conclusión sea que solo sabes que no sabes nada. Da miedo sentirse perdido, sin saber lo que eres y lo que defiendes. El conocimiento da libertad, pero esa libertad no hace más que perderte, porque cuanto más libre eres más recorres y más cuenta te das de lo largo que es el camino, hasta que llegas a un punto en el que eres consciente de lo poco que sabes sobre la vida. Y en mi humilde opinión, eso es lo que nos une a toda la sociedad; el miedo por descubrir y descubrirse. Cortamos nuestras propias alas para nunca llegar a aquel horizonte desconocido y no vivir con esa sensación de estar perdidos y sin saber quiénes somos. Ese miedo, es la base de autolimitarnos con el que hemos asignado como «el otro», y evitamos que nuestra mente recree un estado de empatía hacia ese otro que pueda rompernos los esquemas y llegar a conclusiones inexploradas.

Imagina llegar a empatizar con un etarra, llegar a comprender sus motivos, llegar a una nueva realidad donde ya no hay un «nosotros» y un «los otros». Produce respeto cuestionarse los pensamientos que tiene uno, pero no hay que tomárselo como una negación de lo que somos y hemos sido. Cada uno es lo que ha decidido ser, algunos han sido lo que la vida les ha hecho ser, pero esa esencia que hemos desarrollado ya es la que es. Cuando en Euskadi hablamos de convivencia, no hacemos más que alentarnos a dar ese paso de cuestionarnos nuestras posiciones pasadas por una nueva posición común en la que dejemos de dividirnos como sociedad y en la que confiemos y pongamos en valor a quien es diferente a nosotros. Esto no trata de igualar a víctimas y victimarios; no se pueden igualar las vidas y vivencias de cada uno. Esto trata de igualar la valía humana de cada uno, de arrancar la superficie que nos diferencia y observar más profundamente. Esto tampoco trata de justificar ninguna acción injustificable, sino de ahondar en la motivación para que nos lleve a una mejor comprensión del otro y desde ahí, podamos romper las divisiones que tanto daño nos han provocado como pueblo. La intención con la que digo esto no es animar a justificar las acciones de los etarras desde una empatía encubridora y cegadora de las atrocidades cometidas por ellos y que no hace más que banalizar el sufrimiento de las víctimas en aras de una comprensión del otro. Mi intención no es esa. Lo único que busco es una solución que permita una convivencia entre nosotros que nos impulse a un perdón sincero que sea el inicio de una paz completa, verdadera y duradera.

El logro de la paz no consiste en pensar como el otro, sino en entender los motivos que puede llevar al otro a cometer las acciones que ha cometido. No se trata de justificarlo ni de dar la razón, sino de analizar la situación de forma que, conscientes de lo sucedido, se haga más hincapié en la solución que en la culpabilidad. Los etarras podrán justificar su lucha, tendrán un fundamento histórico y político que crean que les permite legitimar sus ideas y sus acciones, pero a estas alturas la sociedad vasca no necesita volver a debates pasados, sino que debe avanzar y enfocarse por un debate sobre cómo superar este periodo de forma que todas las partes de la sociedad vasca avancen conjuntamente y en paz, logrando así una unión entre las partes que acabe definitivamente con la división de las gentes. Sé que esto es complicado, sobre todo para las víctimas. Las víctimas, además de sufrir la pérdida de un ser querido o haber vivido durante años con miedo, deben ahora mostrar una actitud valiente y conciliadora por un bien general. Eso es difícil, lo sé, ¿cómo luchar por el bien de una sociedad que te ha tratado con crueldad?, ¿por qué ofrecer esperanza cuando a ti te la han arrebatado?, ¿por qué hacer el bien cuando te han hecho el mal? Es evidente

que las víctimas tienen una labor fundamental en la reconstrucción de una sociedad rota, y es evidente que para muchos no sea justa esa carga que se les asigna, pero si ellos no perdonan, si ellos no avanzan, el resto nos estancamos y no podemos cerrar las heridas de nuestra tierra. Ellos son los únicos con la potestad de decir que el perdón existe y que volvemos a ser uno.

Hoy en día, la estabilidad lograda hasta el momento se resquebraja a causa de la fiebre política tan convulsa y cambiante. Los discursos belicistas y de odio impregnan nuestra tierra que iba en camino de lograr la calma. Las ideologías van variando según los intereses y las necesidades personales. La política ya no es parte de la moral, que nos hace ser lo que somos, que se convierta en parte de nuestra identidad. Ahora la política varía según los tiempos, la moda y nuestra conveniencia, y cuando la ideología se convierte en moda y no en conciencia política, es cuando la sociedad se destruye y se vuelve peligrosa. Ahora, cuando vale más quedar bien que hacer el bien, el acercamiento de las víctimas y victimarios se vuelve más arduo y trabajoso, y honestamente, me preocupan los comentarios que escucho por parte de unos y otros. Me da miedo que el avance hecho en relación con el acercamiento con el otro se elimine y volvamos a esas relaciones ariscas de tiempos pasados. Me da miedo que la evolución de los ciudadanos se estanque por unos políticos que solo buscan unos votos más.

* * *

Querida **Naiara**,

El año 2020 como tú dices está siendo un año de grandes cambios en la sociedad. Nuestras vidas han dado una vuelta de 360 grados. De un día para otro nos hemos dado cuenta de que somos una pequeña mota de polvo dentro de la gran alfombra que es el universo. Durante muchos años pensábamos que tras el comienzo de la edad contemporánea todo serían rosas, amor y paz. Pero lejos de lo que esperábamos nos hemos encontrado de bruces contra una pared en forma de virus que ha logrado parar a todo el planeta. Mientras tanto, como tú dices, los vascos nos enfrentamos a unas elecciones que se celebran en el peor tiempo posible. Pero por muchas que se celebren en un momento de agitación, de miedo y de penuria siguen siendo fundamentales para conseguir que nuestra sociedad tenga un devenir próspero. O eso nos hacen creer...

Durante el confinamiento, hemos tenido mucho tiempo para hacer muchas cosas que antes no lográbamos llevar a cabo por la inten-

sidad con la que vivíamos nuestras vidas. Ahora que el virus nos ha tenido retenidos en nuestros hogares hemos encontrado espacios cortos de tiempo en los que hemos podido pensar sobre las cosas que de verdad importan. Una de las cosas sobre las que he solido reflexionar es sobre la clase política de este país, y sobre el sufrimiento que hemos vivido en Euskadi. Tras pensarlo mucho he llegado a una conclusión que me ha abierto la mente. Como tú dices en estos momentos tan difíciles las formaciones deberían dejar sus rencillas para trabajar conjuntamente y de esta manera labrar un futuro mejor y una salida que nos ayude a ver la luz al final del túnel en el que estamos sumergidos por la dichosa pandemia. Pero desgraciadamente, la realidad nos ha dejado ver que las ideologías, y los problemas del pasado tienen mucho peso en el discurso que mantienen frente a todos nosotros. Es normal que las formaciones dejen ver que tienen unos principios ideológicos y deben mantenerlos. De hecho, a todos nos parecería extraño que no cumplieren con esos principios morales que tienen, ya que los sujetos que formamos esta sociedad tenemos unos principios y no los cambiamos dependiendo de la situación. Pero claro, ante situaciones como la que desgraciadamente nos ha tocado vivir la clase política no ha dejado de intentar vender una imagen al electorado de que cada formación era la mejor para resolver cualquier problema que se derivaba de la pandemia. Sin embargo, la triste realidad es que en nuestro país hay miles de personas que han perdido la vida, miles de familias que se han quedado sin recursos para sobrevivir, y miles de ciudadanos que se han quedado sin su empleo que les otorgaba una estabilidad.

Tras pensarlo mucho, tras recoger y recabar información de las supuestas soluciones a los problemas que surgieron durante la última legislatura. Y sobre todo, centrándome en los últimos acuerdos que se han llevado a cabo para aportar respuestas rápidas a los problemas ocasionados por la pandemia de la Covid-19. El pasado 12 de julio del año 2020 decidí no participar en las elecciones al parlamento vasco. Lo decidí por varias razones.

La primera de todas tiene una estrecha relación con la historia que hemos vivido en Euskadi. Cuando nos encontrábamos en los terribles años en los que la banda terrorista ETA llenaba las calles de sangre sin ningún tipo de escrúpulos las formaciones políticas denunciaban la situación, pero no lograban llegar a consensos por su ideología, o por sus propios intereses. Aunque es verdad que muchas personas que se relacionaban con algunas de las formaciones llevaron a cabo proyectos de paz, y se esforzaron por lograr parar la violencia en el País Vasco. Ninguna de ellas logró frenar a la banda terrorista por diferentes motivos. Unas por miedo, terror e incluso por amenazas directas hacia su

persona. Otros porque eran asesinados por sus ideas de lograr una sociedad plural en la que todos pudiéramos convivir pensando diferente. Y otros porque directamente eran silenciados y apartados por sus propias formaciones que les veían como un lastre para ellas. El final de la historia lo dictó la sociedad vasca al rechazar y manifestarse en contra de la violencia que ejercía la banda terrorista. Los políticos se unieron a los movimientos, pero no lograron acordar fundamentos para derrotar a la banda.

La segunda cuestión tiene relación con un malestar interno. Y es que, tras recapacitar me fije en que nos les importamos nada. Desde que empezó la pandemia ninguno de ellos ha negociado pensando en la población. Prueba de ello es que se han celebrado las elecciones sin tener en cuenta que comenzaban a aparecer brotes en todo el País Vasco. Debido a esto, me fije en que lo único que les importaba era asegurarse otros cuatro años de legislatura sin tener en cuenta que los ciudadanos podían enfermar. La verdad, es que no me debería de escandalizar a estas alturas de la vida, ya que esto pasa en muchas ocasiones y con diferentes temas. Por ejemplo, mientras que la gran mayoría de los vascos intentamos pasar página después de lo ocurrido no hace mucho tiempo respecto a la lucha armada. Todas las formaciones siguen sacando el tema después de que la banda terrorista ETA haya sido derrotada. Me he dado cuenta de que la clase política no avanza a la vez que lo hacemos los sujetos que conformamos la sociedad, sino que ellos se quedan estancados en el pasado e intentan utilizar como una herramienta política lo que pasó. De este modo, logran que nos enfrenemos los unos contra los otros en una lucha que no nos lleva a ninguna parte. Además, de esta manera consiguen que nos centremos en esos problemas para olvidarnos los que hay en la actualidad. Con esto no quiero decir que tengamos que pasar página rápidamente. Todo lo contrario, debemos de aprender de los errores del pasado para que no vuelvan a suceder. Como tú dices, dentro de esta lucha debemos entrar todos sin ninguna excepción, ya que todos nos encontramos dentro de esta jungla de cemento a la que llamamos sociedad.

Respecto al sentimiento de pertenencia que mencionas en varias ocasiones, considero importante que te de mi punto de vista. Me he pasado muchos años de mi vida viendo situaciones en las que muchas personas se sentían discriminadas por otras solo por ser de otro territorio o sentirse parte de otro lugar. Tras reflexionar, debatir y sobre todo escuchar a muchas personas creé mi propia opinión respecto al tema. Me fijé en que casi todas las situaciones en las que ocurren este tipo de discriminaciones vienen formadas o creadas por un mismo denominador común. Este denominador común es conocido como «Na-

cionalismo», pero muchos le llamamos «Patriotismo». El problema que tuvimos en el País Vasco tenía una relación estrecha con un patriotismo o nacionalismo exagerado y que derivó a una violencia que era injustificable. Yo a día de hoy no me siento de ninguna parte; es más, prefiero no pensar en esos temas que nos llevan a problemas del pasado. Solo pienso en cambiar esta sociedad a mejor. Quiero construir una sociedad en la que ninguno nos sintamos excluidos por pensar diferente; quiero construir una sociedad en la que el eje de la vida sea el sujeto y no las ideas que tenga. Es verdad que siento un aprecio por la tierra donde nací, y por su cultura. Pero ese aprecio que siento no lo mezclo a la hora de reflexionar sobre los temas importantes. Porque si algo nos demuestra la historia es que en los momentos que hemos mezclado el sentimiento de pertenencia a un territorio no hemos progresado conjuntamente, sino que nos ha llevado a separarnos y a excluir al que piensa diferente al resto.

Carta dos

Querido **Pablo**,

Siento que tu carta es el reflejo del hartazgo generalizado que puedo percibir en la sociedad, esa especie de cansancio por estar siempre en un punto muerto donde los ciudadanos necesitan una cosa y los políticos buscan otra. Los políticos se aferran a ideas que están desactualizadas y provocan en nosotros un aburrimiento automático por lo que hacen. Ciertamente, las ideas a veces no sirven más que para separarnos unos de otros, como si se tratase de un escudo impenetrable que protege nuestras almas de los pensamientos equívocos. Sin embargo, olvidamos que las ideas nos hacen ser lo que somos, pero cambiarlas también nos hace ser valientes. Ya mencionas tú lo importante que es para los partidos políticos mantenerse y reflejar sus principios y moral ante la sociedad, pero a veces, más que una convicción ideológica, parece que algunos partidos dicen lo que dicen porque les trae cierto beneficio político.

Los principios de cada uno, así como de los partidos políticos, son parte de nuestra razón de ser. No obstante, cuando muchos partidos políticos tomaron su rechazo hacia ETA como uno de los principios de su partido, me pregunto si realmente fue porque era parte de su razón de ser. Algunos partidos políticos utilizaron el terrorismo vasco como un arma electoral para llegar a más gente y mostrarse como los únicos capaces de lograr una solución y justicia para el país. Utilizaron los ataques de ETA para aumentar sus votos y para esconder sus fracasos y errores, utilizaron a ETA para desprestigiar a personas que osaban criticar las palabras y acciones del partido. En las elecciones de 2004 demostraron lo que era ETA para algunos.

ETA se convirtió en una herramienta para adquirir poder. Se jugó con el sufrimiento de muchos y como si de marionetas se tratara, movieron a las personas por la dirección que querían y cuando querían. Caras visibles del sufrimiento de las víctimas de ETA pasaron a ser caras

visibles de ciertos partidos políticos; otras caras se pusieron en la diana de la sociedad y se creó una política inquisitorial que exclusivamente veía como solución el repudio de todos los que no eran como ellos. La sociedad estaba dolida, lógicamente, y los poderes públicos, en vez de mantenerse como referentes en la lucha, se impregnaron del discurso de las víctimas y crearon políticas de sentimiento, en donde la reacción emocional de la población trazaba la ruta de los discursos y acciones de los partidos. Esto derivó en la humanización de la política y se comenzó a legislar desde el dolor, a hacer frente a la confrontación social desde el resentimiento y a acabar con el terrorismo desde el odio. Al mismo tiempo, se deshumanizó al otro, a quien no pertenecía al bando de uno. Las reacciones de a pie fueron la guía de los políticos, con interés en atraer a adeptos y ganar popularidad. Y si bien es cierto que hubo políticos con buen hacer y buena fe, tristemente se llevaron la atención de la sociedad y la historia aquellos políticos que fueron más incendiarios y aprovechados. Unos políticos que se presentaron ante la sociedad como la imagen personificada del civismo, moralidad y buen hacer. Esos mismos políticos que eran parte de ese Estado que tenía grupos secretos que atentaban contra las personas que interferían en los intereses del Estado, que apoyaban un sistema global en donde los países ricos explotaban e intimidaban a los países pobres o que eran cómplices de la venta de armas que perpetuaban el terrorismo en otras naciones. El terrorismo popular contra el terrorismo de Estado. Ninguno buscaba la paz, todos buscaban el poder.

Esa sociedad es la que hemos heredado. Política humanizada contra personas deshumanizadas. Buenos contra malos. Vascos contra españoles. Vascos contra vascos. Perpetuamos la maldad sobre el otro cuando ni siquiera podemos decir que los buenos son realmente buenos. Les diferencia la forma, pero no el fondo. No se puede hablar de las víctimas de ETA sin recordar a las víctimas del GAL, la Triple A o el Batallón Vasco Español. Todos, tanto unos como otros, no hicieron más que una guerra sucia que nos perjudicó a los demás. Sin embargo, las víctimas merecen respeto. Nos vanagloriamos de ser un país que aboga y garantiza los derechos fundamentales de las personas, pero enseguida mostramos facilidad para mermar los derechos de quien nos interesa. Las víctimas, sean del bando que sean, son víctimas. El sufrimiento de uno no puede superponerse sobre el del otro, no existe mecanismo ni razón por la que jerarquizar el sufrimiento. Lo que sí hay es razón para que los políticos, en vez de bañarse en esos mares de lágrimas, deban mantenerse fieles a una responsabilidad política y ser más analíticos y resolutivos con los problemas que afectan a la ciudadanía. La política no es individual, sino colectiva, y los sentimientos de unos no pueden ser respuesta para todos.

Ejemplo de la falta de empatía con ciertas víctimas es con los familiares de los terroristas, quienes deben recorrer miles de kilómetros para visitar a sus seres queridos. Encarcelar a los presos a kilómetros de distancia de sus hogares no hace más que crear heridas en las familias. Hoy en día no es raro escuchar a la gente trivializar el sufrimiento de los familiares de los terroristas presos. Hemos llegado a un punto en el que somos incapaces de discernir sobre el criminal y la familia del criminal. Dicen que el terrorismo trae una guerra psicológica, y ciertamente alejar a los presos de sus familias es reflejo de esa táctica para doblegar al contrario, pero esa guerra de dolor y odio solo puede entenderse en la víctima que tiene sed de venganza, no en un político que tiene la responsabilidad de gobernar un país y marcar una política basada en la evolución positiva del mismo. En un país como España, la ley penitenciaria indica que el eje del sistema debe ser asegurar la integración e inclusión de todos los presos en la sociedad. Eso conlleva garantizar la proximidad a sus familias para que no se dañe el vínculo afectivo con su entorno. Habrá gente a la que no le importe el bienestar del preso o sus familias, pero el bienestar de todos los seres humanos, aún en condición de reclutamiento, es otorgado por los Derechos Humanos, con lo que son derechos que no deben ser cuestionados por la ciudadanía, y mucho menos por los políticos. Deshumanizar al otro no va a provocar más que la incapacidad de éste a cambiar nunca. Así, los presos y sus familiares se vuelven víctimas también de un sistema que permite perjudicarles y castigarlos. La línea entre víctimas y victimarios se diluye y no hace más que enturbiar el problema social existente y dificulta el entendimiento entre las partes. Ya hemos evolucionado del «ojo por ojo, diente por diente», hay que avanzar.

Decías que querías construir una sociedad en la que el eje de la vida sea el sujeto y no las ideas que tenga. Bien, para ello hay que hacer el ejercicio de igualar a todos los sujetos, sin mirar sus ideas. Y eso conlleva hacer lo mismo con los terroristas, por injusto que parezca. Sin embargo, dejar de lado las ideas de uno es una utopía celestial, hacer de la tierra el paraíso donde solo existe paz y bondad. Las personas necesitamos de nuestras ideas como comida de la que alimentarnos. Las ideas nos dan identidad, nos dan una razón de ser y razón por la que vivir. Sin ideas seríamos seres vacuos, no habría nada que nos diferenciara de otras especies animales. Las ideas son la consecuencia de nuestra inteligencia. Cuanto más piensas, más entiendes. Cuanto más entiendes, más humano te haces. El nacionalismo que criticas es una expresión más de lo que una persona es. Es parte de su identidad, de su personalidad. El nacionalismo siempre se ha mostrado de forma negativa, excluyente, discriminatoria. Se entiende que es razón que jus-

tifica la intolerancia y rechazo hacia el otro, pero ciertamente no creo que el nacionalismo sea eso. Si bien el nacionalismo tiene muchísimas concepciones y en algunas de sus vertientes da lugar a esa voluntad de hacer superior, exclusivo y excluyente a una nación, yo me decanto más por un concepto que va más acorde con la valorización de la identidad cultural sin perjuicio de la diversidad y la convivencia. Cuando hablamos de nacionalismo vasco, entiendo que hablamos de la voluntad de conservar y unirse en torno a un idioma y una cultura. De este modo, entiendo que un vasco nacionalista puede ser alguien que comprende la existencia de un pueblo vasco en torno al euskera y la cultura vasca. Esta misma idea puede darse de otras formas, ya que las características asociadas a la creación de un colectivo pueden ser diferentes en la mente de cada uno. De esta forma, nacionalistas podrían llamarse también, por ejemplo, aquellos ciudadanos de un territorio colonizado que lucharon contra otro colectivo colonialista; o aquellos que se agrupan en torno a una religión (como sucedió en Irlanda). Debido a la actividad de ETA, muchas veces se ha asociado la voluntad por la promoción y conservación de las características de un territorio o grupo como amenaza para la paz y la convivencia. Ciertamente, ETA utilizó su sentido nacionalista como excusa para cometer todo tipo de atrocidades. A este respecto, me gustaría destacar las palabras de la filósofa Victoria Camps, quien expone que «educar en la paz es educar en la internacionalización, la tolerancia y el reconocimiento en la diversidad. Conviene, por tanto, evitar a toda costa que los nacionalismos, hoy en auge, se conviertan en causa de enfrentamientos sin fin. Sólo es lícito el concepto de nación capaz de articularse coherentemente con la actitud de apertura y respeto a los otros. Las identidades culturales sólo son válidas y positivas si constituyen una fuente de seguridad que no se base en la exclusión sistemática de otras culturas». (Camps, V., 1993) En este sentido, entiendo que el deseo de la promoción de una identidad vasca será lícito siempre y cuando no sirva de excusa para atacar otras identidades. Pero a su vez, también entiendo que se contempla la posibilidad de la propia existencia de una identidad vasca, aunque esta sea indescriptible, cada uno realice su propia delimitación de dicha "identidad" y esta misma identidad deba convivir con otro tipo de colectividades que también marcan nuestra identidad, como pueden ser el género, la clase social, la orientación sexual o la raza, entre otras. De esta forma, considero que se puede ser nacionalista y tolerante, sin aunar el concepto de exclusión con el sentir nacionalista, así como lo unes tú, Pablo. Así, deberíamos promover un nacionalismo que nos hace amigos de nuestro pueblo, no enemigo de los demás pueblos. Entiendo la unión que haces porque nuestro pasado así lo ha demostrado, pero considero que

el nacionalismo que puede sentir uno solo puede variar en conductas de rechazo y odio si este sentir no se basa en los valores en los Derechos Humanos, la paz y la tolerancia. Por ello, más que centrarnos en la identidad nacional de cada uno, debemos centrarnos en los valores humanos de todos nosotros. Si bien la cultura, el idioma o las fronteras nos pueden dividir a nivel identitario, político, social y/o jurídico, los valores humanos son la razón real por la que podemos construir una sociedad capaz de convivir en paz. He ahí donde nos encontramos y unimos todos los ciudadanos del mundo.

Las generaciones pasadas lucharon por la paz, y nosotros no hacemos más que crear motivos para retroceder en la convivencia. La paz no responde a un tiempo limitado, sino que se extiende por él de forma indeterminada. Como decía Gabriel García Márquez, la paz es gerundio, y hay que estar haciendo paz constantemente para que siga habiendo paz. Por el contrario, nosotros nos estamos distraendo de lo que es realmente importante y necesario, y nos hemos vuelto un país que demuestra que más importante que la convivencia es el poder, donde el acercamiento al otro es signo de debilidad ideológica, donde la identidad es un arma y no una forma de ser, donde perdonar es perder la guerra, donde la deshumanización de las personas es nuestra forma de hacer política. En nuestras manos está mantener esta sociedad o cambiarla. Sin embargo, ¿cómo se cambia esta tendencia perniciosa?, ¿cómo podemos regalar a los que vienen detrás de nosotros una sociedad menos fracturada?, ¿acaso queremos realmente, y los políticos también, cerrar capítulo?, ¿cuál debería ser la historia que nuestros herederos deberían leer?

* * *

Querida **Naiara**,

El hartazgo generalizado que demostramos la sociedad desde mi punto de vista no es un motivo de tristeza, sino todo lo contrario. A mí ver es peor una sociedad que demuestra estar conforme con todas las decisiones que toman los políticos, ya que mediante la conformidad se demuestra claramente las pocas ganas de cambio. Respecto a lo que dices sobre la clase política estoy totalmente de acuerdo. Durante décadas han utilizado tanto a las víctimas como a los verdugos como herramientas para ganarse el beneplácito del electorado. Pero la verdad, aunque suene muy triste es que lo siguen haciendo y buen ejemplo de ello es que han utilizado hace no mucho a los dos trabajadores que fueron sepultados en el vertedero de Zaldibar como uno de los puntos

claves en sus mítines a pesar de que las familias de los dos hombres expresaran su desacuerdo. Sin embargo, no creo que la política de dispersión a la que haces referencia sea una estrategia de venganza. Retrotrayéndose a 1989 la política de dispersión de presos pertenecientes al Movimiento de Liberación Nacional Vasco se creó para que las personas que eran condenadas por delitos relacionados con la lucha armada y la liberación del pueblo vasco estuviesen lejos los unos de los otros para evitar fugas, comunicaciones con personas de la propia banda, etc. A día de hoy, esa política sigue vigente, aunque debilitada y debería derogarse, ya que al no existir la banda terrorista los únicos perjudicados son los familiares de los presos que están siendo castigados por delitos que ellos no han cometido. La derogación de la ley de dispersión sería un punto a favor para la convivencia, ya que los presos seguirán cumpliendo condena por los delitos que hayan cometido, pero al menos los familiares podrán visitarlos sin tener que hacer tantos kilómetros, y sin tener que jugarse la vida en las carreteras.

Pero claro, si estamos hablando de convivencia, de humanidad, y sobre todo de pasar página a un futuro mejor, no debemos olvidar a los familiares de las víctimas asesinadas por la banda terrorista ETA. Hace unos años iba caminando por mi barrio con un amigo y vi como un grupo de gente ovacionaba al asesino de un funcionario de prisiones por haber salido de la cárcel. Todo aquello parecía salido de una película, niños y adultos glorificaban con bailes y entregas de flores a una persona por asesinar a otra, y todo ello en la calle, exactamente en la Plaza de Pinares de San Sebastián. Todo este tipo de actos no ayudan en la convivencia. No digo que los amigos y familiares del preso no deban celebrar la puesta en libertad del mismo. Pero creo que lo más lógico y lo más empático sería una celebración en un recinto privado, ya que de este modo se respeta a las víctimas. Como tú dices si queremos mantener una convivencia entre todos los vascos debemos de tener en cuenta a todas las víctimas, tanto las de un lado como del otro. Debemos tener en cuenta a las víctimas de ETA, a las de los GAL etc. Sin olvidar y como tú recalcas que en esta guerra que se vivió no hace mucho no hubo ganadores. Aunque muchos políticos de la vieja escuela nos relaten continuamente que en la lucha contra el terrorismo el estado fue el que triunfó. ¡En esta guerra perdimos todos!

Respecto al tema de las ideas estoy totalmente de acuerdo, el ser humano no sería nada sin tener unos ideales que le guían y le llevan día a día a actuar de la manera en la que actúa. Pero, por otro lado, hay ideales que nos han llevado como sociedad al abismo. Más de una vez ya te he contado lo que me llevó a criticar al nacionalismo en todas sus apariencias. No es nada nuevo en mí esa crítica que nace tras

reflexionar sobre lo que gente de mi familia sufrió por culpa de unos nacionalismos exorbitados. La idea que tú muestras del nacionalismo es la misma idea que tenía el precursor de este movimiento. Johann Gottfried Herder fue un poeta y filósofo alemán del siglo XVIII; para muchos Herder fue el creador del concepto de pertenencia a un grupo, a una tierra, a una cultura. En sus primeros escritos el propio Herder relata que una persona no puede vivir solo de comer, beber y dormir. Además de todo lo anterior necesita sentirse dentro de un grupo, ya que el ser humano es un ser sociable por naturaleza. Cada grupo tiene sus propias costumbres, su propio estilo de vida, su propia cultura e incluso su propio idioma que les hace únicos. El filósofo alemán creía en la idea de que los pueblos, grupos o naciones podían convivir entre sí de manera pacífica. Es decir, Herder creía que ninguna de las naciones, pueblos o grupos debían sentirse superiores a otros. La realidad que se ha plasmado desde el siglo XVIII hasta el siglo XXI sobre el concepto del nacionalismo ha sido bien distinta a las primeras teorías del filósofo alemán. Siendo sinceros, no sé cómo se encuentra el concepto de nacionalismo en otras naciones. En España, Euskadi, Cataluña e incluso Galicia el concepto de nacionalismo que presentan los partidos políticos es la contraposición del principio nacionalista de Johann Gottfried Herder.

Isaiah Berlin, uno de los grandes exponentes en la investigación del comportamiento humano y la repercusión de los ideales en la persona, comentó en varias entrevistas que el nacionalismo que reside desde hace varios siglos en nuestra sociedad busca la disputa constante entre las diferentes naciones para que una de ellas sea superior a las demás. A día de hoy entendemos el concepto de nación como algo que hay que defender frente a otros. En cambio, mi propia experiencia me ha enseñado que la nación y la patria son un invento absurdo de la clase política para mantener a sus habitantes enfrentados y así olvidarse de lo que de verdad importa. El gran sabio Adolfo Aristarain en su película *Martin (Hache)* dejó ver que lo importante de un país es la persona, y no la bandera. El mundo que yo quiero dejar a los demás no es ninguna utopía, ni fantasía. Lo que de verdad importa es la persona, no de dónde venga, de qué raza sea, ni lo que piense. El problema está en que muchas personas creen que es utópico, pero el baño de realidad que se pegan al viajar y conocer diferentes culturas es demasiado para ellos. Yo mismo antes de ser voluntario en una asociación que ayuda a personas migrantes a establecerse en España no tenía ni idea de la cultura africana y árabe. Cuando las conocí vi que piensan de una manera muy diferente a la nuestra. Tienen una visión de la persona totalmente distinta, creen en la persona y no les preocupa ni lo más mínimo de dónde es; aquí en occidente no tenemos nada desarrollada dicha perspectiva.

Respecto a las preguntas que me haces la verdad es que son muy buenas preguntas. Lamentablemente yo no creo que tenga la respuesta absoluta a todas ellas. En una de ellas me preguntas qué es lo que debemos hacer para dejar a los que vienen una sociedad menos fracturada. Posiblemente el panorama que les dejemos a nuestros hijos no cambie mucho al que tenemos actualmente. Sé que es una perspectiva más bien negativa, pero a su vez es realista. El porqué de esto es bien sencillo; para cambiar una sociedad fracturada lo primero que debe suceder es que las personas que gobiernan dicha sociedad deben tener un mínimo de interés en cambiarla, ya que estos son el reflejo mismo de los sujetos que conforman el grupo o nación. En segundo lugar, en el caso de las personas que gobiernan no tengan el mínimo interés en cambiar la sociedad para remar todos en el mismo sentido, son los propios sujetos de la sociedad los que tienen que empujar y manifestarse de forma pacífica para pedir un cambio. Aunque en muchas ocasiones el manifestarse no obtenga respuesta, no se debe ceder en el empeño, ya que persistiendo podemos hacer que nos escuchen. El problema que veo yo radica en que los políticos no tienen ningún tipo de interés en cambiar esta sociedad, ya que les beneficia a ellos. En segundo lugar, los sujetos propios no están dispuestos a cambiarla no porque no quieran, sino porque estamos en una sociedad muy conformista. Nos cuesta mucho movernos por el bien de todos; vivimos en una sociedad individualista en la que mientras no nos dañen a nosotros miramos para otro lado. Como he dicho anteriormente, no tengo la verdad absoluta. Pero creo que podemos cambiar esta sociedad y volverla a construir mediante pequeños actos en el día a día. Al igual que tú, creo que en nuestras manos está dejar un futuro mejor a los que vienen detrás nuestro. Será complicado, eso seguro, pero lograremos cambiar el rumbo del presente.

Carta tres

Querido **Pablo**,

Como bien dices, los cambios son difíciles de obtener, pero una ciudadanía activa puede crear cambios pequeños que permitan cosechar grandes logros. La sociedad tiene la responsabilidad de alzar su voz para exigir el cambio que necesitamos, y en esta sintonía nos aventuramos nosotros con este libro. Este libro será nuestra voz y nuestra aportación. No lograremos un gran cambio, pero estamos allanando el camino para llegar a nuestro objetivo de afianzar la paz y la convivencia en nuestro pueblo.

Mediante las palabras nos hemos mirado para encontrarnos con el otro y desde ahí reencontrarnos con nosotros mismos. Aunque compartimos una historia, un pueblo y una generación, cada uno ha acabado representando imágenes distintas. No obstante, y con gran voluntad, hemos logrado que tú y yo, dos imágenes diferentes, se aúnen en una mirada empática y enfocada en un futuro unido. Este ejercicio nos ha servido para contemplar cómo las diferentes experiencias e ideales no son aspectos que nos deben separar, sino características personales de cada uno que nos tienen que atraer hacia el otro para conocer y aprender.

Leerte y comprenderte ha sido el mejor ejercicio para abrir mi mente. Hemos hablado de las fronteras terrestres y todos los problemas que nos han dado, pero en estas cartas hemos visto que las únicas fronteras que nos limitan y dañan son las fronteras de nuestra mente. Nosotros nos hemos mirado y nos hemos encontrado en la imagen del otro, y en vez de mirar las diferencias y tomarlas como justificantes para rechazar al otro, las hemos recogido y agradecido, porque nuestra mirada ha podido viajar más allá de lo que podríamos imaginar.

Dejar a un lado nuestros miedos y atrevernos a expresar nuestras ideas sobre un tema tan delicado nos hace fuertes. Dejar nuestros pensamientos escritos sobre un papel puede hacernos sentir vértigo. Sin

embargo, no me arrepiento de haberme embarcado en este viaje que me ha hecho aprender tanto. Agradezco haber tenido un compañero que me ha leído sin juzgar y hecho aprender con sus palabras. Agradezco que tus pensamientos sean diferentes a los míos porque eso me hace reflexionar más profundamente. Agradezco que nos hayamos mirado más allá de las palabras y siempre viéramos a la persona antes que a la ideología. Hemos mirado hasta el alma y ahí nos hemos encontrado.

Gracias.

* * *

Querida **Naiara**,

No tengo ninguna duda de que en el País Vasco lograremos llegar a una convivencia. Posiblemente ni tú ni yo logremos ver una sociedad en la que las personas dejan de lado sus rencillas para convivir pacíficamente. Es un proceso muy complejo, y muy largo. Como dije yo no soy quién para decir a cada uno lo que debe de hacer, pero sí que me gustaría conseguir una sociedad en la que las personas se miren a la cara y vean que no son tan diferentes. Una sociedad en la que las ideas de unos y las de otros tengan el mismo peso y no sean ni mejores ni peores. Una sociedad en la que no haya ciudadanos de primera ni de segunda categoría, sino solamente personas que quieren salir adelante. Quiero y veo la necesidad de construir una sociedad que tenga como ideales el respeto y la escucha para alcanzar a entendernos. Ya hemos sufrido demasiado; es hora de querernos, respetarnos y escucharnos los unos a los otros.

Con estas cartas dejamos ver que escuchando, reflexionando y con la intención de comprender a otra persona podemos lograr muchas cosas. Podemos recapacitar, ver un punto de vista diferente, ver similitudes entre nosotros e incluso llegar a plantearse cosas que no podíamos plantearnos anteriormente. Es un simple ejercicio de escucha que puede tener unos resultados abrumadores. Me ha encantado poder hablar y expresarme libremente sin ser juzgado por ello; me ha encantado leerte porque me ha hecho reflexionar y ver que compartimos muchas cosas en común teniendo pensamientos diferentes. Creo que los dos creemos en las personas y vemos que es posible conseguir un cambio en esta sociedad.

Te agradezco enormemente que hayas compartido conmigo tus pensamientos e ideas que muchas veces, aunque parezca raro es bas-

tante difícil expresarlas por miedo al qué dirán. Como ya he dicho, esto que nosotros estamos sembrando algún día germinará sus frutos. Igual no llegará a todo el mundo, pero estoy seguro de que las personas que nos lean seguirán el rastro que dejamos y poco a poco conseguiremos una sociedad mejor. Eso sí, es importante que no caigamos en el olvido. Que contemos de manera veraz lo que pasó, que recordemos a las víctimas y que respetemos a sus familias. Y por supuesto que luchemos para conseguir una sociedad mejor para nuestros hijos y nietos. Una sociedad más unida, más social, más solidaria y más empática. Nosotros somos y seremos el cambio; ya construimos demasiados muros. ¡Es hora de construir puentes!

Capítulo Tres

Lucas y Paula

Carta uno

Querida **Paula**,

A veces recuerdo cómo había sido la vida antes de la pandemia. ¿En qué somos diferentes? La desigualdad sistémica y la ignorancia libremente elegida habían asolado nuestro mundo mucho antes del principio de nuestra crisis. ¿Qué era diferente en el mundo de solo hace unos meses comparado con las vidas que llevamos hoy? Quizás no era el mundo sino nosotros los que éramos diferentes: inconscientes de lo contagiosos que habían sido nuestros juicios para quienes más hemos amado y odiado.

Mi ciudad es conocida e identificada por muchas razones. Si me tomara un momento para sentarme y formular una lista, no sé lo que pondría primero. En Estados Unidos, Easton, Maryland acogió la primera comunidad de afroamericanos libres, incluso antes de que empezara el siglo XIX. No hablábamos demasiado acerca de eso en la escuela, aunque cuando lo hacíamos, no podía dejar de pensar en mi bisabuelos. Nacidos esclavos en Mississippi, más tarde se liberaron de las cadenas de la esclavitud y educaron a los hijos de exesclavos como ellos en una parcela de tierra donada por un empresario adinerado. Aunque, para cuando llegara al segundo punto en la lista, tendría que escribir sobre cómo Easton encarna la Confederación misma. Aunque nuestra comunidad fuera el lugar del primer poblado de afroamericanos libres en todo el país, nuestra ciudad acogía hasta hace muy poco la última estatua de la Confederación en todo Maryland. Creo que esto puede resumir precisamente la historia de los Estados Unidos, una narrativa llena de contradicciones constantes.

La promesa del sueño americano apela al corazón de todas las personas dispuestas a arremangarse y ponerse a trabajar seriamente, pero el sueño es efímero. Y para cuando te has dado cuenta de que los obstáculos de peso sistémico e institucional son casi insuperables, te has

despertado. Supongo que nos está costando a todos descansar la cabeza y volver a dormirnos.

¿Qué es el verdadero patriotismo? No estoy seguro ni siquiera de haberlo visto o sentido, ¿y tú?

Cuando estaba en el último año del instituto, elegí la frase de Dolores Huerta de «¡Sí, se puede!» como el lema para mi foto del anuario. Siempre había admirado su claro mensaje de perseverancia en la búsqueda de la justicia. Hay momentos en los que los movimientos que abordan los ideales de «lo abstracto» pierden su anclaje en la realidad de la comunidad. Pero no en el caso de Dolores Huerta. Desafió el sentido institucional de la «justicia», a la vez que empoderó a las mujeres para asumir funciones de liderazgo en su comunidad. Recordando a Huerta, por ejemplo, el partido Podemos ha avanzado en todo España. Y en particular, Podemos ha aumentado su popularidad en todo el País Vasco, como un faro de la causa de la izquierda. Cuando descubrí este movimiento político me acordé del trabajo realizado por Dolores Huerta para establecer un equilibrio entre la promesa de lo abstracto y el cambio tangible del presente. Quizás Podemos esté a punto de lograr lo mismo, abogando por una reforma significativa en un lugar de interacción cultural y tradición: el País Vasco.

Me acuerdo de cuando me describiste la comunidad de San Sebastián por primera vez, Paula. Me comentaste que la gente es tan amable como leal, y que siempre se apoya mutuamente de una manera muy estrecha. Es casi como cuando encuentras a tus mejores amigos en el primer día en la escuela y creces junto a ellos a partir de entonces. Estos sistemas de apoyo son parte integral del bienestar de nuestras comunidades y de nuestros jóvenes. Pero por muy enraizados que sean los sistemas de apoyo, ¿es el gobierno también uno de ellos? Al invertir en la educación, bienestar y salud de cada comunidad, la gobernanza compasiva puede marcar la pauta contra la que se miden todos los demás sistemas de apoyo. Sin embargo, ¿qué pasa cuando la apatía gubernamental obstaculiza la conectividad?

Me gustaría compartir una historia contigo que leí hace poco.

Hay una montaña que se llama Luvina, perdida en el campo de Méjico. La comunidad de montaña vive al lado de, y con, las piedras que se elevan delante de ellos. Mientras que los hombres se van de Luvina en busca de trabajo, las mujeres se quedan, velando por las almas de sus ancestros. Pero la historia de Juan Rulfo sobre Luvina trasciende Méjico. Al sacar a la luz la apatía del gobierno reformista y al representar la marginalización de las comunidades indígenas en toda América Latina, la montaña y sus habitantes surgieron como el único sistema de apoyo del que disponía la comunidad. De ese modo, la coexistencia de

la comunidad con la montaña cumple con un de los elementos de «lo fantástico». Al abrazar lo sobrenatural como un anclaje, las mujeres de Luvina se convierten en guardianas de un mundo que ha dejado de cuidarles. La desconexión entre la montaña y su país sigue siendo muy fuerte, aunque parece que la falta de conectividad siempre puede satisfacer un sentido de normalización.

Puede que esa sea la finalidad excepcional de movimientos como Podemos: lograr la conectividad a través de un sentimiento compartido de la falta de conectividad. ¿Puede haber una sola ideología que englobe la conectividad? Me acuerdo cuando escuché a Chimamanda Ngozi Adichie sopesar la misma pregunta, a la que respondió con la idea de que simplemente decir «los derechos humanos» es una «expresión imprecisa» que no aborda plenamente la prevalencia de la marginalización específica. Si hiciéramos caso a las palabras de Robin Morgan, quizás el eje de Podemos esté en un sentimiento feminista único del País Vasco, el feminismo en la interpretación de la igualdad de género y la agenda progresista de Podemos, pero además el feminismo como la búsqueda de una conectividad verdadera de ámbito comunitario. Pero donde se encuentra el feminismo, la heteronormatividad prevalece también. Es la promesa de lo abstracto, lo tangible intangible que convirtió la causa del nacionalismo vasco en algo tentador en la época de ETA. La llamada lanzada a los jóvenes para que se apoyen en el trabajo ya realizado por sus antepasados se basa en una historia eterna de la heteronormatividad. Supongo que puedes sentir una sensación de paz al pensar en lo abstracto para comprender la realidad de la situación. Pero cuando lo abstracto llega a superar el terreno del presente, la heteronormatividad dura más tiempo que la conectividad del feminismo. Sin embargo, para lograr la conectividad, es el feminismo el que debe alterar el estatus quo de su comunidad. ¿Pueden el feminismo y la heteronormatividad cruzarse y coexistir en paz, el uno con el otro? ¿O es el estatus del feminismo, como el auge de Podemos, una reacción directa al terrorismo predominante que fue incorporado en la lucha por la independencia vasca?

¿A dónde puede ir el pueblo vasco? A pesar de que ETA se ha disuelto, su trauma intergeneracional está presente en interacciones cotidianas en su país. Sin embargo, no se puede decir que ETA ni la violencia aprobada por el gobierno español son los únicos cómplices en la postmemoria del pueblo vasco.

¿A dónde se puede ir? La respuesta tranquilizadora podría ser «hacia adelante», pero la respuesta dolorosa podría resultar de la reexaminación de las calamidades del pasado. Si la postmemoria significa el legado predominante de trauma, ¿qué puede curar la herida que sigue sangrando?

La justicia restaurativa es algo curioso para mí. Supongo que siempre me siento tentado a llamarlo simplemente «justicia», pero eso sería una injusticia. Es «restaurativa» ya que nos recuerda los fracasos del pasado para rectificar el trauma de hoy. Pero no se puede restringir la justicia restaurativa a las organizaciones comunitarias que trabajan para que los seres queridos de las víctimas de la violencia puedan superar su trauma. La justicia restaurativa debe ser la tarea consciente de todo gobierno para reconocer las transgresiones en su historia. Es el proceso activo de abordar la injusticia no solo para restaurar la justicia, sino también para crear un camino hacia la paz y la imparcialidad en el futuro.

¿Se puede llegar a un límite en lo que se refiere a la justicia restaurativa o puede servir también para abordar la violencia general desde una perspectiva holística? Es decir, ¿hay lugar dentro del proceso de la justicia restaurativa para examinar las raíces del terrorismo? Para asegurar la larga duración de la justicia, quizás el proceso abordaría las circunstancias en las que el terrorismo pudiera prosperar en todas las sociedades. Por otro lado, si hay algo que se puede sacar de la extensión del terrorismo, podría ser la diversidad de los que participan en ello. Aunque los sistemas de apoyo están profundamente enraizados en los corazones leales de los vascos, pueden ser que los que tengan el mayor apoyo sean los que recurran a la violencia ya que da respuesta a la llamada para algo más grande.

La narrativa del terrorismo se percibe en cada comunidad. Es el obstáculo sistemático al que se enfrenta la gente de color, ya que es el medio violento de lograr la independencia. El terrorismo perturba, al igual que el auge del feminismo, pero solo el terrorismo no tiene un final tangible a la vista.

Paula, me pregunto cuál es la narrativa de la violencia en el País Vasco. Aunque el terrorismo no es exclusivo de un lugar, no se puede descartar el legado traumático del terrorismo dentro de una comunidad. ¿Quién soy yo para comentar y compartir mis reflexiones sobre una situación tan compleja? La historia de los vascos siempre se ha basado en la cuantificación. ¿A quién se parecen? ¿A qué nos recuerdan más su idioma, sus costumbres y su cultura comunitaria? Cuando trabajamos para separar la narrativa vasca en capítulos cuidadosamente definidos, nosotros también caemos en la cuantificación de una narrativa que es muy poco cuantificable. Quizás nosotros también siempre hemos vivido con una pandemia, una crisis de identidad y un fracaso de la conectividad.

¿Adónde vamos a partir de aquí? El camino es cada vez más similar al que hemos recorrido durante toda la vida. Tal vez siempre debemos de tener presente la postmemoria. Es el vínculo entre las generacio-

nes que nos mantiene unidos en una época de discordia sin precedentes. Este virus ha alterado sin duda el *estatus quo* de nuestra existencia. Queda por ver qué camino tomará esta pandemia después de haber desafiado nuestras normas: una tangible conectividad desde la perspectiva del feminismo, o la búsqueda insaciable que encarna la trayectoria del terrorismo.

Sí, nosotros podemos.

Siempre,
Lucas

* * *

Querido **Lucas**,

Ciertamente, la pandemia es un suceso que nos ha hecho abrir los ojos y valorar lo que realmente importa. Hemos visto cómo, en pocos meses, nuestro mundo globalizado se ha visto amenazado por un ser invisible que no entiende de naciones, razas ni fronteras, pero ¿realmente hemos aprendido de todo esto? Considero que somos una sociedad bastante individualista y que todavía no hemos asimilado «la nueva normalidad». Ya no solo a nivel mundial, sino que dentro de España es palpable las hostilidades entre Comunidades Autónomas, el celo y la falta de coordinación entre unas y otras.

Me gusta la forma en la que te cuestionas sobre el hogar o el sentido de la patria. Considero que cada uno tiene una forma distinta de entender lo que supone para cada uno. Personalmente, creo que todos pertenecemos a nuestra tierra, pero que no tiene por qué coincidir siempre con la de tu vecino. Uno puede entender que su patria es un pequeño municipio andaluz, otro, orgullosamente, proclamar ser asturiano o vasco e incluso puede que uno tenga un concepto más amplio que englobe a todos los españoles coincidiendo con las fronteras políticas.

Gracias a tu carta, Lucas, he podido conocer la figura de Dolores Huerta; sin duda, una figura muy relevante. No obstante, creo que ningún partido en España está capacitado para llevar a cabo reformas inclusivas, muestra de ello ha sido su comportamiento durante los tiempos más duros que se ha enfrenado nuestro país desde la Guerra Civil. Todos ellos abogan por el interés general, pero ¿realmente saben lo significa? La demagogia se ha apoderado de todos los discursos políticos y poco importan las necesidades inmediatas de los ciudadanos, es decir, actúan en base a sus intereses particulares.

Sin embargo, no me deja de sorprender la política estadounidense tan agresiva como inhumana que des-caracteriza a todo individuo. Un

país formado íntegramente por personas migradas, pero que son capaces de encontrar diferencias entre ellos y, aún y con todo, podéis amar una misma tierra y bandera. Es triste y admirable al mismo tiempo: triste porque se consigue contraponer a colectivos, generalizando y mostrando sus diferencias; admirable porque encontráis un punto de unión en los símbolos identificativos de vuestra nación.

Gracias a mi experiencia universitaria en San Sebastián he podido conocer la comunidad vasca. Únicamente había sido capaz de escuchar sobre tópicos y algún que otro suceso histórico. Cuando llegué a la capital guipuzcoana por primera vez me atrajo la belleza arquitectónica y orográfica. Sin duda una de las regiones más bonitas que he tenido el placer de conocer. Sin embargo, algo que me atrajo aún más fueron sus valores de lealtad y autenticidad que siempre he admirado en las personas. No voy a mentir, creo que es complicado, inicialmente, forjar relaciones cercanas con la comunidad vasca. No sé si el carácter reservado es fruto de lo que les ha tocado sufrir o porque siempre ha sido una característica propia. Al principio cuesta sentirse «en comunidad». Su sentimiento de pertenencia a un grupo en concreto es tan fuerte que a los que nos adentramos en su territorio por primera vez nos resulta difícil sentirnos integrados, pero como decía mi abuelo, «lo bueno siempre tarda en llegar».

Respecto a los movimientos sociales y los partidos políticos, considero que cuando se llega a la política los intereses cambian y todo se teatraliza y se modifica. Los inicios siempre están cargados de buenas intenciones, pero una vez dentro del aspecto político se olvidan de los propósitos y de lo que en su día los llevaron a iniciar el camino. En política no se debate, no se respeta al que piensa diferente y mucho menos se les pueden considerar representantes. Los cambios se producen por las pequeñas acciones de los individuos en el día a día, por saber decir en algunos momentos «basta» o por trabajar por los objetivos personales sin que tu condición de mujer te lo impida. La política crea conflictos y diferencias entre colectivos donde realmente, en el día a día, no existen. Como puedes comprobar, detesto que los movimientos políticos se apoderen de todo y hagan como exclusivos de su partido objetivos sociales comunes.

En cierta forma, puede que ocurriese con lo que en su día era ETA. En sus inicios, había personas que comulgaban con sus ideas. Sin embargo, una vez que comenzó la lucha armada y aún más, cuando se implantó en España un sistema democrático, comenzó a carecer de sentido. A mi parecer, los propósitos no pueden justificar la violencia. El pueblo vasco presenta una identidad tan fuerte que no necesita de partidos, asociaciones o movimientos que aglutinen sus valores. Los ciudadanos son los mejores embajadores de su cultura y valores, pero ¿qué

diferencia al patriotismo del nacionalismo? Mientras que el patriotismo es un sentimiento de identificación con un determinado territorio que coincide con lo que se reconoce como Estado; el nacionalismo supera cualquier frontera política. Ambos movimientos permiten generalizar y diferenciar a unos colectivos de otros.

ETA fue una realidad que no hay que ocultar ni eclipsar. Es necesario que se conozca la historia, lo que ocurrió ya no solo en el País Vasco, sino en toda España. El desconocimiento de los hechos por parte de mi generación es palpable. Si no queremos que se repita la historia es necesario conocerla, si queremos comprender lo que motivó el surgimiento de ETA también es necesario conocerla. Durante mi primer año de carrera un profesor nos mostró un texto de Umberto Eco Construir al enemigo. Un escrito cargado de tolerancia y de la muestra de sinsentidos que cubren nuestra sociedad actual.

La justicia restaurativa es una novedad incipiente en nuestro país. Nuestro sistema de justicia peca de no escuchar a la víctima y atender únicamente a las consecuencias jurídicas del hecho delictivo. Sin embargo, es un procediendo que tiene muy presente la seguridad jurídica. Sin duda es una forma más democrática y humana, pero es importante estudiar la viabilidad en los distintos casos que llegan hasta los tribunales y, sobre todo, en los delitos de terrorismos. Suscribo la idea de permitir a la víctima que cierre sus heridas. ¿Permitirá alcanzar el perdón y la reconciliación en vez de optar por el castigo y el rencor? Me cuestiono si es posible eliminar la sanción como consecuencia a los hechos graves cometidos y cuál es su encaje en el ordenamiento jurídico español, pero, desde luego, considero que escuchar a la víctima debe ser un proceso que es necesario incluir en nuestro sistema y que nos permitirá avanzar como sociedad.

Desconozco si la pandemia nos hará prosperar como sociedad o si, por el contrario, mostrará el lado más egoísta de cada uno de nosotros. ¿Consideras que se han comenzado a valorar aspectos que habían quedado en el olvido? ¿Crees que únicamente nos importa nuestro bienestar personal o realmente pensamos en el interés general?

Un fuerte abrazo.

Tu amiga,
Paula

Carta dos

Querida **Paula**,

Resulta desconcertante creer que solo hace cinco meses el mundo en el que vivíamos no se parecía en nada al mundo de hoy. Por lo menos, eso es lo que yo he oído, por todos los lados. Supongo que hasta cierto punto yo también debo de haber empezado a creerlo. Simplemente, cada generación ha sufrido sus propias tragedias, tanto dentro como fuera de casa. En medio de todo esto —un mundo permanentemente en crisis— nos encontramos con llamadas al «orgullo patriótico»: una especie de responsabilidad cívica, para estar y sentirse orgullosos de los lugares donde vivimos.

Sin embargo, el orgullo en sí nos abre un camino espinoso. ¿Cómo podemos negociar nuestro sentido de enraizamiento sin centrarnos específicamente en nuestra comunidad, en detrimento de los que nos rodean? Es decir, ¿podemos ser patrióticos y a la vez seguir preocupándonos profundamente por el logro del bienestar más allá de la comodidad de nuestro entorno? Al final pienso que los espacios no se crean naturalmente para lograr un sentido de patriotismo; más bien se establecen por un sentido de pertenencia.

Creo que yo te pertenezco a ti de la misma manera que tú me perteneces a mí, Paula. Como individuos, compartimos la tarea de hacernos sentir bienvenidos, para que juntos, el espacio que hemos creado difunda un sentido de unión, empatía y pertenencia. Así, los espacios son únicos, y están destinados a sintetizar ese sentido de pertenencia para que también lo puedan sentir sus participantes.

Establecemos la «pertenencia» a través de la apreciación del espacio tanto grande como pequeño. Los espacios son íntimos, ya que están basados en la comunidad. Los que están reservados para la introspección individual comparten un fin parecido con los que están destinados a las reuniones y a la colectividad; es decir, cada espacio juega un papel

fundamental en la construcción de nuestra propia noción del fenómeno más inherente, la pertenencia.

El día después de la masacre de Sandy Hook, nos dijeron que izáramos la bandera a media asta, en señal de solidaridad con las víctimas y sus familias, y con la comunidad, ya inmersos en el luto. Esa fue la primera vez que me di cuenta de que las escuelas —y los espacios innatos que crean— no estaban exentas del dolor del mundo exterior. Cinco años más tarde, cuando unos colegas de clase y yo organizamos un día de paro en nuestra escuela después del tiroteo en la escuela de Marjory Stoneman Douglas, fue cuando llegué a sentir el grado de insensibilización de nuestra generación joven. Pero esta hiper-conciencia, que se ha convertido ahora en una sensación de que todo esto es normal mientras vemos que siguen las tragedias de nuestro mundo contemporáneo, tiene una relación distinta con el fenómeno de la pertenencia.

Así se rompen las amarras. Los lazos estrechamente tejidos a través del espacio —tanto personal como comunal— se rompen en un instante de violencia y su insensibilización posterior. El sentido de pertenencia a un espacio que ya no está libre de violencia sería como el sentido de pertenencia a un espacio que ya no existe.

Me parece que formamos parte de la política de la misma manera que la política forma parte de todos y cada uno de nosotros. Nuestra generación, Paula, ha demostrado este tipo de activismo tangible exigiendo actuaciones significativas a nuestros líderes salidos de las urnas. Al fin y al cabo, los peligros inminentes de la crisis climática, el autoritarismo, y la heteronormatividad, por ejemplo, siguen mostrando que hoy estamos en un momento donde la esperanza y la tolerancia puedan prevalecer.

Desde el ascenso de la defensora de nuestra generación, la congressista Alexandria Ocasio-Cortez, puede que sea fácil olvidar la discriminación que ha prevalecido en los movimientos políticos durante mucho tiempo. Según el género, la sexualidad, la raza, y la clase, los movimientos políticos orientados a la reforma social a menudo sacrifican uno o varios elementos para lograr un grado de éxito factible. Y mientras que esta noción puede explicar la falta de inclusión en la política, no debe justificarla.

Los movimientos sociales muestran cómo el espacio social evoluciona, pero yo creo que nosotros también mostramos la evolución de los movimientos sociales. Cambiamos, y nuestros nuevos espacios también lo hacen, nos guste o no. Sin embargo, sería una imprudencia afirmar que la evolución ocurre puramente por casualidad. Es tan dolorosa como necesaria. Quizás haya un catalizador compartido en este proceso de cambio, o quizás los espacios simplemente se han adaptado introduciendo un nuevo sentido de pertenencia.

Las tragedias siguen sucediendo en el mundo y por consiguiente, las migraciones de las personas afectadas no han dejado de aumentar. En busca de una vida mejor, los migrantes traen consigo historias de sufrimiento y de turbulencia social a entornos muy distintos de los suyos propios. A través de la búsqueda de un sentido tangible de pertenencia, ellos también llevan la carga de la migración política, pero, a menudo sin poder elegirla.

Mi padre nació en la ciudad de Ahmedabad, ubicada en el noroeste de la India. Cuando tenía dos años, su familia abandonó su hogar para trasladarse a los Estados Unidos. Buscaron cumplir el «sueño americano», como tantos otros que han hecho ese viaje antes y después de ellos. En este espacio nuevo, lleno de nuevas costumbres, gente, y especias (¡quizás con falta de especias!), el nuevo sentido de pertenencia de mis abuelos no estaba enraizado en un único sitio. Amaban a la India, pero llegaron a sentirse bien asentados en los Estados Unidos también. La pertenencia trascendió el espacio físico porque el espacio trasciende los lugares concretos.

Hay un documental bonito, Paula, que creo que puede reflejar la historia de mi familia. Se llama *Extranjeras*, dirigido por Helena Taberna, una cineasta que acabo de empezar a descubrir. La película pone de relieve las vidas de varias mujeres inmigrantes, sus sueños, y su situación actual en un nuevo espacio. ¿Qué ha cambiado, y qué ha seguido siendo igual para las mujeres que emigran a España en búsqueda de oportunidades?

No todas las historias de la migración empiezan y terminan como la de mis abuelos. Incluso dentro de mi propia familia, la diferencia entre la oportunidad que representó el viaje de mi familia india a este país, y la trayectoria de mis parientes negros es, simplemente, incomparable. Construido sobre el secuestro, la esclavización, y el transporte forzado de africanos, quizás el sueño americano no tiene nada que ver con la resiliencia y el coraje, y casi todo que ver con la «alteridad» de sus propios ciudadanos.

En el caso de las mujeres en este documental, supongo que se trata de esta última situación. En los lugares donde los Estados Unidos, como han hecho otros países, han elegido la intervención violenta como camino diplomático, las víctimas de su violencia ya no pueden encontrar ningún sentido de pertenencia en un espacio que ya no es suyo. A través de estas historias, las del sacrificio, de la voluntad y la conectividad feminista, las mujeres relatan su impacto en los espacios bien establecidos en su alrededor.

Helena Taberna revela la manera cotidiana en la que «las extranjeras» moldean un nuevo panorama multicultural español. Especialistas en la «hibridación», las mujeres se encargan de ser las responsables

principales de la preservación de las tradiciones culturales, y de apoyar el bienestar de sus familias. Pero no se queda ahí. Al adaptarse y a la vez seguir ancladas en su patrimonio cultural, las mujeres rechazan su categorización como «el otro». La «alteridad», el intento sutil y exhaustivo por parte del sentimiento de los locales de tachar a las comunidades de inmigrantes como los que no pertenecen a ese lugar sigue siendo la experiencia activa y enraizada de las mujeres retratadas en el documental

Recuerdo cuando me decían que no tenía derecho de ingresar en la asociación de estudiantes negros de nuestra escuela por no ser «suficientemente negro». No sabía cómo se llamaba eso entonces, pero supongo que podría valer la palabra, «alteridad». A medida que nuestro mundo logra una mayor conectividad, las culturas logran lo mismo. Vemos y sentimos la multiculturalidad en nuestras comunidades. Puede que sea el símbolo más importante de la pertenencia. El sentimiento de que pertenecemos el uno al otro es más fuerte que cualquier sentimiento de pertenencia a una cultura, a un espacio, o a una nación. Pero solo puedo suponer que esta conectividad también puede ser muy dolorosa. Soy el hijo de la conectividad multicultural; no solo soy «demasiado» sino tampoco lo soy «suficientemente» de cada una de las culturas de nuestra familia. La pertenencia y yo somos extraños el uno para el otro.

Y entonces, preguntamos: ¿qué es la pertenencia? Seguramente un sentido de pertenencia difiere del patriotismo y de un orgullo cerrado. Si no como «político», ¿en qué categoría se podría encajar la pertenencia? Puede que no haya ninguna que sea lo suficientemente amplia como la profundamente personal para englobar el fenómeno de nuestra humanidad.

A los vascos siempre les ha parecido que la pertenencia va acompañada por la noción de independencia. Quizás un día esa libertad terminará por llegar, y con ella un nuevo sentimiento de pertenencia a un nuevo sentido de espacio. No lo podemos ver ni sentir ni concluir definitivamente que esté allí; por eso la pertenencia es esquiva, y no se deja definir como los movimientos de resistencia a los que apoya.

Si pudiera dejarte con una pregunta, Paula, sería acerca de la palabra «pertenencia» en sí. La pertenencia consiste en estar anhelando algo activamente, pero si no se trata de anhelarnos a nosotros mismos, ¿qué es lo que anhelamos constantemente?

Con los pies en la tierra, y los ojos en la luna.

Siempre,
Lucas

* * *

Mi querido amigo **Lucas**,

Tus cartas están llenas de reflexiones interesantes. Aunque todas ellas surgen desde tus vivencias en Estados Unidos podrían plantearse en el contexto actual que vive mi país. En estos tiempos de pandemia hemos sentido en primera persona la interconectividad de todo el planeta y hemos padecido los problemas que se habían originado en la otra punta del mundo. No obstante, como tu bien has destacado, nuestra generación parece no tener capacidad de memoria para el dolor.

Cada uno de nosotros hemos vivido una tragedia. Nos creíamos invencibles. Nunca pudimos llegar a imaginar que el dolor que habían vivido nuestros antepasados podríamos sentirlo en nuestra propia piel. El desconocimiento de la historia lo hemos achacado a la falta de información que se nos aportaba en las aulas o al silencio generado en torno a la violencia de ETA por entenderlo como un tema tabú por nuestra sociedad. Sin embargo, hemos demostrado que no es así: olvidamos porque no queremos recordar; no queremos recordar para no sacrificar parte de nuestro bienestar en favor del bien común.

En España, hace escasos dos meses, salimos de un confinamiento que duró meses. Los primeros días en los que el Gobierno nos permitía salir a la calle el temor se sentía en cada uno de nosotros. A penas se intercambiaba una mirada entre vecinos y procurábamos mantener el doble de la distancia de seguridad recomendada. El hecho de sentir la pequeña brisa del exterior era razón para sonreír. A medida que disminuían las restricciones, el acercamiento era menor. Ahora nadie diría que seguimos en alerta sanitaria de no ser por el recuerdo continuo de la mascarilla sobre nuestro rostro y de las cifras diarias de aquellos que luchan por superar la enfermedad.

Considero que el sentimiento de pertenencia a un lugar es individual. El problema surge cuando una colectividad o un grupo quiere apropiarse de la capacidad para sentirse «autóctono». ¿Quién es vasco? ¿Aquel que sus padres, abuelos y demás generaciones han nacido y vivido en Euskadi, quien ha nacido en estas tierras, o aquel que lleva años viviendo y trabajando en ella? Como tú bien dices: «Sentirse perteneciente a un espacio que ya no está libre de violencia sería sentirse a un espacio que ya no existe». Hay gente que ha llegado a hacer desaparecer su lugar por amor al mismo. Ha destruido vidas por construir, familias que disfrutar y espacios a los que pertenecer.

Posiblemente, la violencia no destruya el sentimiento de pertenencia del resto, pero provoca la ruptura del entorno. Consecuentemente,

ciertos individuos no comulgan con el patriotismo de unos, pero no por ello deben abandonar su cultura, su historia y sus tradiciones. Por eso, la violencia es la peor de las armas para «luchar» por tu comunidad. No provoca ningún tipo de vínculo, sino que la destruyes por completo.

Efectivamente, somos espejo y motor de los cambios sociales al igual que estos lo son de nuestra comunidad. Intentamos modificar los espacios para una mejor adaptación tanto de la sociedad que pertenece a ellos como de aquellos individuos que se quieren integrar. No obstante, me da la sensación de que hemos perdido la fuerza para provocar el cambio; las ganas por hacer de nuestro entorno un lugar mejor.

Quiero agradecerte tu recomendación sobre el documental *Extranjeras*. Me sorprende el optimismo en los ojos de estas personas y la ilusión que ven dentro de nuestras fronteras. Me hace preguntarme de quién es la tarea de adaptación: Las personas migradas tienen que conocer la cultura, costumbres y el idioma. De esta forma, su adaptación será más fácil; sin embargo, la comunidad no debe de mirar a un lado, pues no se ha de entender como el «otro», sino como «un futuro nosotros». Ellas son las que evolucionan y enriquecen nuestra sociedad.

El problema está cuando se entienden como un ataque a la identidad y a lo que somos como sociedad. Lo que estos no comprenden es que el sentimiento de pertenencia es individual y que en función de las experiencias de cada individuo se genera distintas formas de crearlo y vivirlo. Cada uno ve a través de sus ojos una realidad distinta porque no existe una única forma de interpretarla. Por ello, es imposible que su adaptación provoque la desaparición o la modificación del espacio.

La crisis de los refugiados ha generado que miles de personas necesiten un nuevo lugar al que llamar hogar. Los países han visto en él un ataque a lo que es «suyo» y en vez de acudir en su ayuda han optado por poner más obstáculos (si cabe). ¿No son los políticos nuestros representantes? ¿No son un reflejo de nuestras peticiones? Será que el desconocimiento del sufrimiento de nuestros antepasados y el de nuestra historia se ha traducido también en indiferencia ante el dolor.

No obstante, no considero que sea tanto el modelo económico lo que falla, sino el modelo de Estado y la organización política. Si quisiéramos, el capitalismo podría llegar a entenderse como un vehículo para la inclusión de las personas, pues al fin y al quien se esfuerza y trabaja obtiene un beneficio mutuo: tanto para su familia como para la comunidad a la que pertenece. Considero que el mayor de los temores es el de perder la identidad de nuestra comunidad. Lo que no queremos ver es que estas personas están apostando por nosotros y no a la inversa. Han dejado su hogar porque entienden que aquí se encuentra su futura familia. Las ganas por tener un trabajo digno que les permita ha-

cer crecer a su familia no podrán nunca ser recompensada por nuestra comunidad.

Su sentimiento se identifica con la frase de Marisol Morales con la que cerraste tu carta: los objetivos y las metas de estas personas son elevados y ambiciosas; sin embargo, no omiten la realidad y ni olvidan el camino. Ojalá nuestra generación hiciese suya esta cita y entendiésemos nuestro pasado, sus historias y el futuro que debemos construir.

«Los tiempos difíciles forjan hombres fuertes, los hombres fuertes crean buenos tiempos, los buenos tiempos crean hombres débiles, los hombres débiles crean tiempos difíciles».. Será por eso que nuestros antepasados supieron valorar cada momento de estabilidad y de bonanza; supieron ver lo bonito de cada etapa, e intentaron ayudar al «otro» ante el surgimiento de un problema.

El hecho de no recordar tiene como consecuencia desconocer a lo que te puedes enfrentar; en no encontrar la herida que se ha de cerrar y en no querer luchar por el bienestar. Nada es suficiente para estar felices; valoramos lo material a lo carnal; preferimos mostrar lo bueno que «hay» en nuestras vidas antes que pedir ayuda por aquello que nos preocupa. Ya no nos forma como personas nuestro pasado y nuestras vivencias, sino nuestros perfiles en las redes sociales y las interacciones en ellas. Llegará un momento en el que no sepamos distinguir la realidad de la ficción; entonces, no sabremos resolver los verdaderos problemas porque no sabremos cuáles son.

Gracias por cada una de tus reflexiones.
A la espera de tu próxima carta.

Con cariño,
Paula.

Carta tres

Querida **Paula**,

Un año de intercambiar cartas me ha parecido a la vez más largo y más corto de lo que podría haber imaginado. No puedo agradecerte lo suficiente el haber compartido todo lo que ha definido tu viaje al País Vasco. De acá para allá y acá de nuevo, estas cartas han captado momentos desde su propio comienzo y por pequeños y fugaces que parezcan, yo sé que los dos hemos llegado a entender lo extraordinarios que han sido.

Cuando te escribí por primera vez, hace tantos meses, quería preguntarte acerca de dónde te veías en el contexto de una comunidad con una identidad tan especial. Me hablaste de las amistades allí: duraderas y que reflejan un tipo de comunidad cuyos miembros realmente se habían conocido a sí mismos. Me pregunté cómo sería la vida en este tipo de comunidad que siempre ha estado orientada a lo comunitario. Por lo visto, Paula, resultó que sabía más de eso de lo que creía a primera vista.

Hasta el comienzo de la pandemia, había vivido en uno de esos pueblos donde, como escribe Judith Harris, nuestras calles asfaltadas y de dirección única «llevaban los nombres de flores y de hombres de renombre». La primera vez que te describí cómo era mi pueblo, hablé de su identidad dual: leal a la causa temprana de la lucha por la libertad de los negros, pero con un corazón que latía por la Confederación. Si me permites, espero poder añadir un segundo capítulo.

Recuerdo lo emocionado que me sentí al ver a mi profesora de preescolar sentada en la primera fila en la ceremonia de graduación de nuestro instituto, pero estaba lejos de ser el único. Ella nos había visto a los que estábamos en ese escenario pasar por su aula decorada con colores brillantes y con una colección cada vez más grande de fotos sobre

los armarios. Eran las mismas caras que yo había llegado a querer a lo largo toda nuestra adolescencia.

La chica sentada a mí lado en la ceremonia era la que se había sentado a mi lado la primera vez en nuestra aula de ordenadores; el chico sentado unas filas más atrás era el que había conocido cuando jugábamos juntos en el recreo, y luego de nuevo en el comedor escolar; y la mejor amiga que había hecho en mis primeros días en la escuela afortunadamente también sigue considerándome su mejor amigo. Cuando te acercas un poco más, se ve que quizás soy de verdad de ese tipo de comunidad de la que me escribiste al principio: ciudades con amigos de la etapa preescolar que, al cabo de los años, se les recuerda como «amigos». Aunque la narrativa del pueblo vasco ha concebido una y otra vez al Otro en su comunidad propia, su relato sobre la lealtad visualiza cosas en común a lo largo del tiempo y del espacio.

Cuando terminé el instituto, recuerdo sonreír al ver todas las notas escritas a mano en nuestro anuario. Las muchas citas de «A ver si seguimos en contacto» y «¡No perdamos el contacto!» me hicieron sentir nostálgico pensando en la primera vez que me había encontrado con tantos de mis amigos. Al mismo tiempo que habíamos buscado nuestra propia idea de la identidad, sabíamos que en el fondo nuestra pequeña ciudad estaba inextricablemente ligada a nuestra visión de la vida. Hubo muchos días en que me sentí alienado en mi propia casa, pero que yo sepa, mi comunidad, en su conjunto, nunca ha sido denostada como el Otro.

Me pregunto si nuestras cartas se han convertido en algo como una carta de la época del instituto. Por muy trivial que suene, compartimos las historias del otro acerca del miedo y la esperanza que me recuerdan un presente perfectamente imperfecto. Supongo que las cartas, incluso las que han sido escritas sobre notas adhesivas, tienen ese poder innato. En medio de un mundo siempre globalizado, las cartas constituyen la progresión de nuestras vidas y una protesta ante lo que a menudo es la falta de sinceridad de nuestra conectividad creciente.

Es difícil imaginar que se puedan escribir notas con mensajes de alegría y amor en el anuario de 2020. Sin embargo, hay que mostrar agradecimiento por haber puesto pausa a los muchos rumbos que había tomado mí familia, haber podido visitar las amistades que yo había creído abandonadas hace mucho tiempo, y haber encontrado a una amiga por correspondencia en el camino para compartir la agitación que ha caracterizado los días y noches largas de este año.

Escribiría al País Vasco acerca del agradecimiento que siento por haber recogido una historia de una pérdida inmensa, de una vulnerabilidad, y una alienación sin fin. He tenido la oportunidad de estudiar, leer

y releer los relatos de primera mano de las víctimas de una violencia indecible que perdurará en la memoria.

Y finalmente, con respecto a la pandemia, solo expresaría miedo por lo que queda por venir. Aunque la esperanza suscitada por la vacunación se extiende —una alegría que es casi contagiosa— seguimos en medio de una tragedia mundial sin un fin tangible a la vista. En los más de diez años que han pasado desde que se proyectó el documental de Helena Taberna, el impulso de la migración y la búsqueda de un sentido de pertenencia permanecen tan vigentes hoy como entonces.

Cuando aprendemos cosas acerca del tiempo, lo que ya hacíamos en aquellos años en nuestras aulas de preescolar, la noción del mismo parece girar alrededor de la idea del progreso, y de siempre estar avanzando. Vamos más allá de lo que ya ha sido para entrar en un futuro liberado de la historia del pasado. Quizás la pandemia terminará destrozando la visión que hemos adquirido.

Nuestro progreso nunca ha sido definido por el movimiento del Punto A al Punto B. El mirarnos a nosotros mismos y a nuestra historia como tales simplemente refuerza el tener que recurrir a la normatividad, porque esto nunca ha sido una historia del pasado, presente, y futuro sino que constituye un ciclo de dependencia atemporal.

Las protestas que hemos visto y apoyado reclamando la justicia inequívoca a favor de las vidas de los negros no tienen sus orígenes en ninguna toma de conciencia contemporánea sobre la historia colonialista y capitalista de los Estados Unidos. Un futuro de equidad no representa un movimiento para el mundo de mañana, sino la exigencia de una ruptura en el ciclo de nuestro país. El tiempo que hemos pasado durante la pandemia simplemente ha ayudado a trazar lo que ha sido el modelo de nuestra comunidad americana. A pesar de ser totalmente diferente del contexto vasco, nuestro recurso al ideal del «excepcionalismo estadounidense» es una forma de indulgencia ante el Otro. Es como si, al convertirse en el Otro ha permitido que la historia de la experiencia americana pueda ser escrita como una progresión hacia la libertad, excluyendo el ciclo de tragedia que se ha mantenido y que está enraizado en la violencia de alienar a los demás, a los que son diferentes, y al resto del mundo.

Quizás mi carta no puede abordar solo el año de 2020. Al fin y al cabo, este año no puede ser recordado como el único que ha estado lleno de tristeza en nuestra vida. Parece que hemos vivido en el pico, en la meseta, y de nuevo en el pico de la enfermedad, de la muerte, y de la búsqueda constante de la renovación en nuestra historia.

¿Y la tuya, Paula? ¿Qué escribirías?

Quizás un día encontraremos el tiempo para escribir un segundo capítulo.

Pero por el momento, Paula, a ver si seguimos en contacto. Y por favor, no perdamos el contacto.

Tu querido amigo,
Lucas

* * *

Querido **Lucas**:

Antes que nada, quiero agradecerte la forma en la que te abres y me muestras tus vivencias y creencias. Gracias a esta preciosa experiencia he podido conocer una parte de Estados Unidos; me ha permitido crecer como persona y «viajar» a través de tus experiencias, sentimientos y conocimientos. Una de las cosas que más me preocupaban en este periodo de pandemia era que me «cortasen las alas». Tenía miedo de no volver a descubrir nuevos rincones, de no conocer a personas nuevas o de no poder interactuar. Lo que no sabía es que las dificultades siempre abren nuevas oportunidades y ahí es donde te encuentras tú, Lucas, y nuestras cartas.

El año 2020 se ha teñido de un color negro, debido al maldito virus, pero me ha permitido crecer, conocerme un poco más y sobre todo valorar a quien me rodea. También han llegado personas nuevas con una concepción y un entorno distinto al mío (o eso creía), pero con las que me he sentido como en casa. Y si no fuese por este año quién sabe si este proyecto hubiese salido adelante.

Debo reconocer que lo que más me ha gustado de ti es tu curiosidad constante por conocer sobre mí, de dónde vengo y sobre todo qué pienso y por qué. Es una cualidad que espero que no la pierdas nunca porque te hace único.

Es curioso cómo algunos consideran que por cambiar la última cifra del año las cosas van a cambiar por arte de magia. Sin embargo, como todo en la vida, son necesarios el esfuerzo, las ganas y el sacrificio para avanzar. No todo está a golpe de clic. Y creo que es la lección que nos va a traer el 2021.

Es curioso cómo a tan solo seis días desde el inicio, el año nos ha traído el primer aprendizaje. Los últimos acontecimientos en Estados Unidos han mostrado, bajo mi perspectiva, que somos una sociedad muy intolerante y muy influenciable. Lo peor de todo, es que hemos retrocedido, ¿no se dan cuenta de lo que les ha costado a nuestros padres y abuelos llegar hasta aquí? Al igual que tú, me suelo preguntar por qué y en ocasiones suele ser el origen de múltiples charlas con las personas de mi alrededor. Sinceramente, las redes sociales y el internet

es una puerta a infinita información, pero, desgraciadamente, es utilizado para leer lo que queremos leer y escuchar.

En cierta forma, me recuerda a la situación que se pudo haber vivido en el País Vasco con el conflicto armado. Se comienza a lanzar discursos con el único propósito de distorsionar la realidad y manipular a una masa. Se repite hasta que se entiende como una verdad. Una técnica, sin duda, muy peligrosa. Paradójicamente, creo que las personas que la utilizan, ni ellas mismas se dan cuenta de las consecuencias.

Puede que me equivoque, pero lo ocurrido en el Capitolio fue previsible e imprevisible al mismo tiempo. Por un lado, el discurso del fraude electoral viene alimentándose desde el mismo día de los comicios, avivando (aún más si cabe) las diferencias entre los que piensan distinto. Por el otro, ni el mismísimo Donald Trump sabía que su palabra era tan poderosa como para poner en duda el mismo sistema que le dio la victoria cuatro años antes.

Me ha encantado el viaje a tu instituto. La adolescencia, aunque a veces sea una etapa un tanto dura, también es muy especial y donde comenzamos a desarrollar nuestra identidad. Has conseguido sacarme una sonrisa y que rescate algunos recuerdos de la mía.

Aquellas cartas de las que me hablas de tu día de graduación eran un símbolo de comunidad, un sentimiento de querer mantener el contacto y de no perder la esencia de haber pertenecido y crecido en el instituto. Nuestros escritos significan para mí la voluntad de querer conocer y comprender; las ganas de salir de mi sitio de confort, y de escuchar a quien tiene algo que enseñarte. No obstante, ambas tienen un nexo en común, el hecho de que sirvan, cuando las volvamos a leer años más tarde, para mostrar el progreso que hemos experimentado.

Yo también he sentido miedo por la pandemia, aunque una vez «acostumbrada», mi miedo se transformó en incertidumbre. Coincido contigo en que trastocará toda nuestra forma de pensar y de ver la historia. Lo que más me preocupa es el cambio que ha producido en las personas, ¿realmente hemos progresado hacia una sociedad más solidaria? Sinceramente, no lo creo.

Tengo la sensación de que todo el mundo actúa en beneficio propio, pero que se les llena la boca denunciando injusticias e irregularidades que ponen en riesgo la salud de todos. Aunque para hacer un balance del año y de la visión global es necesario generalizar, la verdad, que no me gusta esta práctica; simplemente porque no existe el ente «todo el mundo», «los vascos» o «los estadounidenses», sino Lucas, Paula, etc.

He comenzado la carta con un pequeño balance de mi 2020 y me gustaría despedirme con mucha ilusión para este 2021 que, a pesar

de los acontecimientos vividos, todavía espero mucho de él. Lo quiero afrontar como un reto, pero que al mismo tiempo me traiga enseñanzas y oportunidades para superar la incertidumbre.

También, quiero atreverme a gritar y expresar lo que siento, puesto que con estos actos son con los que realmente se manifiesta la libertad de expresión. Quiero dar visibilidad a lo que pienso sin tener miedo de la respuesta ni del «qué dirán», pero siempre desde el respeto. Quiero cuidar a aquellos que me hacen sentir bien y sobre todo quiero cuidarme para no lastimar a aquellos que me quieren.

Y ya puestos a pedir, espero que este 2021 te permita hacer tu intercambio internacional en España y que podamos encontrarnos en una pequeña cafetería o recorriendo las calles de mi hermosa San Sebastián para que, como yo, acabes enamorándote de cada rincón de esta ciudad.

Estoy segura de que en un momento u otro acabaremos escribiendo la segunda parte, lo que no sé es desde dónde.

Ha sido toda una suerte haber podido compartir este viaje contigo.

Con la esperanza de conocernos en persona algún día: *Stay in touch*.

Tu amiga,
Paula

Capítulo Cuatro

Naren y Zuriñe

Carta uno

Prólogo: Postmemoria

Zuriñe,

La primera vez que hablamos acerca de la idea de escribir un libro junto con estudiantes de San Sebastián sobre el nacionalismo vasco, me quedé totalmente perplejo. Aunque fuera una buena experiencia educativa, siempre había creído que se reserva el derecho de comentar acerca de la discriminación y la violencia en el pasado a los participantes directos y a sus familias. Mis compañeros y compañeras vascos y vascas aportan perspectivas profundas basadas en las experiencias de sus familias que sufrieron la violencia constante entre bandas terroristas y el Estado español. En claro contraste, mis compañeros de clase de Dartmouth y yo hemos estudiado el terrorismo vasco durante las últimas diez semanas en un contexto predominantemente académico. Como muchos de vosotros, me pregunté: como estadounidense de origen indio y que se crió en las afueras de Chicago, ¿qué tipo de entendimiento podría aportar yo a una discusión sobre la violencia y la justicia restaurativa en el País Vasco?

El viaje que emprendí para justificar el valor de mi propia perspectiva respecto a esta discusión me llevó al concepto de la «postmemoria». Acuñada por Marianne Hirsch, profesora de inglés de la Universidad de Columbia, la postmemoria describe «la relación que las “generaciones posteriores” mantienen con el trauma personal, colectivo y cultural de los que vinieron antes —incluso con experiencias que ellos “recuerdan” solo por medio de las historias, las imágenes y los comportamientos entre los que se criaron». Clasifica la postmemoria en dos categorías: «comunicativa» o «cultural». La postmemoria comuni-

cativa se basa en el intercambio intergeneracional de recuerdos por los adultos que presenciaron un evento y que pueden traspasar su relación afectiva con ese evento a sus descendientes; ese es el punto de vista tradicional sobre los recuerdos que sirvió de base a mi inicial reticencia para participar en el proyecto. Además, la postmemoria cultural no es intergeneracional sino algo transgeneracional, y se basa en el reconocimiento sistémico de las atrocidades cometidas en el pasado. Hirsch argumenta que la memoria comunicativa, a partir de un nivel familiar, estimula la postmemoria cultural en un contexto más amplio introduciendo experiencias individuales en las estructuras y las discusiones sociales y memoriales. En definitiva, mi propio estudio del nacionalismo vasco junto con mi perspectiva externa al conflicto permite que los recuerdos de las víctimas perduren en las cuestiones contemporáneas, aportando más sentido al debate global.

Por eso, en este libro te animo a abordar temas más amplios como la violencia y la justicia y a aportar sentido a nuestras propias experiencias diarias. La transmisión de la memoria desde una perspectiva cultural constituye, según Hirsch, «un lazo vivo con el pasado». La memoria, en su forma más auténtica, nos permite aprender del pasado y causar un cambio en nuestra sociedad contemporánea. Mientras escribo esto, las protestas pacíficas y los disturbios están estallando en los Estados Unidos como respuesta al asesinato de George Floyd por cuatro policías de Minneapolis y a la violencia sistemática contra los negros. Mientras que los temas de debate político en torno al nacionalismo vasco y al movimiento de *Black Lives Matter* son distintos, los temas de la violencia y los problemas con la justicia restaurativa son dolorosamente evidentes en los dos casos. Aunque reconozco que mi perspectiva está restringida a la postmemoria cultural, sugiero que saquemos ideas del movimiento separatista vasco para articular nuestra propia visión de la violencia y la justicia restaurativa que exige el movimiento *Black Lives Matter*.

El cambio social por medio de la violencia

En el Día de los Caídos en 2020 (25 de mayo), George Floyd fue asesinado a plena luz del día por cuatro policías de Minneapolis, desatando así protestas y disturbios por todo Estados Unidos. En la lucha contra la brutalidad policial, los Estados Unidos se han encontrado en pleno debate sobre la justificación de la violencia, ejercida tanto por parte de la policía como por parte de los manifestantes en forma de disturbios y saqueos. Algunos, más moderados, están dudando sobre

si apoyar o no plenamente a los manifestantes por culpa de los cristales rotos, las propiedades incendiadas y los robos que han acompañado unas manifestaciones inicialmente pacíficas. Los neoyorquinos han exigido la dimisión del alcalde Bill de Blasio y la del Gobernador Andrew Cuomo ante su reticencia a desplegar la Guardia Nacional contra los manifestantes violentos. Sin embargo, la policía norteamericana y el gobierno son cómplices en el uso de la violencia como una forma de control. Como hemos visto en las noticias, la brutalidad incontrolada de la policía contra los negros ha resultado en la muerte de un sinnúmero de hombres, mujeres y niños inocentes, siendo los casos más recientes el de George Floyd mientras estaba bajo custodia policial, y el de Breonna Taylor en la seguridad de su propia casa. Como respuesta a la frecuencia creciente de los saqueos, el Presidente Trump usó la frase «cuando empiezan los saqueos, empiezan los disparos» para condenarlos, y repitió así un lenguaje copiado de los segregacionistas durante la época del movimiento por los derechos civiles. A pesar de expresar su apoyo a las protestas pacíficas, Trump pidió a la policía de Washington DC que arrojara gas lacrimógeno a un grupo de manifestantes pacíficos para que pudiera dar un discurso, autoproclamándose el presidente de la «ley y el orden» y exigiendo que los gobernadores emplearan la «fuerza decisiva» para mantener el orden público. ¿Crees que la postura de Trump es la línea de actuación correcta para un presidente? Achille Mbembe escribiría sobre esta violencia estatal como actos de «necropolítica», una frase que acuñó para describir el derecho soberano del Estado a matar, predominantemente en base a la raza. Mbembe explica que este necropoder surge al establecer una demarcación entre los que son desechables y los que son valiosos; esta distinción está clara en el tratamiento que reciben los manifestantes por parte de la policía y del presidente Trump, que emplean métodos violentos para controlar a grupos de manifestantes pacíficos. Por lo tanto, Zuriñe, el debate resultante es evidente: ¿podemos justificar a los manifestantes del movimiento de *Black Lives Matter* cuando hacen uso de saqueos, vandalismo, y disturbios para luchar contra la necropolítica del gobierno estadounidense?

El debate acerca de la respuesta a la violencia propagada por el Estado y la necropolítica es un asunto antiguo. Muchos moderados apuntan hoy hacia la no violencia predicada por Martin Luther King Jr. y Mahatma Gandhi como la fuerza más potente para lograr un cambio político, condenando los disturbios y los saqueos. Como King escribió en su primer libro, *Stride Towards Freedom*, la no violencia busca ganar la «amistad y comprensión» del adversario, y no humillarle. Durante la época del Movimiento por los Derechos Civiles, mientras los gobier-

nos sureños y sus ciudadanos blancos hacían todo lo posible para mantener el control a través de la necropolítica, King y otros activistas negros creían que la violencia de sus opresores ayudaría a recabar apoyo en los estados del norte ya que lograría amplia cobertura en los medios de comunicación. Aunque King se mantuvo firme en su actitud hacia la no violencia frente a la falta de avances, otros activistas como Malcolm X abogaron por métodos más violentos de protesta. En su libro, *Two Speeches*, Malcolm X priorizó la consecución de resultados «significativos e inmediatos, luchando para vencer». Hay que hacer frente a una injusticia, desde su punto de vista, con la fuerza física. Estos dos líderes representan alternativas ideológicas que giran en torno a la utilidad de la violencia para causar un cambio en la sociedad, un debate que ha persistido hasta hoy. Zuriñe, ¿crees que hay una perspectiva correcta entre los dos?

Durante el régimen de Francisco Franco, el País Vasco vio el nacimiento de Euskadi Ta Askatasuna (ETA) en 1959. Fundada como respuesta a la opresión de la cultura vasca por el régimen de Franco, incluyendo la prohibición del Euskara y de los nombres vascos, ETA se centró en protestas por medio de la acción más que por la ideología. La organización llevó a cabo una serie de operaciones simbólicas y peligrosas que abarcaban desde la voladura de monumentos franquistas hasta ondear la prohibida bandera vasca desde los campanarios, debilitando el poder del estado español, en una campaña que reflejaba los ideales de Malcolm X. En la década de 1960, ETA pasó a adoptar una estrategia insurreccional que incluía el asesinato y que llevó a la muerte de Guardias Civiles e incluso a la del primer ministro, el Almirante Luis Carrero Blanco en 1973. Con la muerte de Franco, el país experimentó una transición rápida hacia la democracia y, en 1979, el Estatuto Vasco de Autonomía fue aprobado. Este estatuto otorgó amplios poderes para desarrollar el autogobierno vasco, incluyendo el control de la fiscalidad, la sanidad, la educación y la seguridad pública.

Mientras que ETA empleó la violencia, e incluso el asesinato para lograr su derecho al autogobierno bajo un régimen autoritario, los críticos argumentan que los negros en los Estados Unidos disponen de las herramientas democráticas necesarias para lograr el cambio. Si es así, ¿por qué hay que emplear la violencia? La distinción clave entre el conflicto vasco y las luchas de los negros en los Estados Unidos es el racismo sistémico que impide el progreso. A pesar de las décadas de protestas pacíficas en respuesta a los asesinatos de negros a manos de la policía, en 2020, un negro estadounidense tiene aproximadamente dos veces y media más probabilidades de morir a manos de la policía que su homólogo blanco. Las protestas pacíficas en el pasado reciente rara-

mente han contribuido a impulsar la reforma radical de la policía y del sistema de orden público en general. Dicho esto, ¿crees que la violencia es un requisito necesario para un cambio social significativo? En el caso de Baltimore y después del asesinato de Freddie Gray en 2015 mientras estaba bajo custodia policial, un grupo de manifestantes indignados saquearon y prendieron fuego a una tienda CVS en el oeste de Baltimore, una zona de pobreza crónica. El Departamento de Justicia descubrió que el Departamento de Policía de la ciudad de Baltimore se había comportado de una manera que violaba la Primera Cuarta, y Decimocuarta Enmiendas de la Constitución de los Estados Unidos; en 2017, la ciudad presentó un Decreto de Consentimiento, comprometiéndose a una reforma amplia para crear una policía centrada en la comunidad.

Pese a la impopularidad de los disturbios y saqueos, es evidente que los grupos desfavorecidos recurren a formas de protesta violenta para que sus voces sean escuchadas, como en Baltimore. Tal como Dynes y Quarantelli concluyeron en su estudio de 1968 sobre el pillaje, aunque a veces se interpretan los saqueos que ocurren durante estas protestas como una prueba de la depravación humana, el vandalismo se centra en objetos o edificios de valor simbólico, como un coche de policía o un banco. Se puede interpretar esto como actos de rebeldía por parte de los manifestantes contra las instituciones que perpetúan el racismo sistémico, y en particular, contra las fuerzas policiales y las instituciones del capitalismo. De esta manera, los saqueos generalizados constituyen una «protesta masiva de nuestras concepciones dominantes de la pobreza», según el estudio. Además, las protestas violentas pueden servir para recuperar el control del Estado como describe la necropolítica. La discriminación sistémica a la que se enfrentan los negros afecta todos los aspectos de la vida, desde el acceso a la atención sanitaria hasta la desigualdad generacional de la riqueza y la pobreza, teniendo ambas un impacto directo en la calidad de vida de los individuos.

Por otro lado, los manifestantes y la policía pueden retroalimentarse mutuamente a base de sus actuaciones respectivas, sean estas negativas o positivas. Cuando la policía emplea tácticas violentas de control, incluyendo balas de goma, aerosol de pimienta, porras, y granadas cegadoras, eso empuja a los manifestantes a su vez hacia protestas agresivas, incluyendo el pillaje, los disturbios y el vandalismo. En realidad, en Minneapolis después de la muerte de Floyd, la policía se dio cuenta de que el uso de tácticas antidisturbios menos violentas dio lugar a protestas más tranquilas y menos propensas a la violencia. El concepto de «bucle de retroalimentación negativa» se originó mucho antes del movimiento *Black Lives Matter*. En el País Vasco, este proceso ha sido ampliamente empleado por ETA y por otros grupos nacionalistas vascos

para recabar un apoyo generalizado por su causa. Según Paddy Woodworth en su texto *Dark History*, las acciones armadas del grupo inducirían a la dictadura a tomar medidas más drásticas e indiscriminadas contra la población, aumentando así el apoyo a los revolucionarios. En «La letal fascinación por las armas», Gaizka Fernández describe la lucha de ETA contra el régimen franquista a través de la espiral acción-reacción-acción. En 1968, ETA asesinó al agente de la Guardia Civil, José Pardines, y poco después, su asesino, Francisco Javier Etxebarrieta, murió a manos de la Guardia Civil. En 24 horas, ETA había encontrado a su primera víctima y mártir. Zuriñe, ¿cómo percibió tu familia a ETA después de la muerte de Etxebarrieta?

Sin embargo, como explica Fernández, esta espiral de violencia solo sirvió para atar a ETA permanentemente a las ideologías del nacionalismo radical y del terrorismo. Después de la aprobación del Estatuto de Autonomía en el País Vasco en 1979, muchos nacionalistas vascos se quedaron insatisfechos, expresando su deseo de votar una separación completa de España. Como decía Woodworth, «la democracia española puede tener fallos, pero ofrece todas las libertades clásicas que necesitan los vascos para buscar una relación más independiente con Madrid por medios pacíficos». Además, a lo largo de las últimas décadas, los vascos nunca han sido firmes sobre la necesidad de un referéndum sobre la independencia, e incluso los líderes nacionalistas vascos se han mantenido «crónicamente ambiguos acerca de la cuestión de la independencia total». Sin embargo, en los años ochenta, ETA se convirtió inequívocamente en una organización terrorista, operando fuera de los canales democráticos existentes y con una negligencia temeraria ante las vidas civiles. Desde la ideología de Malcolm X, una rebelión de este tipo sería justificada debido a los fallos de la Constitución Española a la hora de abordar las demandas del nacionalismo vasco en lo que se refiere al derecho de autodeterminación. Zuriñe, ¿crees que la búsqueda de la autonomía por medios democráticos pudo haber sido factible? No obstante, su recurso a las formas violentas de protesta llevó al gobierno central a lanzar una «Guerra Sucia» contra ETA desde 1983 hasta 1986, en la que los Grupos Antiterroristas de Liberación (GAL) patrocinados por el gobierno recurrieron a tácticas clásicas de terrorismo de Estado. En el País Vasco, un conflicto que pudo haber sido resuelto por medios democráticos impulsó a la siguiente generación de vascos a radicalizarse, prolongando el conflicto hasta bien entrado el siglo XXI.

Por lo tanto, el conflicto vasco esboza una pregunta pertinente que hay que hacer a los activistas de *Black Lives Matter* que piden formas más violentas de protesta: ¿con qué grado de violencia? A pesar de las intenciones justificadas que se encuentran detrás de los saqueos, la es-

piral de acción-reacción entre los manifestantes y la policía puede exacerbar las tensiones y retrasar la reforma de la policía. Como nota Omar Wasow, un profesor de Ciencias Políticas en la Universidad de Princeton, durante el movimiento por los derechos civiles, un número significativo de blancos moderados era «favorable a políticas que promovieran la igualdad racial, pero también estaban muy preocupados por el orden público». La estrategia de la no violencia predicada por King y sus pares logró la difícil tarea de promover la igualdad racial a la vez que construía alianzas con los grupos de blancos moderados. Estas protestas no violentas buscaban explotar la violencia empleada por los jefes de policía en el Sur para difundir espectáculos violentos que ganarían a simpatizantes. No obstante, cuando surgieron líderes más militantes como Malcolm X abogando por la autodefensa y la violencia, los demócratas blancos y moderados que apoyaban la Ley de Derechos Civiles de 1964 pasaron al Partido Republicano en 1968 con la esperanza de restablecer el «orden».

El movimiento contemporáneo de *Black Lives Matter* lidia hoy con la misma cuestión del ejercicio de la no violencia. El País Vasco y el Movimiento por los Derechos Civiles, junto con estudios contemporáneos, destacan las razones que justifican las formas violentas de protesta en el logro de los derechos humanos. No obstante, cuando las tácticas de protesta cambian a formas de resistencia más violenta en respuesta al uso de la fuerza excesiva por parte de la policía, la narrativa pública se aleja de la brutalidad histórica de la policía para centrarse en los saqueos y los incendios provocados. Por desgracia, el racismo sistémico impregna los medios de comunicación hoy en día, y las formas violentas de protesta solo servirán para difuminar el marco inicial de justicia para reducirlo a un simple delito.

El foco que King puso en los moderados blancos sigue impregnando el clima político contemporáneo como muestra claramente la postura adoptada por la Casa Blanca a lo largo de las últimas semanas. Al proclamarse un presidente de «ley y orden», Trump alimenta la mentalidad mayoritaria en Estados Unidos de priorizar el orden ante los avances hacia la igualdad racial, tal como pasó en los años 1960. En su discurso en Lafayette Square, Trump prometió desplegar el poder del estado contra los que pedían la reforma del sistema policial, y declaró que «Estados Unidos necesita ... justicia, y no el caos». De manera similar, numerosos medios de comunicación han ignorado deliberadamente las protestas que a nivel nacional pedían la reforma de la policía, escondiéndolas bajo la manta del caos; medios que van desde *The New York Times* hasta *The Washington Post* han destacado que las manifestaciones inicialmente pacíficas se habían hundido en el caos. Tanto el

presidente como los medios ilustran el racismo sistémico existente en nuestro país al propagar una narrativa falsa acerca del caos en vez de exigir la justicia real para los americanos negros. Desafortunadamente, yo creo que la postura de King es tan válida hoy como lo fue hace casi cincuenta años: solo la no violencia puede llevar a un cambio decisivo y eficaz en los cuerpos policiales y el sistema de justicia de los Estados Unidos en general.

Naren

* * *

Naren,

No es fácil hablar sobre este tema tan cercano y a la vez tan lejano. Cercano porque es la historia de Euskal Herria, nuestro querido pueblo. Pero es lejano a la vez porque nuestra generación no ha vivido en primera persona la violencia de ETA. Todavía éramos pequeños y no éramos conscientes de ello. Es un tema complejo y difícil de explicar. No estamos buscando respuestas, sino más bien, preguntas.

Como has dicho, Naren, la respuesta a la violencia suele ser con más violencia. La violencia es un espiral que no se acaba, es un mecanismo de acción-reacción. ¿Pero, por qué se utiliza la violencia en pleno siglo XXI? ¿No nos ha quedado claro que la violencia no es lícita para alcanzar nuestros objetivos?

A lo largo de la historia, los cambios políticos y sociales se han llevado a cabo mediante la utilización de la fuerza, mediante golpes de Estado, guerras, revoluciones. Aun así, ¿todavía creemos que vale la pena utilizar la fuerza para los cambios político-sociales? ¿No nos ha quedado claro que sacrificar vidas para alcanzar el fin no está justificado en ninguno de los casos? Es un debate que todavía sigue abierto. Si no, ¿por qué se está causando este revuelo en Estados Unidos?

Durante la dictadura, los vascos y las vascas que creían en los valores democráticos se sentían oprimidos por el régimen franquista, que su única respuesta era la represión. Ante este régimen totalitario, en los años 60 ETA es influenciada por los movimientos de liberación que se dan en el mundo: la Guerra de Vietnam, la Guerra de Independencia de Algeria, las independencias de África, la revolución de Cuba, Salvador Allende (Chile), la Primavera de Praga. En el mundo, se estaban llevando a cabo movimientos revolucionarios y estos movimientos influyeron mucho en la organización interna de ETA.

En Euskal Herria conocemos la importancia que tuvo la V Asamblea de ETA en su camino político. En tu caso, Naren, entiendo que desco-

noces la relevancia de esta V Asamblea, por lo tanto, trataré de explicártelo. Esta Asamblea tuvo dos partes; la primera se hizo en 1966 y se habló de la necesidad de crear en Euskal Herria un frente propio de la clase trabajadora, alejándose así del frente nacional de la clase trabajadora de España. Criticaban que estos últimos tenían un pensamiento estatalista y que se alejaban de los planteamientos nacionalistas. La segunda parte de la V Asamblea se hizo en marzo de 1967 y allí se sentaron las bases de lo que serían sus objetivos prioritarios: socialismo e independencia. Antes de dicha Asamblea, los miembros de ETA estuvieron discutiendo sobre cuál sería la línea ideológica que debían seguir. Uno de los líderes más carismáticos de la organización, Txabi Etxebarrieta, tuvo un peso importante en esas discusiones.

El principal problema era cómo compatibilizar el socialismo y el nacionalismo. La literatura marxista del siglo XIX y XX separa el nacionalismo del patriotismo. Además, desestima el nacionalismo porque cree que es una invención de la burguesía para defender los intereses de dicha clase. Esto es lo que criticó Etxebarrieta sobre la incompatibilidad del nacionalismo y el socialismo: «Son muchos quienes piensan que el ser nacionalista es reaccionario; que no se puede ser, a un mismo tiempo, nacionalista e internacionalista. Muchas veces no nos damos cuenta de que hay dos tipos de nacionalismo: el de los poderosos y el de los oprimidos. Salta a la vista que el nuestro está con los segundos». (Valencia, 2011, p. 37).

La represión del franquismo en Euskal Herria era dura y ETA quería hacer frente a esta situación. Al principio, la respuesta de la organización ante la represión era con acciones tales como quemar la bandera española, convocar manifestaciones para crear conciencia sobre una Euskal Herria libre, quemar contenedores. Y al final, Txabi Etxebarrieta fue el primero que apretó el gatillo, y desde entonces, ETA organizaba atentados para conseguir su objetivo político.

Con la muerte de Franco, y después de la transición, España se convirtió en un estado democrático de derecho. ETA, ante este nuevo escenario, siguió atentando porque creían que el Estatuto de Autonomía y el autogobierno no eran suficientes para lograr su objetivo, que era la desvinculación total con el Estado español. Además, ETA no nació como si fuera un partido político, sino que nació como movimiento. Por lo tanto, algunos miembros de la organización no estaban dispuestos a que ETA se convirtiese en un partido político.

Durante la democracia, el gobierno socialista de Felipe González utilizó vías no ortodoxas para luchar contra ETA. A finales de los años 80 se llevaron a cabo investigaciones por la prensa para descubrir si de verdad había implicación directa o no del Gobierno en la lucha armada

contra ETA, es decir, demostrar que el Gobierno financiaba a grupos mercenarios, controlados por el Ejército, para combatir a ETA fuera de la ley.

El caso más emblemático fue el de Lasa y Zabala. Estos dos jóvenes fueron secuestrados por los GAL (Grupo Antiterroristas de Liberación) y torturados y asesinados por los miembros de la Guardia Civil en 1983. Hay una película sobre este caso dirigido por Pablo Malo que se titula *Lasa eta Zabala* (2014).

Me acuerdo de que cuando tenía 16 años fui a ver la película con mi padre. La razón principal por la que fuimos a verla fue porque Lasa y Zabala eran de Tolosa y a nosotros, que somos de Ibarra (pueblo colindante con Tolosa), era un tema que nos tocaba muy de cerca. Entonces, no sabía mucho sobre ETA ni sobre los GAL. Fui a ver la película sin ningún prejuicio porque tampoco entendía ni sabía muy bien en qué contexto se daba. Me acuerdo de una cosa: después de terminar de ver la película le dije a mi aita (padre en euskera) «*Guardia Zibil hauek, egin duten guztia eta gero, ez zuten beraien kondena osoa bete? Baina nola da posible hori?*». Naren, esto es lo que le pregunte a mi padre: «¿Estos Guardia Civiles después de todo lo que han hecho, no van a cumplir la totalidad de su condena? ¿Pero, cómo es posible esto?» Fue una película impactante para mí. Había momentos en la película que no podía ver porque eran escenas muy duras y fuertes.

Ahora, reflexionando más sobre este tema pienso que por encima de todo pensamiento político están los derechos humanos y la dignidad de una persona. Hay unas líneas rojas que no se pueden cruzar y se cruzaron. ¿Cómo puede ser una persona capaz de torturar? ¿Cómo no puede sentir una persona empatía sobre la otra? ¿Por qué había y sigue habiendo este odio? Naren, creo que todavía tenemos que ahondar más en la convivencia humana y en el respeto hacia la persona.

Otra de las primeras acciones que realizaron los GAL fue el secuestro de Segundo Marey. Este hombre fue secuestrado en la localidad francesa de Hendaya al ser confundido por los GAL por uno de los cabecillas de ETA y finalmente, fue liberado tras diez días de cautiverio.

Después de este suceso, profesionales, intelectuales y abogados presentaron una querrela ante la Audiencia Nacional contra el subcomisario José Amedo y el inspector Michel Rodríguez, a los que acusaron de ser miembros de los GAL. Fue el primer juicio de la «guerra sucia» en el que condenaron a los acusados.

Más tarde, los acusados declararon que estaban implicados altos cargos del gobierno en la «guerra sucia». Entre otros, estaban Barriónuevo, ex ministro del Interior y el secretario del Estado Rafael Vera. Estos fueron condenados a 10 años de prisión, aunque apenas estuvieron

4 meses en la cárcel cuando el Gobierno de José María Aznar les concedió un indulto parcial y salieron de prisión.

Está impunidad demuestra que España no era un Estado democrático. ¿Cómo puede ser que unas personas sean condenadas y queden impunes? ¿Dónde está la división de los poderes del Estado? Me acuerdo de que Rafael Vera salió en el programa de EITB 2 360 *grados* sobre «Intxaurrondo: Un Estado dentro de la Guardia Civil». La entrevistadora, Eider Hurtado, le pregunto a Vera si el Estado tenía relación con los GAL o si el Estado participó en la «guerra sucia» y este le contestó «ellos nos atacaban y nosotros nos defendíamos». Además de esto, Hurtado le preguntó si estaba arrepentido o si quería pedir perdón a las víctimas y este no mostró ningún afecto ni arrepentimiento.

A raíz de esto, el 15 de junio de 2020 *La Razón*, un diario de tirada nacional en España, publicó un informe de la CIA sobre los GAL (Grupos Antiterroristas de Liberación). Dicho informe decía que González había acordado la creación de un grupo de mercenarios para combatir fuera de la ley a terroristas. Esta organización estaba llevando a cabo una «guerra sucia» contra miembros de ETA escondidos en Francia.

Dicho informe se destapó en 1987 pero hasta hoy, no se ha hecho nada para poder investigar lo ocurrido. Ahora, EH Bildu (Euskal Herria Bildu), ERC (Esquerra Republicana de Catalunya), EAJ (Eusko Alderdi Jeltzalea), el Grupo Plural y finalmente, Unidas Podemos, quieren dar un paso adelante y propusieron la creación de una comisión de investigación sobre «los vínculos y responsabilidades de los gobiernos presididos por Felipe González y los GAL». Pero la Mesa del Congreso de los Diputados rechazó la creación de dicha comisión con los votos del PSOE, PP y Vox.

Este es un ejemplo claro de que queda mucho por hacer. ¿Por qué no se va más allá en la investigación? Hay que llegar al fondo de la cuestión, pero parece que algunos no quieren hilar más a fondo. Investigaciones se han llevado a cabo para esclarecer los hechos y además parece que hay evidencias que afirman que hubo una implicación directa de la presidencia del gobierno en esta guerra sucia. ¿Pero, por qué no se toman responsabilidades? ¿Por qué se niega rotundamente está implicación? ¿Por qué no se tiene en cuenta a las víctimas? ¿Dónde quedan sus derechos? Son preguntas sin respuestas, por ahora. Muchas veces me pregunto por qué no queremos reconocer el pasado y hablar sobre ello con total transparencia.

En esta línea, en España todavía está vigente la Ley de Secretos Oficiales aprobada en 1968 en plena dictadura. Es una norma destinada a proteger los intereses del Estado. Parece ser que el Congreso apoyará la tramitación de la reforma de la Ley de Secretos Oficiales planteada por

el PNV el 23 de junio de 2020. Esta reforma de dicha ley busca establecer un procedimiento para descalificar documentos históricos declarados en secreto reduciendo el plazo anteriormente fijado. La extrema derecha es el único partido que ha manifestado su oposición a esa ley y Ciudadanos ha anunciado que se abstendrá.

Poco a poco se están dando pasos para clarificar lo que pasó durante el régimen franquista, el golpe de estado del 23 de febrero de 1981 o la participación de los GAL en la lucha antiterrorista. Creo que es esencial clarificar esos secretos del Estado para conseguir la transparencia que merecen todas y cada una de las víctimas del estado y del terrorismo y también para todos los ciudadanos. ¿Los ciudadanos no tienen derecho a saber lo que pasó? ¿Por qué se ocultan dichos documentos históricos? Además, es inaudito que haya una ley que fue aprobada en la dictadura, que fue modificada superficialmente en 1978 y que aún sigue vigente.

Todavía nos queda un camino largo por recorrer, Naren.

Obras Citadas

- Valencia, J. (2011). *La ternura de los pueblos. Euskal Herria Internacionalista*. Txalaparta.
- Olariaga, Andoni & Egaña, Iñaki (2018). *Txabi Etxebarrieta eta euskal 68aren oihartzuna*. Iratzar Fundazioa. Donostia.

Carta dos

La amenaza que representa el neoliberalismo para la democracia

Querida **Zuriñe**,

Como seguramente sabrás, durante el último año, Estados Unidos ha estado cargado de tensión política y social. Desde el movimiento *Black Lives Matter*, pasando por los intentos de Donald Trump para refutar su derrota electoral a manos de Joe Biden, hasta el asalto al Capitolio estadounidense en 2021, la paz y la democracia en nuestro país han estado amenazadas desde numerosos frentes. Es evidente que, si no se cuidan, los ideales democráticos pueden quedar mermados frente a un nacionalismo rancio. El fracaso de esos mismos principios es un aspecto intrínseco de cualquier injusticia social, desde la brutalidad policial hasta el racismo sistémico. ¿Puede haber una causa subyacente, aparte de los prejuicios, de la injusticia social, y por consiguiente, de una democracia debilitada?

Uno de los logros más importantes de la democracia occidental es indudablemente una sociedad ejemplar para el crecimiento económico, equipada con los instrumentos para mantener unos niveles sanos de competencia y de innovación maximizando la riqueza nacional. Esos son los objetivos de las sociedades capitalistas, que son las sociedades en las que vivimos tú y yo. Sin embargo, la pregunta que quiero abordar en esta carta es esta: ¿se ven comprometidos nuestros ideales de libertad de expresión, la enseñanza y la igualdad de oportunidades ante el neoliberalismo económico? De hecho, a veces los intereses corporativos pueden hacer pasar sus intereses egoístas por intereses nacionales, cuando los beneficios de estas empresas deberían consistir en crear más riqueza colectiva y mejores condiciones de vida para la gente. Además,

¿debería el gobierno de un país subordinar sus ideales democráticos al crecimiento económico y a la mejora del capitalismo?

En los Estados Unidos, a menudo justificamos nuestras opiniones políticas desde una perspectiva económica. Por ejemplo, tomemos el discurso del estado de la nación del presidente Obama en 2013. Tal como describe Wendy Brown en *Undoing the Demos*, Obama se centró en la revitalización de la agenda liberal en forma de un «paquete de estímulo económico», apuntando al crecimiento económico como una razón para, por ejemplo, perseguir la reforma del salario mínimo, la reforma de la inmigración y la inversión en la educación. A primera vista, no importa si el objetivo es el crecimiento económico o la igualdad, el resultado final es el mismo. Sin embargo, al replantear esos valores progresistas como motores del crecimiento económico, Obama buscó transformar la imagen del demócrata que despilfarra los fondos públicos en la de un analista económico pragmático, redefiniendo la justicia social y la inversión gubernamental como estímulos económicos. En la universidad, como estudiante socialmente liberal y (ciertamente estereotípico) de Ciencias Económicas, me agarré a la perspectiva de Obama en este discurso. Defendí su política liberal de inmigración y las medidas de gran impacto para la protección del medio ambiente debido a sus beneficios económicos a largo plazo. En mi opinión, la lógica económica primó por encima de todo lo demás. El objetivo último era el de aumentar la riqueza de cada ciudadano, y, para lograr eso, era razonable concluir que hacía falta maximizar el crecimiento económico de los Estados Unidos.

Sin embargo, cuando la mejora del capitalismo se convierte en la prioridad de los Estados Unidos, la democracia se mantiene en segundo plano. En épocas normales, eso no debería importar, puesto que la democracia se ve a menudo como un logro permanente de la sociedad occidental. Mientras que se mantengan nuestros derechos, nuestras libertades y elecciones, la democracia persistirá, por lo menos eso es lo que creíamos. Si reflexionamos acerca de los acontecimientos del año pasado, desde las protestas de *Black Lives Matter* del verano de 2020 hasta los disturbios del Capitolio del 6 de enero, queda dolorosamente claro que la democracia hay que fomentarla, cuidarla y practicarla atentamente. Y eso requiere un cambio de enfoque: los ideales democráticos no pueden ser sometidos a unos ideales económicos.

Déjame aliviar los temores de mis profesores de economía: los beneficios de la competencia sana, de la intervención concienzuda del gobierno, y del mercado libre no se me escapan. Aunque eso sería una discusión para otra carta (o libro), sí creo que ciertas políticas económicas de libre mercado conducen a la maximización de la producción económica a largo plazo. Sin embargo, a mi entender, el elemento más importante

de la democracia no es nuestra producción económica total, sino nuestros ideales. Cuando comprometemos o se vuelven a escribir nuestros valores democráticos, incluyendo la igualdad de oportunidades y la libertad, en nombre del crecimiento económico, eso sienta un precedente peligroso para consideraciones futuras, sean los caprichos de un presidente demente, la supresión de nuestra privacidad por las redes sociales, o las teorías de conspiración de QAnon que circulan por Internet. Sobre todo, así como Obama reconvirtió las políticas sociales progresistas en motores de crecimiento económico, se puede hacer lo mismo al revés considerando las políticas discriminatorias como algo necesario para la prosperidad económica. Solo hay que recordar la serie de objetivos de las políticas perseguidas por la administración Trump. El muro fronterizo fue pregonado por la derecha a causa de los empleos que creó y protegió, mientras la serie de recortes de impuestos fueron cruciales para apoyar el crecimiento del PIB. Desde la perspectiva de nuestra democracia, sin embargo, el muro fronterizo provocó el racismo por todo el país y los recortes de impuestos exacerbaron la desigualdad de ingresos en las arcas públicas. Justificar la política desde una perspectiva de desarrollo económico en vez de desde la de los ideales democráticos deja abierta la puerta a la aceleración de la desigualdad social, debilitando los principios fundamentales de libertad, igualdad y de los derechos de este país. Tal como Butler describe, existen valores fuera de los parámetros de la prosperidad económica, específicamente en forma de justicia social, que se deberían tomar en cuenta en el diseño de las políticas a llevar a cabo.

La falta de priorización de los ideales democráticos en la esfera pública no se restringe a los Estados Unidos. En el momento en que el presidente Biden tomó posesión de su cargo este año, la protesta más grande de la historia sigue propagándose en la democracia más grande del mundo: la India. La protesta de los agricultores indios se centra en las leyes agrarias indias de 2020, comúnmente conocidas como los proyectos de ley agraria, aprobados por el parlamento de la India el 27 de septiembre del 2020. Bajo la legislación anterior, los agricultores estaban obligados a vender sus productos en una subasta del Comité del Mercado de Productos Agrarios de su estado, donde les garantizaban un precio mínimo acordado por el gobierno. Además, había restricciones sobre quién podía comprar productos en esas subastas. Con la aprobación de los proyectos de ley agraria, encabezada por el primer ministro, Narendra Modi, este proceso fue desmantelado para permitir que los agricultores pudieran vender a cualquiera, sin ninguna garantía de un precio mínimo. Desde la perspectiva del Bharatiya Janata Party (BJP), el partido político principal de la India, la abolición de esa estructura de comité conduciría al incremento de la competencia permitiendo

que los agricultores pudieran decidir sus propios precios. Estas leyes también abren la industria agraria de la India a la inversión extranjera. Aunque eso podría impulsar el incremento de la demanda por los productos, permitiendo que los agricultores cobren precios más altos, también puede dar lugar a unos precios más bajos cuando la oferta esté demasiado alta.

A raíz de estas leyes, decenas de miles de agricultores han marchado a la capital de la India, Nueva Delhi, montando campamentos inmensos en las carreteras que rodean la ciudad. Simran Singh lo describe así: «en el pasado, cuando los agricultores indios han organizado protestas a favor de precios y condiciones laborales más justas, el gobierno de India ha respondido con medidas violentas que incluían la tortura documentada, abusos de los derechos humanos y asesinatos extrajudiciales». Sin embargo, el primer ministro Modi y el BJP consideran la desregulación del sector agraria como una bendición para los agricultores pequeños, ya que podría democratizar el poder de fijación de precios. Aunque los agricultores forman el bloque de votantes más grande de India, donde representan el 58% de la población de 1,3 mil millones de personas, Modi apenas consultó a los votantes acerca de sus nuevas políticas, alimentando incluso más la indignación por todo el país. En las elecciones generales de 2014, el BJP prometió en su manifiesto que los precios de los cultivos se quedarían fijados a unos niveles que superaban en un 50% a los costes de producción. A pesar de estas promesas, el gobierno de Modi siguió adelante con estas leyes, que no garantizaban ni el aumento de los precios ni tomaban en cuenta los deseos de los agricultores. En respuesta a eso, a partir de noviembre, un gran número de agricultores furiosos se presentaron en Nueva Delhi, la capital del país, pero se encontraron con controles de la policía en las afueras de la ciudad. La violencia estalló esporádicamente, y la policía arrojó gases lacrimógenos y disparó con cañones de agua para impedir que los manifestantes entraran en la capital. Según Samyukta Kisan Morcha, la organización que representa a los manifestantes, y tal como se informó en CNN, por lo menos 147 agricultores han muerto durante los últimos meses durante las protestas y debido a varias causas, incluyendo el suicidio, los accidentes de tráfico y la exposición al frío.

Siguiendo la discusión que mantuvimos en mi última carta, eso es un buen ejemplo de la necropolítica, donde el primer ministro Modi y el gobierno indio emplean la violencia para defender la privatización del sector agrario. Aunque los agricultores representan el 40% de la población activa de India, la inversión en agricultura respecto al porcentaje de la inversión total oscila entre un 6% y un 7% desde 2015. Y lo que era más sorprendente, aunque el primer ministro Modi pro-

metió que los ingresos de los agricultores se iban a doblar entre 2016 y 2022, la reducción de la deuda de los agricultores se convirtió en un tema de conversación política durante el ciclo electoral de 2019. A pesar de las promesas del BJP, el gobierno de India ha tomado una serie de medidas antidemocráticas para reprimir a los manifestantes, incluyendo la censura de la prensa, la detención de periodistas, los cierres de Internet, y la violencia durante las protestas. Ciertos nacionalistas hindúes han aprovechado esta serie de acontecimientos para exigir el genocidio de los manifestantes, que recuerda extrañamente a los pogromos de 1984, una campaña de asesinatos extrajudiciales de Sijs como respuesta a las protestas de éstos a favor de más apoyo gubernamental para la agricultura. En 1984, la primera ministra Indira Gandhi respondió pidiendo un asalto militar al Templo Dorado, un sitio sagrado para los Sijs, lo que llevó a su asesinato por sus dos guardaespaldas Sijs unos meses más tarde. En ambos casos, en el de hoy y en el de 1984, el impulso original fue dado por las protestas para lograr mejoras en el apoyo gubernamental para la agricultura, en otras palabras, un rechazo de las desigualdades que resultan de las prácticas laborales injustas en el marco del neoliberalismo.

Tomando a India como ejemplo, si la injusticia social ocurre indirectamente a causa de la política económica, ¿es eso una injusticia o es simplemente algo circunstancial? Desde mi perspectiva, la clave está en el resultado final, ya que los Proyectos de Ley Agraria, por ejemplo, dan lugar a mayor desigualdad. En muchos casos, una menor regulación gubernamental tiene un efecto positivo neto sobre la producción económica. Sin embargo, ¿qué es lo que se pierde en el concepto de «producción económica neta»? ¿Quién termina siendo olvidado por el camino? ¿Cuáles son los valores que han sido perjudicados? Como nación, hemos olvidado que debemos esforzarnos constantemente para mantener nuestros ideales democráticos, y que no se dan por hechos. Cuando damos más importancia a la pujanza económica que a los ideales democráticos, es inevitable que pasará lo mismo respecto a la injusticia social. Espero que me puedas ayudar a analizar esto, Zuriñe.

Naren

Obras Citadas

Brown, Wendy (2015). *Undoing the Demos: Neoliberalism's Stealth Revolution*. Zone Books.

Butler, Judith (2020). *The Force of Nonviolence: An Ethico-Political Bind*. Verso.

Mbembe, Achille (2003). «Necropolitics». *Public Culture*, vol. 15, num. 1, pp. 11-40.

(Acerca de India Farmers' Protest - https://en.wikipedia.org/wiki/2020%E2%80%932021_Indian_farmers%27_protest

https://en.wikipedia.org/wiki/2020_Indian_agriculture_acts

<https://www.cnn.com/2021/02/10/asia/india-farmers-protest-explainer-intl-hnk-scli/index.html>

<https://edition.cnn.com/2020/12/11/world/farmer-protests-india-protests-hnk-trnd/index.html>

<https://time.com/5938041/india-farmer-protests-democracy/>

<https://www.bbc.com/news/world-asia-india-55413499>

<https://www.nytimes.com/2021/01/27/world/asia/india-farmer-protest.html>

https://www.nytimes.com/2021/01/25/world/asia/india-farmers-protests-delhi.html?name=styln-india-farmers®ion=TOP_BANNER&block=storyline_menu_recirc&action=click&pgtype=Article&impression_id=&variant=show)

* * *

Querido **Naren**,

La violencia hace más daño que bien. Aunque sí que es verdad que siempre ha existido y pienso que siempre existirá, siempre y cuando los valores democráticos tambaleen. Una democracia débil trae consigo problemas de carácter económico, social, de convivencia y de violencia. Hoy en día, ya sabemos que una democracia plena es una utopía. Existen democracias, pero estás son imperfectas. Pero es mejor tener democracias imperfectas que una sociedad donde no exista la democracia, donde el pueblo no tenga el poder para tomar decisiones. Como tú bien has dicho Naren, la violencia erosiona los valores democráticos y, por ende, pone en duda la legitimidad del sistema democrático.

En el País Vasco, tras la transición, se promulgó la Constitución Española de 1978 y se establecieron los cimientos del nuevo sistema democrático, que se regiría en una monarquía parlamentaria. Estos cimientos no eran muy sólidos, era una democracia débil, recién hecha, recién salida de una dictadura de 40 años.

Entre los vascos, algunos pensarían que la democracia traería nuevas libertades y derechos, bien para los ciudadanos y bien también, para Euskal Herria. Otros, pensarían que no cambiaría mucho la situación a la anterior, que Euskal Herria seguiría dependiendo del Estado español y del Estado francés. Y otros, también pensarían que Euskal Herria, sin ser un país conjunto e independiente, podrían tener su propia identidad y autonomía dentro del Estado español y del Estado francés.

Tras 40 años de dictadura, represión y violencia, se abría un nuevo camino, un camino alternativo. Pienso que dentro de ETA habría dudas sobre qué camino seguir, si dejar de un lado las armas y seguir un camino sin violencia, o seguir con la violencia hasta lograr su objetivo, la independencia de Euskal Herria.

Voy a intentar acercarme a las dos posturas, y dar posibles argumentos. Los que pensaban que ETA debía dejar las armas, podrían pensar que se abría un nuevo camino donde ya no existía un Estado opresor, que sería un sistema democrático que traería consigo nuevos derechos y libertades; que, en ese sistema democrático, también se podría negociar y consensuar un nuevo camino para Euskal Herria, una posible independencia sobre el Estado español y francés; que, aunque sería difícil lograrlo, valía la pena seguir el camino democrático para lograr el objetivo; que, además, en un sistema democrático no tenía sentido utilizar la fuerza para lograr sus objetivos porque la sociedad vasca, ya había sufrido bastante, y que era la hora de dejar de lado la violencia, dejar de lado una sociedad dividida, y seguir todos por un camino común, un camino por la paz.

Por otro lado, los que pensaban que ETA tenía que seguir con las armas, pensarían que esto del nuevo sistema democrático no era más que una mentira, una farsa. Pensarían que el Estado español seguiría con su habitual dureza y represión hacia el pueblo vasco. También, que el cambio a un sistema democrático no cambiaría la situación de dependencia de Euskal Herria. Y, además, ETA todavía no había conseguido su objetivo, y tenían que seguir utilizando la fuerza para que el Estado cediese y aceptase la independencia de Euskal Herria.

Como todos sabemos, ETA siguió atentando y decidió seguir el camino con las armas. Muchas veces he intentado ponerme en el lugar de un etarra, y pensar, qué se le puede pasar por la cabeza a una persona cuando actúa con violencia para lograr sus fines políticos. Quizás, pensarían que estaban luchando por una justa causa, que estaban luchando para la liberación de Euskal Herria y que eso era legítimo. Era legítimo, porque estaban luchando contra un Estado que también utilizaba la violencia para luchar contra ellos. Era un Estado que no les dejaba decidir su futuro como pueblo; que Euskal Herria, quería ser independiente y ese Estado no les dejaba. Entonces, la única vía posible para que el Estado español aceptase la independencia era por medio de la fuerza.

Aunque también pienso que habría miembros de ETA, sobre todo los más jóvenes, que ni siquiera sabían los porqués de esta lucha. ¿Qué es lo que pensaría una persona al entrar en ETA? Supongo y pienso que habría de todo: habría gente que querría apoyar la causa, otros que en-

trarían por presión o influencia de sus amigos y otros que entrarían sin saber muy bien a dónde se metían.

Pero ¿qué tipo de sociedad se imagina el terrorista? ¿Piensa que después de hacer tanto daño mediante la muerte de muchas personas se puede construir una sociedad pacífica? Imaginemos que ETA hubiera logrado alcanzar la independencia. ¿Pensarían que se construiría una sociedad democrática, libre y justa?

Es una pregunta difícil de responder. Un violento puede imaginar una sociedad idílica donde todos forman parte del mismo movimiento o ideología, que sólo los que piensan como ellos serán aceptados y que los que no piensen igual a ellos, tendrían dos opciones: una, agachar la cabeza y callarse, y otra, alzar la voz, con lo que ello implicaría. No tenemos que olvidar que el violento ha impuesto ese modo de vida, ese modo de actuar y de entender cómo funciona la sociedad. Y, sí, la palabra es imposición. El violento cree que lucha por el pueblo, que lucha por una causa común, pero lo que no piensa es que quizás todo el pueblo no piense lo mismo y que ese modo de lograr la independencia, no sea la idónea para construir una sociedad democrática. Una Euskal Herria independiente alcanzada mediante la fuerza, se convertiría en una sociedad dividida, enfrentada y poco tolerante.

Los miembros de ETA querían establecer un Estado socialista para Euskal Herria. Partiendo desde ahí, ellos se imaginarían una sociedad afín a los valores comunistas, una sociedad anticapitalista e independiente sobre el Estado español y francés. Se me hace muy difícil pensar qué tipo de sociedad se imaginaría el violento. Se me hace difícil pensar cómo una persona puede imaginarse una sociedad democrática construida a base de asesinatos, secuestros y extorsiones económicas.

Ninguna sociedad tolera la violencia. Es como una bola de nieve que cada vez se hace más grande y no se sabe cómo de grande se va a hacer ni cuándo se va a acabar. Pero lo que está claro es cómo terminará. La violencia nunca concluye bien y sólo hay que mirar en nuestro país para ver cómo ha acabado todo, si es que ha terminado aún. Aunque la violencia ya haya cesado, en la sociedad todavía quedan heridas por cerrar.

Por un lado, las víctimas de ETA se sintieron desprotegidas por el pueblo vasco. Ante los atentados, muchos miraron para otro lado y algunos otros, incluso les invitaron a marcharse de Euskal Herria. Los que miraron para otro lado, algunos, pensarían que lo que ETA hacía era legítimo y justificado. Otros, por el miedo a que a ellos también les hicieran algo, callaron y no mostraron ningún afecto hacia las familias de las víctimas. Para otros, la lucha armada no iba con ellos y preferían mantenerse al margen. Por una cosa o por la otra, en Euskal Herria muchos

mostraron esa indiferencia ante la violencia de ETA. Y esos valores del individualismo, de insolidaridad y de falta de cohesión social, son los mismos valores que el capitalismo nos mete por los ojos, como tú bien has dicho, Naren.

Porque, así como la base económica de la violencia que tú ves en EE. UU. y en India y de cómo eso erosiona los valores democráticos, esos mismos valores se mostraron en Euskal Herria ante la violencia de ETA.

El uso de la fuerza conlleva una sociedad dividida y enfrentada entre sí. Y eso es lo que sucedió en Euskal Herria. La violencia de ETA provocó división y enfrentamiento. Había dos bandos, o ibas con ETA, o ETA se volvía contra ti. Por esa razón, mucha gente prefirió no hacer nada contra los atentados, no hacer nada por las familias de las víctimas, no mostrar su posición contra ETA. La sociedad permaneció inmóvil, con falta de afecto y solidaridad. La mayor parte de la población, o eso creo, no estaría de acuerdo con las acciones de ETA, pero muchos de ellos no alzaron la voz. No alzaron la voz, porque el que alzaba la voz contra ETA podría ser eliminado. Y es ahí donde aparecen los valores del individualismo e insolidaridad, donde cada uno piensa en salvarse a sí mismo y no piensa en los demás.

En los últimos años de ETA, y sobre todo tras la muerte de Miguel Ángel Blanco en 1997, el rechazo hacia la violencia de ETA aumentó. Aunque asociaciones como Gesto por la Paz de Euskal Herria ya habían iniciado el año anterior sus movilizaciones cívicas contra la violencia, a partir de ahí las movilizaciones y organizaciones contra ETA aumentaron. Una parte de la sociedad vasca alzó la voz y condenó firmemente la violencia de ETA. Y eso fue un paso adelante, un paso hacia la solidaridad y cohesión social.

Ese paso fue muy importante porque a partir de ahí, cada vez más gente condenaba la violencia contra ETA y lo mostraba públicamente. Y eso, ante una organización como ETA, fue muy importante para deslegitimar la violencia. Para decir que no estaba bien utilizar las armas para cualquier propósito, y que el fin no justificaba los medios.

Zuriñe

Carta tres

Los medios de comunicación en nuestra democracia

Querida **Zuriñe**,

La democracia tal como existe hoy en día se basa en unos pocos criterios claves independientemente del país, sea en Estados Unidos o en el País Vasco. Tal y como expone con claridad *la Carta de los derechos de los Estados Unidos* claramente expone, la libertad de expresión y de prensa son los dos baluartes para que una sociedad democrática pueda funcionar, sin olvidar otros factores como la seguridad o el derecho a la privacidad. Zuriñe, tal y como has señalado acertadamente, las comunidades solo pueden seguir funcionando como democracias cuando sus ciudadanos se comprometen y se esfuerzan para mantenerse bien informados acerca de los temas de actualidad. Mientras que hay varios factores potenciales que inhiben esta participación, incluyendo la violencia, otro elemento clave de este proceso son los mismos medios de comunicación. Los fundadores de los Estados Unidos se dieron cuenta claramente durante la Revolución americana de que la prensa juega un papel fundamental a la hora de guiar las opiniones políticas a nivel nacional y de tender puentes entre el ciudadano medio y los matices de la política. Los medios distribuyen la información sobre la que los votantes basan sus decisiones, y posibilitan la profundización del debate público. Benedict Anderson habla de este fenómeno en su libro *Imagined Communities*, donde sostiene que la prensa crea una esfera pública, y, por consiguiente, la base de la nación. La prensa es el motor principal a la hora de generar una cultura democrática que se extiende más allá del sistema político de cualquier sociedad, y que se arraiga en la conciencia colectiva con el paso del tiempo.

Tal y como has relatado, Zuriñe, la libertad de expresión desempeña un papel fundamental en el mantenimiento de la democracia. En el caso del País Vasco, el miedo a la reacción de ETA impidió que un sector significativo de la población expresara sus preocupaciones. Sin un discurso público y abierto acerca de los asesinatos de ETA por todo el país, la democracia se desmorona. Los asesinatos cometidos y las amenazas proferidas a periodistas destacados debilitaron la esfera pública propagando el miedo entre la ciudadanía —por su propia seguridad, la gente eligió autocensurarse en vez de levantar la voz. De esta manera, el discurso popular en las publicaciones y los medios baja a un nivel más anodino, y se convierte en una alternativa enmudecida al discurso real entre los propios ciudadanos. Además, como señalas, los espectadores del conflicto se arrastran hacia él a través de la presión —lo que establece un precedente peligroso para la juventud. El asesinato de Miguel Ángel Blanco demuestra la fuerza positiva que tienen los medios para eliminar tales obstáculos a la discusión. La prensa facilitó la viralidad de los movimientos posteriores contra la violencia. A raíz de su muerte, la condena pública y el discurso contra la violencia de ETA llegaron a su máximo — un paso real hacia la solidaridad.

De esta manera, es evidente lo cruciales que son los medios de comunicación democráticos para mantener un discurso político, y además constituyen la esencia de cualquier democracia. Sin la expresión justa y libre de los medios de comunicación, el público no tiene ningún medio alternativo que pueda ofrecer un discurso transparente para guiar la política. En muchos países, las prohibiciones a los medios de comunicación pueden verse reflejados, por ejemplo, en la detención de un periodista destacado palestino en Cisjordania por haber emitido sesiones del Consejo Legislativo palestino, o con el posible arresto de decenas de periodistas en India por haber criticado el manejo de parte del BJP de la respuesta de India al Covid. Sin embargo, la falta de transparencia en los medios no se manifiesta siempre de una manera tan clara en el foro público. Tal y como describe Cornel West en su libro *Democracy Matters*, los medios estadounidenses tan vinculados al mercado se alimentan de la polarización ideológica del país y de la estructura monopolística de estos medios. De esta manera, con el paso del tiempo, los medios en los Estados Unidos han restringido seriamente el alcance de nuestro diálogo político. West afirma que la escalada del autoritarismo que se manifiesta en forma del control de las opiniones, no solo en los medios sino también en la sociedad en general, ha llevado a una reducción dramática en el tipo de preguntas y en los debates que típicamente sirven de requisito para la experimentación democrática. Zuriñe, ¿qué crees que es lo que llevó a la polari-

zación del pensamiento en nuestras sociedades? ¿Crees que se puede decir lo mismo del País Vasco?

West explica que, para Estados Unidos, la cultura conservadora prevaeciente ha convertido a los progresistas y liberales en los enemigos de los Republicanos, en vez de en sus conciudadanos. Si tomamos la campaña electoral de Donald Trump de 2016 como un ejemplo (y posteriormente su campaña de 2020), queda claro cómo los diferentes medios de comunicación retrataron los acontecimientos en función de sus tendencias políticas. Según un estudio realizado por investigadores de Microsoft Research y de la Universidad de Stanford, aunque no hay una diferencia significativa en la selección de noticias por los diferentes medios de comunicación, las organizaciones de noticias sí suelen expresar su sesgo ideológico criticando de una manera desproporcionada a una parte determinada de la población, según uno de los informes. Cuando los americanos se restringen a unos pocos medios de comunicación con los que se identifican políticamente, se pierden el discurso político y el debate imparcial que se necesitan para ser un votante comprometido. En algunos casos, ciertos medios han ampliado su sesgo ideológico ya que simplemente no cumplen con los preceptos básicos de su profesión: la independencia y los hechos. En estos casos, se desdibuja la línea entre la propaganda y la labor periodística. Hoy en día se ve un desplazamiento en los extremos de nuestro espectro político hacia la propaganda, donde la ciudadanía persigue la validación de sus opiniones en vez de la información basada en los dos lados de la noticia. Además, para decirlo sin rodeos, cuando los votantes se limitan a ciertos puntos de vista, empañan el papel que juegan en el mantenimiento de una democracia justa y equitativa.

¿Qué pasa cuando este aislamiento y alejamiento de la política ocurre sin que los votantes se den cuenta? ¿Es eso un problema de nuestra democracia o de las formas del discurso que existen en nuestra sociedad contemporánea? Hoy en día, las redes sociales se han convertido en una fuerza que fomenta este aislamiento político ya que sirven como una especie de caja de resonancia. En Facebook, Twitter, Reddit, etc. (la lista sigue), los votantes se exponen a una plétora de opiniones políticas sobre acontecimientos y asuntos de actualidad, independientemente de si buscan eso o no. Como premisa, las redes sociales actúan como una ventana que se asoma a la vida de la gente, y sus opiniones y creencias constituyen un aspecto clave. Para seguir con el argumento de Benedict Anderson, las redes sociales sirven como una esfera pública conectada, donde se crean nuevos discursos para imaginar la comunidad. Sin embargo, esta esfera pública tiene sus límites: la mayoría de nosotros tenemos amigos que se nos parecen mucho —con un origen, nivel educativo, profesión, y, acumulativamente, tendencias políticas si-

milares. Además, sobre todo para los votantes que no dedican mucho tiempo para informarse a través de fuentes más objetivas, las redes sociales constituyen su fuente principal de discurso político y de noticias. Por definición, en vez de cuestionar los puntos de vista y ofrecer un contenido político diverso, las redes sociales solo sirven para validar las opiniones de la gente con las de sus amigos y familia (todos los cuales probablemente están de acuerdo respecto a asuntos candentes, candidatos electorales, etc.). Y lo que es incluso más preocupante, los sitios web de las redes sociales están incentivados para suministrar contenido que gusta a los usuarios para que así pasen más tiempo en la página. Es más rentable, de este modo, mostrar unos *posts* y opiniones con los que los usuarios están de acuerdo para que se sientan aceptados y justificados cuando están usando estas aplicaciones —una combinación peligrosa para que una democracia funcione bien.

Presenciamos las consecuencias de una caja de resonancia de este tipo a principios de este año durante el asalto al Capitolio de los Estados Unidos. El ex-presidente Donald Trump, a raíz de su derrota ante Joe Biden, convocó a sus seguidores para que asistieran a una manifestación que se iba a celebrar en Capitol Hill antes de la confirmación de votos electorales en el Congreso el 6 de enero, tuiteando, «Gran protesta en D.C. el 6 de enero. ¡Estén presentes! ¡Será salvaje!» Desgraciadamente, la información recabada de antemano indica que las declaraciones incendiarias de Trump motivaron a sus seguidores más radicales a ir a la web para organizar el asalto al Capitolio. La empresa británica de seguridad G4S realizó un análisis de riesgo que sugería que iba a haber grupos violentos en el Capitolio entre la confirmación de votos electorales y el día de la inauguración, basándose en el intercambio online de unos *posts* que abogaban por la violencia. Además, Advance Democracy, un órgano independiente de control de la gobernanza, logró vincular estos *posts* con unas cuentas relacionadas con QAnon, una secta y una teoría de conspiración de extrema derecha que afirmaba que «unos pedófilos canibales que veneran al Diablo conspiraban para derrumbar al presidente Trump» durante su mandato. El absurdo habla por sí mismo y destaca el potencial que ofrecen las cajas de resonancia *online* para propagar información falsa.

Así, West demostró cierta capacidad de previsión respecto al papel que las fuentes de información sesgadas pueden desempeñar en la proliferación del autoritarismo, fundamentalmente a través de la falta de un discurso político transparente e intelectualmente honesto. De muchas maneras, la historia puede repetirse si se olvida del papel esencial que los medios juegan en mantener nuestras respectivas democracias, no solo los medios tradicionales sino también los gigantes tecnológicos de

las redes sociales. Tengo muchas ganas de oír tu opinión sobre cómo los medios de comunicación nos influyen hoy en día, Zuriñe.

A lo largo de estas tres cartas, me ha quedado cada vez más claro cómo la violencia social y política impregna nuestra sociedad, en el pasado y en el presente. Cuando la Profesora Martín nos presentó este proyecto, dudé de mi capacidad para aportar algo —¿cuáles son las experiencias personales que tengo para poner encima de la mesa? A lo largo de estas cartas, he aprendido, de ti y de nuestros compañeros y compañeras, que los temas de la violencia y la justicia restaurativa en el nacionalismo vasco conforman nuestra interpretación de estos mismos fenómenos en nuestra sociedad contemporánea por medio de la postmemoria —ya sea el movimiento de *Black Lives Matter* o los disturbios del Capitolio del 6 de enero. Zuriñe, ha sido muy gratificante discutir cómo la violencia experimentada por nuestras dos sociedades se deriva de fenómenos casi idénticos (ya sea la discriminación, la desigualdad económica, o medios sesgados). ¡Me gustaría mantener el contacto contigo durante los próximos años!

Naren

Obras Citadas

Carless, Will (January 4, 2021). «Nation's capital braces for violence as extremist groups converge to protest Trump's election loss». *USA Today*. Recuperado de <https://news.yahoo.com/nations-capital-braces-violence-extremist-214906576.html>

Kuznia, Rob; Devine, Curt; Bronstein, Scott; Ortega, Bob (January 8, 2021). «Extremists intensify calls for violence ahead of Inauguration Day». *CNN*. Recuperado de <https://edition.cnn.com/2021/01/08/us/online-extremism-inauguration-capitol-invs/index.html>

West, C. (2005). *Democracy Matters Winning the Fight Against Imperialism*. Penguin.

* * *

Querido **Naren**,

Estoy de acuerdo contigo en que los medios de comunicación influyen a la hora de crear opinión pública en la ciudadanía, y eso, en muchas ocasiones, puede correr en contra de los valores democráticos. Hoy en día, después de que ya hayan pasado diez años desde que ETA anunció el cese definitivo de su actividad armada, cuatro años desde su

desarme definitivo y tres años desde su disolución definitiva, hay medios de comunicación que no ayudan en el debate para que la convivencia en Euskal Herria se haga realidad.

Los medios de comunicación hablan de ETA como si todavía siguiera activa. Y no sólo los medios de comunicación, también algunos políticos. Por ejemplo, Cayetana Álvarez de Toledo, cuando era portavoz del Partido Popular afirmó en una entrevista en El Correo que la situación de hoy en día es peor que cuando la banda asesinaba. Estos discursos de odio no ayudan a forjar una convivencia sana. Y semejantes declaraciones son inaceptables. ¿Qué se quiere conseguir con eso? ¿Cuál es su propósito? La única respuesta posible que se me ocurre es querer crear polémica sobre el tema, que se hable de ello y que se caigan los cimientos de la convivencia ya forjada. La convivencia requiere de tiempo, no se construye de la noche a la mañana y la información sesgada, declaraciones inaceptables y los discursos de odio no son más que obstáculos para la paz.

Está claro que los medios de comunicación son «libres» de opinar y criticar cualquier actitud o pensamiento o acto que les parezca criticable. Y pongo libres entre comillas puesto que hay algunos códigos deontológicos que no puede sobrepasar un periodista y se ha cruzado esa línea roja. Hay algunas formas de hacer periodismo que no son las idóneas para crear una opinión pública sana. Los medios de comunicación fueron creados para cumplir la función social de crear un debate sano entre los ciudadanos y como cuarto poder para poder controlar al poder legislativo, ejecutivo y judicial. Y así, ser un intermediario entre esos poderes y la ciudadanía.

Creo que hoy en día esa función que teóricamente deberían de cumplir los medios de comunicación se va desvaneciendo, en favor de los intereses empresariales. Además, con la irrupción de las TIC, el contexto ha cambiado y ahora prima la inmediatez antes que la veracidad y calidad de los contenidos periodísticos. Con esto, no quiero generalizar que todos los medios de comunicación actúen así, porque hay excepciones. Aún y todo, el panorama español en los medios de comunicación no es la mejor. Estos están muy lejos de la labor que teóricamente deberían de cumplir. Hoy en día, priman la inmediatez, los intereses empresariales, las ganancias y los intereses partidistas.

Dicho esto, las últimas declaraciones que hizo Pablo Casado, presidente del Partido Popular, sobre los presos de ETA, en las que proponía que las víctimas de ETA tuviesen voz sobre la situación penitenciaria de los presos de ETA, me parecen escalofriantes. Y lo peor es que los medios de comunicación afines a la ideología del Partido Popular no critican estas declaraciones de Casado. Y, como bien sabemos, el que calla

otorga. Estamos hablando de derechos humanos, del derecho que tienen todos los presos de cumplir condena donde viven, en su territorio. Es un derecho fundamental, y no se está cumpliendo. Los presos de ETA están dispersados por toda España y los familiares tienen que hacer kilómetros para poder ir a visitarles. Sólo el hecho de pensar que las víctimas de ETA tengan voz y voto en esto me parece irresponsable. Así, no se construye la convivencia. Y lo peor es que, estas declaraciones son en campaña, por las elecciones autonómicas de la Comunidad de Madrid, y seguramente que habrá gente que apoye dichas declaraciones.

Los medios de comunicación también pueden y deben ayudar a construir una convivencia sana en Euskal Herria. Ellos, además de las todas las víctimas que salieron perjudicadas de este conflicto, deberían de aportar claves para construir la convivencia. Otros de los actos que no ayudan a construir la convivencia son las bienvenidas que les hacen a los presos de ETA al salir de la cárcel. Me parece bien que les hagan la bienvenida —todos tienen derecho a que sus familiares y amigos cercanos les acojan— pero lo que no puede ser es que se haga un homenaje público, porque eso sería una falta de respeto hacia las víctimas de ETA. Como también lo son las condecoraciones que les dan a los miembros del ejército o los de la Guardia Civil, que también es una falta de respeto hacia las víctimas de las torturas de dichas fuerzas. Ni lo uno, ni lo otro.

Naren, como tú bien has recalcado, yo también coincido contigo que los medios de comunicación juegan un papel importante en la democracia, y concretamente aquí en Euskal Herria para lograr la convivencia pueden ser claves. Pienso que hay discursos de odio, de relatos, de vencedores y vencidos, que no ayudan al debate. Hay que dar voz a todos los afectados por el conflicto, a todas las víctimas y siempre hablando desde el respeto. Porque cuando se pierde el respeto, en mi opinión, se pierde el argumento, que es lo que debería de primar.

Para terminar, ha sido un placer participar en este proyecto. Al igual que tú, Naren, al principio tenía mis dudas y sobre todo miedos de qué podía aportar en este libro. Tenía miedos porque es un tema delicado y nunca he expresado mi opinión en público, y eso me daba mucho respeto. He intentado aportar mi perspectiva sobre el conflicto, mi punto de vista y creo que lo he conseguido. Pienso que cada uno de nosotros ha aportado su granito de arena y que cada uno tiene su punto de vista. Todos hemos aprendido de todos, y yo, Naren, he aprendido de ti que estos problemas de violencia no suceden sólo aquí, sino que, en otros países, como tú bien has relatado, en India y en Estados Unidos, también pasan. Y que, aunque el motivo, el por qué y el fin de la violencia sean distintos, al final las consecuencias son similares, un país dividido y conflictivo.

Espero que algún día podamos desvirtualizarnos y conocernos en persona, Naren. Sería un placer conocerte y poder discutir sobre estos asuntos cara a cara.

Eskerrik asko denagatik

*Begirunez,
Zuriñe*

Capítulo Cinco: Acompañantes

**Luisa Etxenike, Iñaki García Arrizabalaga,
Cristina Ortiz-Ceberio, Esther Pascual y Txema Urkijo**

Luisa Etxenike

Carta abierta a los jóvenes vascos y estadounidenses que participan en el proyecto *Cartas transatlánticas: Jóvenes en diálogo sobre la violencia y la convivencia social en Euskadi y en EE. UU.*

Queridos **Rachel, Unai, Naren, Zuriñe, Lucas, Paula, Naiara, Pablo:**

Me alegro mucho de la posibilidad de participar con vosotros/as en este intercambio intergeneracional y transoceánico que le da todo su sentido a las reflexiones que quiero compartir aquí, y que voy a empezar con el recuerdo de un domingo de elecciones en San Sebastián.

Yo iba andando hacia el colegio electoral en el que me correspondía votar y pasé delante de una de las vallas publicitarias destinadas a la propaganda electoral, y vi el «espectáculo» habitual, la escena que durante decenios ha acompañado en Euskadi la expresión del voto democrático de los vascos. En esa valla sólo quedaban algunos carteles intactos. Otros —esencialmente los que correspondían al Partido Socialista de Euskadi y al Partido Popular— habían sido arrancados parcial o casi totalmente, invalidando así su mensaje. Todos habían sido de ese modo profanados —y elijo a conciencia este término porque también hay cosas que son laicamente sagradas y el ejercicio del voto para mí lo es—; todos con excepción de uno en el que aún se veía perfectamente clara la imagen de la candidata del Partido Popular, y también se veía con toda claridad la razón por la que habían decidido mantenerlo entero los mismos que habían arrancado el resto: y es que esa mujer del cartel llevaba bien dibujada, en la parte alta de su rostro, una diana.

Con esas imágenes en mi cabeza fui ese domingo a votar, e igual que yo, muchos de mis conciudadanos. Porque los vascos hemos vivido

así, y elegido a nuestros representantes en ese ambiente, con espectáculos como éste, durante casi cuarenta años. Y escojo ese día y esas imágenes para iniciar estas reflexiones porque me parecen particularmente elocuentes de lo que ha significado el terrorismo en Euskadi: un atentado brutal y constante a la democracia, a la expresión política plural de la sociedad vasca.

El terrorismo asesinó, amenazó, amedrentó a representantes políticos de los vascos; y a nuestros profesores, periodistas, jueces, empresarios; y a otros miembros de la sociedad civil y también de las fuerzas de seguridad, para tratar de amordazar la coralidad política de la sociedad vasca; para imponer una única voz: la suya y la de los suyos.

Por eso me parece no sólo inexacto sino profunda, radicalmente injusto calificar lo sucedido en Euskadi de «conflicto». No hubo tal conflicto, no hubo dos bandos enfrentados —vascos contra españoles, por ejemplo; o una idea de país contra otra. Lo que hubo fue una sociedad vasca trabajando para construir primero y desarrollar después una convivencia democrática; y un grupo terrorista tratando de impedirlo mediante el crimen, la extorsión, la amenaza, la obstaculización —como en el ejemplo que citaba al principio— de un debate público libre, abierto y plural.

Y quiero recordar ahora, entre tantos cientos de víctimas, a José Luis López de la Calle, un periodista asesinado por expresar en un diario sus opiniones. ETA lo mató a tiros, un domingo por la mañana, cuando volvía a su casa después de desayunar y comprar los periódicos. Llovía. Creo que considerar que lo que sucedió en Euskadi fue un «conflicto» significa haber olvidado muchas cosas, también la distancia que separa una pluma de escribir o un paraguas, de una pistola.

ETA estuvo atacando nuestra democracia durante casi cuarenta años. Y tampoco olvido que durante ese tiempo también actuaron, entre otros grupos criminales, los GAL (de 1983 a 1987) ni que se produjeron abusos y violencias policiales. Las considero otras tantas profanaciones de la democracia, otros tantos ataques intolerables a los más fundamentales derechos humanos. En eso se parecen al terrorismo etarra. Pero también se distinguen de él, y la diferencia fundamental está en el apoyo social. No he visto jamás una pintada pidiendo «GAL más metralleta». Nunca he visto por ninguna de nuestras calles concentraciones o manifestaciones de personas pidiendo algo parecido o reclamando torturas policiales. No he conocido a nadie que haya expresado ni privada ni públicamente su adhesión a esas prácticas inaceptables. Lo otro sí me ha tocado verlo: infinidad de pintadas y pasquines en favor de ETA o conteniendo amenazas de muerte; o a miles de personas manifestando por las calles, y desde allí gritos de «Gora ETA militarra»

o «ETA más metralleta»; es decir, me ha tocado ver a personas que le pedían a ETA que eliminara a conciudadanos, a convecinos suyos. Sin el apoyo de esa parte de la sociedad, expresado en multitud de ayudas y complicidades, también logísticas y materiales, el terrorismo no hubiera podido mantenerse tanto tiempo.

Todo eso pasó. Y ahora nos corresponde elegir las palabras justas para contar, contaros, lo sucedido. Palabras sinceras, sin rincones ni escondrijos donde agazaparse y favorecer así el confusionismo o la falsificación o la ambigüedad. Porque sólo el vocabulario justo para el pasado nos permitirá decir sincera, decentemente el presente y proyectar el futuro. Todos los enemigos de la democracia se atacan al lenguaje; todos intentan retorcer el sentido de las palabras, hacerles decir lo que no dicen. Y no necesitamos acudir a 1984 de Orwell para comprender los destrozos de la *Newspeak*, de la sustitución del vocabulario real por uno «ficticio», moldeado de acuerdo con los intereses del poder, de cualquier poder. Nos basta con acercarnos a noticias del presente. A las imágenes todavía frescas del asalto al Capitolio de los Estados Unidos, que nos han estremecido como todo lo que ataca a los símbolos y fundamentos de la democracia; como todo lo que hace tambalearse lo que creíamos definitivamente adquirido, invulnerable en su firmeza y rotundidad. Recordaremos sin duda esos últimos momentos de la presidencia de Donald Trump. Pero tampoco tenemos que olvidar que esa misma presidencia se inauguró con una manipulación del lenguaje; con los lamentablemente famosos *alternative facts*, hechos alternativos, acuñados por la consejera presidencial Kellyanne Conway para encubrir declaraciones simplemente falsas del secretario de Prensa de la Casa Blanca, Sean Spicer. Y que esa presidencia siguió manifestándose demasiadas veces así, en bulos y otras falsificaciones del discurso.

A las palabras hay que mirarlas de frente, lo sabemos bien los escritores; no asustarnos de lo que pueden decir, sino de lo que consiguen, cuando son usurpadas, disimular, acallar, mantener en la sombra. La democracia es entonces para mí un vocabulario justamente elegido, y los actos que acompañan, también cabalmente, esa elección. Y por eso creo que tenemos que interrogar a conciencia los términos que se están imponiendo como «ineludibles», en el relato de lo sucedido en Euskadi. Además de «conflicto» al que ya me he referido, términos como «reconciliación» que personalmente tampoco considero justo, porque de nuevo parece remitir a bandos enfrentados. O como «justicia restaurativa» que entiendo que no debería ser central en el debate político, en la medida en que fundamenta su enfoque en una casuística personal y/o privada, insuficiente, a mi juicio, para sentar las bases de una nueva convivencia social.

Lo que considero justo es que quienes causaron el daño asuman de manera explícita y manifiesta su responsabilidad; y suscriban un nuevo pacto con los valores democráticos que abandonaron; un nuevo compromiso, perfectamente reconocible también, en la práctica diaria de la vida política y social. Lamentablemente no hemos alcanzado aún esa meta. En el entorno de la izquierda abertzale queda aún mucho camino ético-democrático que recorrer. Y recojo, porque son particularmente elocuentes e inquietantes viniendo de una dirigente política, las recientes declaraciones de Maddalen Iriarte, portavoz de EH Bildu en el Parlamento Vasco, en las que afirma que «el daño causado por ETA está reconocido. Justo o injusto... Aquí cada uno tendrá su relato». No puedo sino rebelarme enérgicamente contra la posibilidad, contra el simple enunciado, de un relato que considere justo el daño causado por ETA, o compatible con el respeto de la democracia.

Lo que hace falta en cualquier sociedad es una adhesión unánime —o tan inmensamente mayoritaria que lo parezca— a esos valores democráticos. Sin renuncia a las ideas de cada uno; y con valentía. Y en Euskadi o en los EE. UU., eso pasa porque todos encaremos nuestras responsabilidades, miremos lo hecho mal y lo rectifiquemos. Y aprendamos de lo hecho bien, y persistamos en ello. Y hay una forma de hacer mal que pasa por no hacer nada. Porque el terrorismo habla de sí mismo cuando ataca, pero también de la sociedad en la que actúa. Y gran parte de sociedad vasca miró, durante mucho tiempo, para otro lado o no miró lo que estaba pasando a su alrededor; no tendió la mano a las víctimas del terrorismo. Y gran parte de la sociedad estadounidense también mira para otro lado o no mira lo que allí sucede cada día; ni tiende la mano a tantas víctimas de discriminaciones, exclusión y violencia. Y quiero recordar estos versos del poeta irlandés Seamus Heaney, que en *Cassandra*, uno de los poemas que integran *Mycenae Lookout* dice: «*No such a thing as innocent bystanding*³». Lo comparto. No hay inocencia en la pasividad; indignarse no basta. Sólo hay moral y justicia en los actos, en los gestos propios.

Las democracias siempre son perfectibles; eso nos obliga a perfeccionarlas. Las democracias nunca están a salvo (no olvidaremos el atril de la Presidenta del Congreso de los EE. UU. profanado y paseado entre gritos como un trofeo), por eso defenderlas y hacerlas crecer es una tarea permanente, de todos y todas. Si queremos un mundo más justo, tenemos que ser más justos nosotros. Si queremos un mundo más solidario, multipliquemos nuestros gestos de solidaridad. Si queremos

³ «No existe tal cosa como un espectador inocente».

erradicar la violencia, tenemos que dejar de ser, en lo pequeño y en lo grande, violentos. Y lo mismo con el respeto, la tolerancia, la capacidad para asumir los retos de la alteridad y la diferencia. «*I can't believe what you say, because I see what you do*»⁴, escribió James Baldwin. Las democracias no se dicen, se hacen; y en cualquier caso se intentan, no se dejan de intentar, insisto, con gestos propios.

Estas reflexiones mías acompañan las vuestras sobre los mismos temas; adquieren así, como os decía al comienzo de esta carta, todo su sentido; y además una textura de emoción y responsabilidad muy valiosa para mí. Porque, aunque el presente nos pertenece a todos por igual, el pasado no. Vosotros no tenéis, como mi generación, una memoria de primera mano de lo ocurrido en Euskadi durante los años del terrorismo. Se trata entonces de transmitir, de pasar de una generación a otra lo que sucedió. Es una empresa fundamental, porque la memoria es el cordón umbilical a través del que el presente se nutre del pasado. Y en función de cuáles sean esos «nutrientes» que recibe, estará mejor o peor, más sana o tóxicamente, alimentado.

El presente de la democracia pasa, como decía hace un momento, por transmitir con un léxico fiable, sincero, lo sucedido. La verdad es compleja, muchas veces difícil de abarcar en todas sus facetas. La sinceridad en cambio es muy simple, significa sencillamente no mentir. Lo que nos corresponde entonces es contar como cierto lo que sabemos ciertamente. No contar como cierto aquello que sabemos que no lo fue. Y no confundir o disimular la responsabilidad de quienes ejercieron la violencia contra otros, ni la de sus colaboradores y cómplices. Y promover el conocimiento, interrogando, investigando, sacando a relucir. Y elegir qué entregar a las siguientes generaciones, qué entregaros; y qué dejar atrás, sin transmisión, sin cruce de fronteras.

En «La noche del búho», uno de los poemas de la colección *El fénix mortal* —el título es ya una maravillosa declaración de principios— el poeta palestino Mahmud Darwix se pregunta: «¿De verdad es mi padre ese tipo que me hace cargar con el peso de su historia?». Lo tengo siempre presente como un faro. Pienso que tenemos que transmitir la historia, pero no el peso de la historia. Es más fácil escribirlo aquí que hacerlo, pero tiene que ver, a mi juicio, con cerrarles el paso a las heridas y que no puedan cruzar las fronteras intergeneracionales. Las heridas deben quedarse en la generación que las ha sufrido e infligido. A las siguientes hay que legarles sólo las cicatrices que no causan dolor ni alientan infecciones. Heridas no, cicatrices sí, porque una piel lisa, sin

⁴ «No puedo creer lo que dices, porque veo lo que haces».

huellas, tampoco sería justo ni útil para vosotros, los más jóvenes. Las heridas le pertenecen a la experiencia; las cicatrices son esa experiencia convertida en conciencia, es decir, en voluntad social de que lo sucedido no suceda de nuevo, nunca.

Tenemos, insisto, que transmitir la historia, pero no el peso de la historia; cada uno desde sus posibilidades y desde sus tribunas: políticas, académicas, artísticas, íntimas. Cada uno desde sus convicciones, que no deben convertirse en coartadas para el confusionismo, la ambigüedad, la elusión de responsabilidades. Transmitirla con palabras sinceras, claras, justas. Y por eso, para terminar, quiero expresar con claridad mi posición sobre otro punto íntimamente conectado con lo ocurrido aquí: no creo que la palabra «pueblo» deba centrar en ningún momento el debate democrático; porque en las democracias no hay pueblos, en las democracias hay sociedades, integradas por ciudadanos/as diferentes pero iguales en lo esencial que tiene que ser el reconocimiento y el ejercicio de sus derechos. No puedo olvidar que en Euskadi algunos han matado invocando al «pueblo» vasco. Pues quiero decir que también me rebelo contra esa adscripción; se rebela contra ella mi íntima condición de vasca. Porque mis apellidos tienen un origen geográfico y he nacido en San Sebastián, pero no pertenezco a ningún pueblo. Soy una ciudadana vasca porque vivo en Euskadi que es mi casa; y una ciudadana española porque vivo en España que es mi casa; y una ciudadana europea porque vivo en Europa que es mi casa también. Y aspiro a ser igualmente ciudadana de una casa mucho más amplia; de esa sociedad planetaria que nos atribuye a todas/os la misma documentación de humanidad, los mismos «papeles» de derechos y deberes humanos.

Luisa Etxenike

Iñaki García Arrizabalaga

La convivencia será siempre una tarea inacabada

Queridos **Lucas, Naiara, Naren, Pablo, Paula, Rachel, Unai y Zuriñe:**

Os confieso que reflexionar y escribir sobre los retos que plantea hoy en día la convivencia social a jóvenes de unos veinte años no es para mí una tarea fácil. No lo es porque, aunque yo no lo quiera, las experiencias vividas por mí cuando era joven y tenía más o menos esa edad reclaman su legítima presencia, a modo de entorno condicionador, para mediatizar mi reflexión. Mi padre fue asesinado por una organización terrorista vasca cuando yo tenía 19 años y era estudiante universitario como vosotros, los auténticos protagonistas de este libro. Yo era un joven que, supongo, como todos a esa edad, quería vivir y disfrutar de la vida, pero también quería cambiar el mundo y construir una sociedad mejor. Y, de repente, de la noche a la mañana, me di cuenta (me hicieron darme cuenta) de que el suelo que pisaba se desvanecía, que ya no iba a disfrutar de nada, que ya no merecía la pena cambiar ni construir nada, que no había esperanza, que no había futuro, que no había luz. Simplemente, ya no había nada. En pocas palabras: la violencia terrorista me robó la juventud. Por eso, me da mucho reparo y pudor irracional hablar a gente de vuestra edad. Y, sin embargo, mi actividad laboral como profesor me hace estar en contacto diario con jóvenes de 19 a 22 años. Pero no es lo mismo hablarles de marketing o de investigación de mercados que de violencia terrorista y convivencia, aunque en honor a la verdad he de decir que en las muy contadas veces en que lo he hecho me he sentido muy cómodo y su interés, empatía, respeto y ganas de aprender sobre su pasado reciente me han dejado muy gratamente sorprendido.

El mensaje central que me gustaría trasladar a vuestra generación es que seáis conscientes de que la convivencia social, como la democracia en general, no se construye ni se defiende sola, por suerte de una especie de inercia natural o mandato divino. La convivencia la construyen (y la destruyen) las personas con sus actos, con sus acciones y sus omisiones de acción. Por eso, tenéis que saber que la convivencia será lo que vosotros queráis que sea, aquello por lo que trabajéis para que sea. Como dice el título de esta carta, la convivencia será siempre una tarea inacabada, en permanente construcción.

A mi generación le toca transmitir un mensaje claro que, paradójicamente, no supimos entender ni aplicar: que reconocer y asumir la dignidad de todo ser humano, y apostar por el valor de la palabra para resolver los problemas que puedan aparecer, son el mejor cimiento para asentar la convivencia social. En este sentido, vosotros sois más afortunados, porque, aunque sea tímidamente, el sistema educativo ha comenzado a introducir estos valores en algunos módulos de educación para la paz y la convivencia. Para nosotros estos temas eran tabú. Cuando yo tenía vuestra edad, hablar de ellos en los centros educativos era, en el mejor de los casos, ciencia ficción. Pero lo más normal es que se vieran como una provocación, como ganas de sembrar discordia, confrontación y tensión. «De esos temas no hay que hablar», solían decir. Ya veis: hablar de la dignidad del ser humano aquí estaba vetado. Podíamos hablar de la Guerra de Vietnam, del Mayo del 68 francés o de la Primavera de Praga, pero no de lo que pasaba delante de nuestras narices. Este libro, que es una incitación a la paz y a la convivencia, no se habría entendido así hace cuatro décadas, cuando asesinaron a mi padre. Este libro no existió hace cuatro décadas porque era imposible que surgiera entonces.

Permitidme que me extienda en el desarrollo de ese cimiento que mi generación no supo interiorizar para construir una convivencia social digna. Reconocer y asumir la dignidad de todo ser humano es un mensaje tan básico que produce vergüenza recordarlo. Y, sin embargo, ¡qué necesario es!, ¡qué auténticamente revolucionaria es su puesta en práctica! Lo revoluciona todo, es radical —en el sentido de que va a la raíz de las cosas— y lo cambia todo. Asumir ese principio significa reconocer que no existe justificación alguna para la utilización de la violencia como instrumento para obtener beneficios del tipo que sean a costa de los demás. Por eso, os pido que nunca banalicéis o relativicéis el matar, secuestrar, torturar, extorsionar o amenazar, porque la dignidad de todo ser humano es un absoluto que no admite matices ni relativizaciones. Permitidme que os dé un dato. Ahora, en enero de 2021, estoy participando en una investigación sobre el interés y la opinión de la ju-

ventud vasca (18 a 25 años) acerca de la violencia y el terrorismo vividos en Euskadi en las últimas décadas. Los resultados preliminares indican que, todavía en 2021, un 14% de los jóvenes vascos encuestados están de acuerdo en que la existencia de ETA estuvo justificada y otro 28% adicional aún no tiene claro si sí o si no. Fijaos si queda aún camino por recorrer para deslegitimar lo que es injustificable. Y me pregunto y os pregunto: ¿cómo hacer ver a esos jóvenes de hoy en día que, por ejemplo, el asesinato no es ninguna banalización del mal, sino que es un acto irreversible contra lo absoluto de la dignidad humana? ¿Cómo podemos hacer interiorizar a estos jóvenes la base ética de mínimos que les haga comprender que todos esos actos han sido, son y serán, sencillamente, inadmisibles, insoportables e injustificables? No lo sé. No tengo respuesta. Es como hablar del amor a alguien que nunca ha estado realmente enamorado. Nunca lo entenderá hasta que se enamore de verdad. Hay cosas que o se viven y se sienten o no se podrán entender nunca. Pero, como os he dicho, aunque sea contra viento y marea, hay que defender el absoluto de la dignidad humana, porque la tendencia de personas individuales, de grupos políticos organizados o de gobiernos enteros es considerarla como mero instrumento al servicio de sus pretensiones políticas. Desgraciadamente, los ejemplos sobre esta tendencia abundan por doquier. Os pido que nunca os acostumbréis a ellos como «hechos normales» del paisaje de la convivencia, que nunca bajéis la guardia para rebelaros contra estas injusticias. Recordad siempre lo que dijo Ana Frank: «Lo que sucedió no puede deshacerse, pero podemos impedir que vuelva a repetirse».

Estad vigilantes y sed activos y activas, porque la convivencia tardó mucho en cimentarse, pero aún es frágil y algunos pueden descubrir que cuesta muy poco desmoronarla. Habrá, porque siempre los ha habido, quien mire para otro lado. Gente socialmente egoísta que solo quiere oír hablar de sus derechos y libertades, pero que no quiere ningún compromiso en su conquista y asentamiento, gente que piensa que la libertad y la democracia llegaron de manera automática, en paracaídas. Ser joven, en este sentido, lo concibo como antitético a ser egoísta desde un punto de vista social. Si uno no tiene ganas de cambiar el mundo cuando es joven, ¿qué nos queda entonces? Si algún día sentís que lo que hay ya os satisface y os deja conformes, si creéis que ya todo está bien y no hay nada más que hacer o mejorar, sacudíos la pereza y pellizcad vuestras conciencias, porque la convivencia es una tarea que nunca termina y solo se mejora con más democracia y más libertad ejercida responsablemente.

Os pido también que para construir y defender la convivencia social no caigáis en la trampa de creer que lo que os toca ahora a vosotros es

el «borrón y cuenta nueva», actuar como si nada hubiera pasado en las últimas décadas, una especie de amnesia colectiva. Y si lo hacéis, porque socialmente es una propuesta que existe y que tiene buen marketing, entonces eso no será más que la negación de una parte importante de vuestra propia realidad, de la que provenís. La negaréis, pero seguirá estando ahí. Sois los herederos de la situación que os hemos dejado. Debéis ser inquietos por aprender qué hicimos mal y no cometer los mismos errores. De nuevo la inercia natural es aquí la de olvidar y «pasar» de todos estos temas, porque uno prefiere la vida fácil y cómoda. Eso es pan para hoy, pero hambre para mañana. Si realmente queréis aprender a no repetir nuestros errores, si queréis aprender de ellos para construir vuestro futuro, entonces no debéis olvidar lo que ha sucedido en este país. El olvido es algo que como sociedad no podemos permitirnos y que como generación tenéis que combatir. El olvido cierra las heridas en falso y es una base podrida sobre la que no podréis construir ninguna convivencia estable y duradera. Por eso os animo a plantear en positivo el tema de la memoria, como algo a construir, como un derecho que os corresponde como parte de vuestra condición de ciudadanas y ciudadanos libres. Un derecho al que todos estáis convocados, con responsabilidad hacia el futuro, para ejercerlo y preservarlo. Este gesto de no olvidar, de memoria, es, además, un sencillo homenaje a las víctimas del terrorismo, para las que, si el asesinato supuso su muerte, el olvido es ya su muerte total. Ya sé que esta empatía con las víctimas, con quienes han sufrido, no es un ejercicio fácil. Las víctimas nos recuerdan lo que ha pasado. Y os puedo asegurar que, en nuestro caso, es un pasado del que no nos sentimos orgullosos. Descubriréis, por ejemplo, la insensibilidad, la invisibilidad y la desconsideración, a veces extrema y humillante, con las que en demasiadas ocasiones esta sociedad ha tratado a las víctimas del terrorismo. ¿Cómo se puede entonces tener empatía, no perder la sensibilidad ante el dolor, reconocer a las víctimas si se renuncia, por acción u omisión, a conocer lo que ha pasado en nuestra historia reciente? Tenéis que ayudarnos a que, tras décadas de asesinatos, secuestros, torturas, amenazas, extorsiones y miedo, haya una idea vencida: la de pensar y practicar el principio perverso de que el fin justificaba los medios. No podemos cambiar el pasado, pero sí la valoración que socialmente hagamos de lo que nos ha pasado.

Y esa responsabilidad es nuestra. Creo que los que ya tenemos una cierta edad tenemos una responsabilidad y una obligación con nuestras hijas e hijos, que ya tienen vuestra edad, para explicarles, sin ningún rencor, lo que pasó, la historia que nos ha tocado vivir, un relato de nuestra historia reciente que incluya la perspectiva de las víctimas y

deslegitime para siempre la violencia como medio para la acción política. No soy ingenuo y tengo claro que, aunque todos en mi generación tengamos esa misma obligación, no todos tendrán que hacer para cumplirla el mismo recorrido, porque no todos somos igualmente responsables en lo que pasó. Pero ese es otro tema para otro libro

En cualquier caso, creo que todos —sí, todos— queremos liberaros de esa pesada carga que a nosotros nos ha tocado llevar, para que podáis ser libres y disfrutar de una convivencia social digna.

Queridos Lucas, Naiara, Naren, Pablo, Paula, Rachel, Unai y Zuriñe. Termino ya. No os conozco en persona, pero os doy las gracias por todo lo que la lectura de vuestras reflexiones me ha inspirado y me ha hecho sentir. Deseo que seáis felices y encontréis vuestro lugar en el mundo para que, desde él, podáis contribuir a mejorar el de los que vengan detrás vuestro.

Un fuerte abrazo a todas y a todos.

Iñaki

Cristina Ortiz-Ceberio

A los alumnos de las universidades de Dartmouth y Deusto:

Agradezco la oportunidad que me han brindado Annabel Martín y María Pilar Rodríguez de participar en este proyecto permitiendo unir mi voz a este puente transatlántico que vuestra correspondencia y vuestro intercambio de ideas están tejiendo. Precisamente esta red de interconexiones que vuestras palabras y reflexiones hilvanan, la vinculación de experiencias y circunstancias dispares que detalláis en vuestras cartas, así como la atención que mostráis en vuestros textos hacia los argumentos de unos y otros, son, en mi opinión, la mejor manera de abordar el tema que nos ocupa, la violencia y la posibilidad de la convivencia, quizá no ya para llegar conclusiones rotundas y definitivas, pero sí para dejar constancia de que el mejor antídoto, el más irrefutable, contra la violencia es precisamente ir al encuentro del otro o de los otros con el fin de reconocer nuestra condición común. Como menciona Rachel en su carta, «violence relies on alienation». Efectivamente, la violencia es el enemigo de esta disposición de apertura hacia el otro; aniquila y niega, pero su alcance va más allá del acto violento ya que impide profundizar críticamente y sentirnos conectados, cercena puntos de vista en base a la creencia en el valor unilateral y supremo que tiene una idea por encima de todas las demás e incluso por encima de la vida. Por eso, «una dictadura que no haga uso de la violencia resulta impensable e insostenible» (Zweig, p. 29). Es por ello que la violencia desafía en última instancia el pluralismo que nos constituye, tanto a las personas como a las sociedades.

Sin embargo, contribuir al diálogo ante un tema tan complejo y estudiado como la violencia plantea también de entrada luchar contra la inercia del pensamiento para evitar caer en lugares comunes o en generalizaciones abstractas. En su introducción a la primera edición de *Los Orígenes del To-*

talitarismo, Hannah Arendt nos pone sobre aviso sobre este peligro: tratar de «comprender» la naturaleza del mal mediante abstracciones puede tornarnos insensibles a la especificidad de lo real⁵. Como antídoto contra este riesgo, la filósofa alemana plantea que el pensamiento debe hundir sus raíces en «el impacto de la realidad y en la conmoción que provoca la experiencia» (Arendt, p. viii). Es por eso que no nos podemos servir del esfuerzo intelectual exclusivamente, sino que también hemos de sentirnos intrínsecamente afectados, conmovidos por una realidad cuya complejidad que, a veces, no nos sea del todo comprensible. La implicación emocional en este tema es tan importante como la racional. Como resume la filósofa Victoria Camps: «no basta conocer el bien, hay que desearlo; no basta conocer el mal, hay que despreciarlo» (p. 21). Al mismo tiempo, intentar descifrar las claves de la violencia supone adentrarse en un interrogante humano que va más allá de nuestra realidad inmediata y nos traslada a un desafío moral en el que nos debatimos entre la luz y la oscuridad, en el que es imposible no sentir, en algunos casos, que caminamos sobre arenas movedizas, entre la confusión y las dudas. Las preguntas que contienen vuestras cartas recogen este conflicto: ¿Son todas las violencias iguales? ¿Está justificada la violencia en determinados contextos? ¿Cómo alcanza una sociedad la convivencia pacífica después de un periodo de violencia? ¿Cuáles son las bases que posibilitan la construcción de la convivencia? «Imagínate acabar como Sócrates y que tu conclusión sea que solo sabes que no sabes nada» expresa Naiara con franqueza. Sin embargo, ante estos interrogantes también debemos preguntarnos: ¿existe tarea más importante? En el contexto de Euzkadi, por ejemplo, el silencio ante estos temas, la falta de debate, la indiferencia incluso, han sido durante mucho tiempo la respuesta habitual ante una situación de violencia que minó el tejido social y la convivencia. Recientemente un profesor de Ciencias Políticas de la Universidad del País Vasco ha realizado un estudio que prueba que diez años después de que ETA haya dejado de matar, todavía existe un número importante de jóvenes entre 20 y 25 que prefieren eludir hablar de ese pasado violento. Es más, muchos adolescentes vascos entre 15 y 18 ni siquiera saben qué fue ETA⁶. El silencio, la renuncia a debatir, el no querer hablar, es un lastre de enormes

⁵ «The conviction that everything that happens on earth must be comprehensible to man can lead to interpreting history by commonplaces. Comprehension does not mean denying the outrageous, deducing the unprecedented from precedents, or explaining phenomena by such analogies and generalizations that the impact of reality and the shock of experience are no longer felt» (viii).

⁶ «Se mantiene un halo de silencio y de prevención. Hay mucha gente que mide mucho y toma muchas medidas de precaución. Y es curioso, porque ellos no han vivido los peores años de la ruptura de la convivencia, aunque sí han recibido un mensaje de 'Ojo, este tema tensiona y es mejor evitarlo». Ordaz, Pablo «La ficción conduce a la memoria».

repercusiones para una sociedad en un contexto de post-violencia, ya que, entre otras cosas, impide caminar juntos hacia una reconciliación.

Las reflexiones sobre la violencia que aquí comparto están ancladas en mi experiencia personal, siendo una persona que ha pasado una parte importante de su vida yendo y viniendo de un lado al otro del Atlántico y viviendo una especie de trashumancia que me ha permitido, como a los padres de Lucas⁷ y otros emigrantes, sentirme de una y de muchas partes a la vez. Tengo mis afectos repartidos entre varios espacios geográficos, y circunstancias muy diversas componen mi mapa emocional. Sin embargo, un espacio en el que me siento como pez en el agua es en el aula. En la clase entiendo mi tarea como la de una incitadora, más que otra cosa. ¿Incitación a qué?, os podréis preguntar. Pues a hacer que mis estudiantes abandonen la peligrosa indiferencia; esa indiferencia «que nos conforma como consumidores-espectadores de lo real» (Garcés, p. 98) y que nos aleja de ser sujetos comprometidos. No diré aquí que lo consigo todas las veces, pero sí que me empeño en el intento. Ya desde Aristóteles la educación ha estado vinculada a un compromiso ético y, por ello, se le atribuye generalmente un papel importante en dar solidez a la vida civil formando a ciudadanos críticos. Pero obvia decir que esto no es siempre así: muchas veces es precisamente en las aulas donde más rápido se huye de pensar, abandonando esa incertidumbre que provocan los temas controvertidos; es más, el actual declive del estudio de las humanidades en favor de una educación más utilitarista es, en mi opinión, un buen ejemplo de esta renuncia.

Mi educación sobre la violencia no se dio en las aulas (o no totalmente). Mi infancia transcurrió en el País Vasco durante la dictadura franquista y, como la de muchas personas de mi generación, crecí escuchando historias susurradas a media voz sobre la Guerra Civil y la postguerra: relatos que hablaban de gente enterrada viva, de «paseillos», de delatores dispuestos a dar el nombre de un vecino por venganza personal o para quedarse con algo que no era suyo. Unas eran historias de violencia y terror; otras, de ingenio humano para luchar contra un hambre y una escasez infinitos. Esas historias nunca iban dirigidas a los niños, al menos no en mi caso; eran relatos de adultos, «cosas de mayores» se decía entonces, a través de las cuales los supervivientes de esa guerra exorcizaban el dolor que les producían sus recuerdos y dejaban fuera del círculo de sus confesiones a los niños.

⁷ Lucas, estudiante de Dartmouth College, se pregunta en su carta: «¿Qué sucede cuando las personas comparten un sentimiento de pertenencia a más de un lugar?».

Yo, sin embargo, de niña tenía una gran capacidad para hacerme la «invisible» y, pretendiendo jugar, como quien no quiere la cosa, escuchaba esas historias que, sin ir dirigidas a mí, me hicieron enfrentarme desde muy temprana edad al terror de descubrir que ejercer la crueldad más descarnada contra otro ser humano parecía formar parte de la naturaleza humana. ¿Quién o quiénes tenían esa semilla del mal en su interior? ¿Yo misma? ¿Cómo reconocerla? ¿Cómo combatirla? El siguiente paso en este aprendizaje sobre la barbarie me lo brindó ETA, que comenzó matando en ese clima de oscuridad y de miedo que para muchos de nosotros fue la dictadura franquista y no paró hasta el año 2011, cuando la organización anunció su «cese definitivo de la lucha armada». Sin embargo, como a tantos otros, a mí también las acciones de ETA me parecieron durante algún tiempo el único combate posible que se podía entablar contra una dictadura cruel e injusta como la franquista. El primer asesinato de ETA del que tengo plena conciencia, con apenas cinco años, fue el de Melitón Manzanos. A este se sucedieron otros, incluido el de Luis Carrero Blanco, mano derecha de Franco, para cuyo asesinato se compuso una canción que entonábamos y bailábamos en las fiestas populares y que cualquier persona del País Vasco de mi generación todavía podría tararear. Así, según iba creciendo en ese contexto, me iba conformando un universo de buenos y malos convencida de que ETA lo que hacía era ponerle a Franco las cosas más difíciles para darle continuidad a su régimen autoritario. No imaginaba que ETA se convertiría en la nueva cabeza del monstruo y que, con la llegada de la democracia, seguiría secuestrando, extorsionando y matando más, mucho más. Como es sabido, ETA asesinó a más personas durante los años de democracia que durante la dictadura, llegando a atentar incluso contra gente que luchó contra el régimen franquista y estuvo en sus cárceles cuando los que apretaban el gatillo aún no habían nacido. Y es que cuando se justifica utilizar la violencia como medio para cambiar una situación injusta lo que no se suele contemplar es que las cosas acaben escapándose de las manos. ¿Pero no será que es intrínseco a la violencia precisamente «escaparse de las manos»?⁸ Ese sentido de crisis profunda que lo corroe todo es el que acompaña siempre al ejercicio de la violencia. Otro ejemplo: que el Estado español decidiera responder a las acciones de ETA «con su propia medicina» generando una «guerra sucia» mediante su apoyo al GAL, no ayudó a terminar con

⁸ «What if violence is precisely the kind of phenomena that is constantly “getting out of hand”?» (Butler, p. 15)

ETA, sino que contribuyó a erosionar la credibilidad del sistema democrático. Algo similar hemos visto suceder recientemente en Estados Unidos. Las imágenes de un policía presionando con su rodilla el cuello de George Floyd inmovilizado hasta causarle la muerte por asfixia, mientras otros policías observaban semejante atrocidad sin intervenir, fue una manifestación del efecto real que conlleva la apuesta por la violencia: el alcanzar la barbarie y la inhumanidad más absoluta. El silencio y la falta de intervención ante tal atrocidad nos hace cómplices. Como señaláis muchos en vuestras cartas, es imposible observar esas imágenes de violencia repetidas en la televisión una y otra vez sin resquebrajarse, sin pensar cuál puede ser la respuesta apropiada ante tanta injusticia. Lamentablemente no fue un acto aislado, ni nuevo. En 1991 también vimos en televisión las imágenes grabadas por un transeúnte en las que Rodney King era apaleado repetidamente por la policía mientras estaba esposado y en el suelo. La raíz de este problema no es solo policial. Ahí están las muertes de Treyvon Martin o Ahmaud Arbery y tantos otros para recordarnos que las raíces del odio racial son profundas e ideológicas. No obstante, es Martin Luther King Jr. el que nos recuerda que la opción que tenemos ante la injusticia no es elegir entre el uso de la violencia o la no violencia, sino el dilema es optar entre la no violencia o dejar de existir⁹. Y es que aceptar la violencia como herramienta de cambio social, instrumentalizar la violencia o justificarla para cualquier fin, sea político o de otra naturaleza, significa aceptar sus consecuencias más perversas, esas que se producen al deshumanizar al contrincante. Y eso, como señala Martin Luther King Jr., supondría perder nuestra humanidad. Porque ¿en qué concepción del mundo se ampara la violencia? La violencia se basa en una lógica unilateral, monolítica y cerrada en base a la cual el «yo» (o aquellos que considero «como yo», o «los míos» o «los idénticos») se desliga de «el otro» (el diferente, la alteridad radical) hasta no encontrar reconocimiento alguno. Este pensamiento binario divide rigidamente el mundo en blanco/negro, amigos/enemigos, nosotros/los otros etc. De este pensamiento divisorio se desprenden la xenofobia, el racismo, la violencia contra las mujeres, la disciplina de los cuerpos y todas las formas de violencias utilizadas para mantener un/el orden, un/el poder mediante métodos coercitivos y cuyas consecuencias no solo afectan a nuestra relación con los demás, con el mundo, sino que también trazan una frontera interna con nosotros mismos. Por este

⁹ Citado en Butler, Judith «The choice today is no longer between violence and non-violence. It is either nonviolence or nonexistence» (Martin Luther King Jr.).

motivo, después de Auschwitz, el filósofo Theodor W. Adorno instaba a «reorientar el pensamiento y la acción», es decir a buscar una nueva episteme que impidiera la repetición del horror vivido¹⁰. La reorientación del pensamiento significa reformular una forma de entender cómo se puede habitar el mundo de una manera radicalmente diferente. Durante los años más duros de ETA, los llamados «años de plomo», surgió en el País Vasco un grupo de personas que se negó a doblegarse ante el escenario de violencia que interpretaba nuestra realidad en clave bélica; con cada nuevo atentado, independientemente de quién lo hubiera cometido o contra quién se efectuara, contra viento, lluvia, y en muchas ocasiones, amenazas e insultos, se manifestaban en silencio durante quince minutos en lugares públicos, y con su silencio y su presencia no solo llegaron a convertirse en la movilización social más significativa contra el terrorismo en el País Vasco, sino que también dieron ejemplo de que se podía (y se debía) desafiar a la voracidad del odio que nos consumía como sociedad. Me refiero, por supuesto, al colectivo Gesto por la Paz. El silencio de sus concentraciones en realidad no era tal, sino que encerraba una gran pregunta lanzada al resto de la sociedad vasca y que se podía leer en sus pancartas: «¿Por qué no la paz?» (Gómez Moral, p. 14). Pese a su aparente sencillez, la pregunta señalaba un gran reto: la invitación a construir una realidad diferente, menos bárbara e injusta.

Superar las heridas de la violencia y recomponer una sociedad dañada por la misma supone apostar por la necesidad de una reflexión profunda cuyo resultado nos sitúe en esa «otra realidad», un lugar en el que el uso de la violencia no encuentre legitimación de ningún tipo; un lugar en el que nos percibamos como cuidadores, no como agresores. Quiero creer que la educación es la piedra angular que puede facilitar esa regeneración social. La educación debe entenderse no solo en relación a aquello que sucede en los centros de enseñanza; también es fundamental el papel de muchos otros agentes sociales, entre ellos, el de los artistas. Resulta crucial el rol que distintas manifestaciones artísticas, especialmente el cine y la literatura, están teniendo en el País Vasco para estimular el debate y combatir la desmemoria y la indiferencia hacia ese pasado violento. Los intentos de justicia restaurativa nos señalan también un camino. Pero son las personas jóvenes las que creo que, con sus cuestionamientos e interrogaciones, ponen en evidencia que este debate no está ni mucho menos clausurado y que debemos

¹⁰ Robles, Gustavo «Theodor W. Adorno: la crítica al sujeto después de Auschwitz» (p. 121).

continuar incidiendo en él. Por ello, os animo a seguir preguntando, debatiendo e imaginando nuevas y más justas maneras de estar en el mundo. En ese sentido, vuestras cartas son una bocanada de aire fresco y un paso en la buena dirección.

Cristina

Obras citadas

- Arendt, Hannah (1973). *The Origins of Totalitarianism*. Harcourt Brace.
- Butler, Judith (2020). *The Force of Non-Violence. An Ethico-Political Bind*. Verso.
- Camps, Victoria (2012). *El gobierno de las emociones*. Herder.
- Garcés, Marina (2013). *Un mundo común*. Bellaterra.
- Gómez Moral, Ana Rosa (2013). *Un gesto que hizo sonar el silencio*. Coordinadora Gesto por la Paz de Euskal Herria.
- Ordaz, Pablo. «La ficción conduce a la memoria» *El País* 19 de diciembre de 2020.
- Robles, Gustavo (2014). «Theodor W. Adorno: la crítica al sujeto después de Auschwitz» en *El sujeto en cuestión: abordajes contemporáneos* ed. Pedro Karczmarczyk. Buenos Aires: Facultad de Humanidades y Ciencias de la Información de la Universidad Nacional de la Plata.
- Zweig, Stefan (2010). *Castellio contra Calvino: Conciencia contra violencia*. Acantilado.

Esther Pascual

Queridas muchachas y queridos muchachos:

Es emocionante leerlos. Cada párrafo que habéis escrito está lleno de algo: de indignación, de rabia, de enfado, de dudas, de temores, de abismos y todo rezuma vida. Vida, porque en ningún momento os entregáis a la desesperanza, en ningún momento os rendís a la violencia que atrae la muerte y el sufrimiento sin pretenderlo muchas veces y que en multitud de ocasiones ha sido necesaria a lo largo de la historia.

Como bien sabéis, tuve el privilegio de ser la facilitadora de los primeros encuentros restaurativos entre víctimas y exmiembros de la organización terrorista ETA. Es precisamente desde esta posición, desde donde os quiero trasladar algunos pensamientos al hilo de vuestras reflexiones sobre la violencia y más en estos tiempos donde en occidente todo se está polarizando y las heridas que nunca se cerraron, enquistando. La mediocridad se ha instalado en la política a nivel mundial y solo podemos aspirar a tener gobernantes menos malos.

Tras las entrevistas preparatorias (antes del encuentro) con cada uno de los exterroristas había un pensamiento recurrente que no lo graba quitarme de la cabeza. Si yo hubiese nacido en los años 50 en una localidad vasca y hubiese vivido algunas de las vivencias que ellos narraban, ¿habría querido entrar en ETA?, ¿me habría atrevido a luchar de manera violenta contra la represión, la dictadura y en muchos casos contra la injusticia? Porque como bien decís, al principio, ETA como movimiento, luchaba por grandes ideales y muchos de los jóvenes que se unieron tenían una vocación muy clara y determinante afín a éstos.

Me veía a mí misma de joven, con un ímpetu irrefrenable por luchar contra la injusticia, contra los abusos, contra la desigualdad, etc., pero mi

«capital social¹¹» nunca me condujo por los caminos violentos, ni siquiera estaban dentro de mi mente como posibilidad de cambio. Pero, y si mi familia, mi entorno social y cultural hubiese sido otro, ¿me habría lanzado también a la lucha armada? Nunca podré decir que no con total seguridad. Nunca lo sabré. Porque el individuo no es siempre el mismo en todas las circunstancias y en todos los lugares. El individuo es y se comporta en función de su entorno y lo que le toca vivir. La realidad siempre es poliédrica y todo depende del lugar donde se mire, o mejor dicho, todo depende del dolor con que se mire. El ser humano puede ser capaz de lo mejor y lo peor a la vez.

Así que pensaba aliviada que menos mal que no había nacido allí en aquel momento. Esto también me llevó a pensar si me hubiese tocado vivir en la época de la guerra civil y de la segunda guerra mundial. ¿Qué habría hecho? ¿Habría tenido la valentía de unirme a la resistencia y luchar, o me habría quedado quieta, sumisa y mirando hacia otro lado? Es tan fácil desde la distancia en el tiempo a los acontecimientos históricos criticar o exigir de otros comportamientos heroicos sin sentir el miedo real que tuvieron que vivir.

Escuchar sus relatos, sus vivencias y sus sufrimientos me acercaron más a entender —que no justificar— la decisión de entrar en la organización. Si bien es cierto que poco tienen que ver los etarras de los años sesenta, con los de los años ochenta, noventa o los del año 2000. Los ideales por los que lucharon los primeros fueron enterrados con el paso del tiempo y la

¹¹ El concepto de capital social aparece y se explica en la *Teoría sobre el control social informal graduado por edades* de Sampson y Laub que se centra en dos cuestiones para explicar la delincuencia juvenil desde la criminología evolutiva: la falta de auto control y la falta de capital social. Según esta teoría las personas se abstienen de delinquir si se encuentran vinculadas a instituciones sociales. Esta vinculación hace que se ejerza un control social informal sobre los sujetos: cuanto más débiles sean los vínculos de un individuo con otros individuos y con instituciones sociales, más probable será que delinca. Naturalmente, no sólo el informal, sino que también el control social formal es relevante. Ahora bien, este control social depende de la edad de las personas. En la infancia y adolescencia, las instituciones determinantes para el control social de los individuos son la familia, la escuela, el grupo de pares y el sistema de administración de justicia juvenil. En el caso de los jóvenes adultos son otras instituciones de enseñanza superior o profesional, el trabajo y la pareja. En la edad adulta, las instituciones de control críticas son el trabajo, la vida en pareja o el matrimonio, la paternidad o maternidad, la inversión en la comunidad y el sistema de administración de justicia.

Los autores incorporan asimismo el concepto de capital social que ejerce junto a los controles sociales propiamente dichos, una función de control de la delincuencia. A lo largo de la vida de las personas, éstas llevan a cabo una serie de inversiones de naturaleza social: unas amistades, un buen trabajo, etc. El delito podría poner en peligro este capital social, motivo por el cual un capital social sólido tenderá a prevenir la delincuencia a nivel individual.

violencia descontrolada y sin sentido que ejercieron los etarras de los años posteriores, carentes en la mayor parte de los casos de un buen «capital social» ha sido el legado que han dejado: muerte, dolor y destrucción.

En las entrevistas preparatorias con cada uno de ellos pude entender cómo se convierte una persona en terrorista. Requiere todo un proceso. No se nace terrorista, no se nace para ejercer la violencia. La juventud, la rebeldía y la inconsciencia abren la puerta a entrar en la organización. Y una vez dentro, no hay marcha atrás. Adaptando el poema de Jaime Gil de Biedma «No volveré a ser joven»¹² a las palabras de algunos de los exterroristas sobre su vivencia personal quedaría así:

Que la organización terrorista iba en serio
uno lo empieza a comprender más tarde
como todos los jóvenes, yo vine
a llevarme la vida por delante.

Dejar huella quería
y marcharme entre aplausos
—vivir sin luchar, ni colaborar, eran tan solo
las dimensiones del teatro.

Pero ha pasado el tiempo
y la verdad desagradable asoma:
sembrar dolor, muerte y derrota,
es el único argumento de la obra.

Y así, sin poder ya dar marcha atrás y ante el miedo de que te maten a ti, si no matas porque ya estás dentro, empiezan a cosificar a la víctima para apretar el gatillo, eso sí, sin mirarles a los ojos y hacerlo con mayor facilidad. Porque la primera muerte cuesta, la segunda también, pero luego ya todo se torna en algo automático y tu mente justifica toda actuación violenta para poder seguir viviendo y matando. Hasta que estás encerrado en tu celda y en tu soledad durante años y empiezas a pensar que todo esto para qué. PARA NADA.

Sin embargo y a pesar de todo el dolor que habían sembrado, de todo lo que habían destrozado, me llamaba poderosamente la atención la humanidad que desprendían. ¿Cómo es esto posible? ¿Cómo alguien que ha asesinado a 5, 10 o 15 personas puede generar humanidad y compasión? Pues, mirándole a los ojos y escuchando su corazón verdaderamente arrepentido. Genera compasión el constatar que sufre

¹² *Poemas póstumos* 1968.

por lo que ha devastado, por lo que ha aniquilado, por el sufrimiento irreversible que ha generado. Ese arrepentimiento (aunque a muchos no les guste esta palabra) y reconocimiento del daño sin justificaciones de ninguna clase les devuelve la dignidad como seres humanos.

Aquí está la clave del victimario en los encuentros restaurativos: en el reconocimiento del daño, en su no justificación, en la asunción del hecho delictivo y en la necesidad de reparar de algún pequeño modo a la víctima, aunque sea contestando a sus preguntas, aunque sea explicándole por qué lo hizo, cómo lo hizo y cómo se sintió.

Reconocer todo esto requiere de una gran valentía, la misma que tuvieron que tener para entrar en la lucha armada, porque significa reconocer que sus vidas han sido estériles y que su aportación a este mundo ha sido el ejercicio de la violencia en su aspecto más crudo. Enfrentarse a esa vivencia autocrítica es muy exigente y no todo el mundo es capaz de hacerlo.

Tras poder evidenciar el inmenso dolor que genera la violencia en las dos direcciones —en quien la soporta sin haber tenido capacidad de elección y en quien la ejerce a pesar de haberla tenido— puedo concluir que como sociedad tenemos que seguir buscando otros medios alternativos de solución pacífica a los conflictos, porque como dijo Blas de Otero¹³ siempre me queda la palabra.

Ahora que vivimos tiempos convulsos donde en cualquier momento puede estallar la mecha de la violencia, ahora más que nunca, necesitamos creatividad y diálogo para no sembrar también este siglo de más horror.

Os mando un saludo muy afectuoso y mi más sincera enhorabuena por vuestra reflexión, crítica y aportación:

Esther Pascual

¹³ Si he perdido la vida, el tiempo, todo
lo que tiré, como un anillo, al agua,
si he perdido la voz en la maleza,
me queda la palabra.
Si he sufrido la sed, el hambre, todo
lo que era mío y resultó ser nada,
si he segado las sombras en silencio,
me queda la palabra.
Si abrí los labios para ver el rostro
puro y terrible de mi patria,
si abrí los labios hasta desgarrármelos,
me queda la palabra.
Blas de Otero, «Pido la paz y la palabra».

Txema Urkijo

La naturaleza nos dio una boca para hablar y dos oídos para escuchar. Casi nada, una apuesta doble por la escucha, frente al habla. Sin embargo, los seres humanos nos empeñamos con demasiada frecuencia en llevar la contraria a la madre naturaleza, invirtiendo la proporción. Menospreciamos la práctica de la escucha en multitud de ocasiones y así se enturbia el proceso comunicativo.

La convivencia ha de asentarse sobre unas bases y eso exige empezar por lo más elemental. Sin escucha, no hay comunicación correcta. Sin comunicación, es difícil sostener una convivencia social sometida al vaivén de los frecuentes conflictos que le son propios.

Foco de perturbación también para la convivencia es la escasa capacidad que tenemos para aceptar la diversidad, el pluralismo y, por tanto, la discrepancia del otro. El déficit de respeto y tolerancia que exhibimos respecto a las opiniones diferentes es alarmante. No estamos debidamente educados para aceptar con normalidad el pensamiento divergente y, por tanto, el debate y —por qué no— la discusión y la confrontación de ideas. Así se generan actitudes de incomunicación y de intolerancia. Caldo de cultivo para alimentar la intolerancia, de cuya mano llegan la división social, la fragmentación, las trincheras.

Y diría que la tercera gran pata para una convivencia social sana es la empatía. Tras escuchar, entender y aceptar la discrepancia y la controversia, ponerse en el lugar del otro y extender la comprensión incorporando tanto sus modos de razonar o pensar, como sus emociones y sentimientos, contribuye a crear condiciones favorables para la relación y la convivencia en cualquier grupo social.

En este caso, la empatía actúa como empaste social, como conexión neuronal en el cerebro colectivo.

Es verdad que la relación epistolar que habéis mantenido revela que estas breves y elementales reflexiones no os descubren nada nuevo. De

todo ello hay magníficos apuntes en vuestras cartas, lo cual es un dato muy alentador. No solo por el presente y el futuro que representáis, sino porque evidencia que vuestra educación está en excelentes manos, que han sabido estimular y propiciar estas capacidades tan necesarias como, por desgracia, poco habituales. Eso significa que el efecto será multiplicador y uno recupera un poco de esperanza en el futuro.

Vuestras reflexiones son de enorme interés porque abordan cuestiones clave para cualquier ámbito de convivencia donde ha existido una perturbación en forma de violencia. Reconforta escuchar vuestros posicionamientos radicalmente opuestos a la misma, más aún cuando dicha oposición nace y se fundamenta en una sólida argumentación ética y política.

Al hilo de vuestros comentarios, se intuye como esencial la necesidad de abrazar con firmeza la existencia de un conjunto de valores universales que han de estar en la cúspide de cualquier sistema de convivencia social. Una idea que ya fue esbozada por los revolucionarios franceses de fines del XVIII y desarrollada posteriormente, con carácter ecuménico, por la Asamblea General de las Naciones Unidas en 1948, a través de la *Declaración Universal de los Derechos Humanos*.

No en vano, sucedió después del horror de la Segunda Guerra Mundial y el holocausto judío. Tal fue el grado de inhumanidad de aquella tragedia, que los países fueron capaces de alcanzar un acuerdo para reconocer la existencia de ese núcleo central de valores de carácter universal que había de respetarse en cualquier sociedad y cualquier país del mundo, por ser consustanciales al ser humano y afectar a su esencia y su dignidad. Un ideal común para todos los pueblos y naciones.

En un plano teórico, al menos, hoy en día está asentada la convicción de que, sobre esta base ética, pero también política, debemos construir la convivencia en nuestras sociedades. El derecho a la vida es reconocido como un bien supremo y básico, además de condición de posibilidad para el ejercicio de los otros derechos. Una apuesta radical por la vida.

También por la utilización del diálogo como único método legítimo para solucionar los conflictos. Afirmación esta predicable a todos los niveles de las relaciones sociales, incluidas las interpersonales.

Cuando uno asiste o se aproxima a la tragedia que significan los muertos, heridos, amenazados, extorsionados, etc., por causa de la violencia política, no puede menos que preguntarse cómo es posible que el ser humano llegue a esos extremos.

En su imprescindible obra *Eichmann en Jerusalem. La banalidad del mal*, la pensadora judeo-alemana Hannah Arendt describió cómo el alto dirigente nazi, Adolf Eichmann, sobre cuyas sesiones del juicio al

que fue sometido en Israel trata el libro, no era un sociópata ni un perturbado mental, como se trataba de imponer a la opinión pública. Ella sostuvo que Eichmann realizaba su trabajo «eficazmente» cumpliendo órdenes de sus superiores y con el deseo de aumentar su poder e influencia dentro de un sistema criminal. Es decir, que no se trataba de un monstruo sino de una persona normal y corriente que, en determinadas circunstancias, había sido capaz de llegar a aquellos límites de horror.

Arendt escribió que «El problema con Eichmann fue precisamente que muchos fueron como él, y que la mayoría no eran ni perversos ni sádicos, sino que eran y siguen siendo terrible y terroríficamente normales. Desde el punto de vista de nuestras instituciones legales y de nuestras normas morales a la hora de emitir un juicio, esta normalidad es mucho más aterradora que todas las atrocidades juntas».

Por su parte, otro gran imprescindible, como es el pensador y escritor contemporáneo franco-libanés, Amin Maalouf escribió en 1999 una auténtica joya, cuya lectura no es que me parezca recomendable, sino que la calificaría de irrenunciable. Se trata de su breve ensayo *Identidades asesinas*.

El hilo conductor de esta obra parte de una interrogación ¿Por qué tanta gente mata y muere en conflictos relacionados con la identidad? La identidad es un concepto que Maalouf renuncia a definir pero que admite integrado por múltiples componentes, sin que sea sustantivo el derivado del nacimiento que determina a su vez la pertenencia. Y es en este espacio complejo donde sitúa el autor un factor clave para explicar la violencia: el fanatismo. Un fanatismo que lleva a morir y a matar por la identidad.

Maalouf denuncia el fanatismo de raíz religioso o político que aún empapa tantas voluntades y propugna un combate rotundo contra las identidades asesinas. A su juicio, las relaciones entre las personas que proceden de orígenes distintos no mejoran en la actualidad, sino que se están deteriorando. No cree que se esté haciendo un esfuerzo verdadero, con sabiduría, perseverancia y voluntad como para provocar un cambio real y constata que «las identidades siguen siendo asesinas en muchos lugares».

Para Maalouf es difícil detener ese fanatismo criminal, en el que jóvenes, influidos por especuladores, atacan objetivos fáciles y matan a personas normales que transitan por la calle y que no forman parte de la política o las instituciones. Por eso, su apuesta se centra en lo que considera el combate verdadero: ganar en el pensamiento.

Después de estos apuntes teóricos, aterrizo la reflexión en Euskadi. No me extenderé mucho en la obviedad del rechazo de la violencia po-

lítica practicada por ETA o, en mucha menor medida, por grupos de extrema derecha. En esencia, estos terrorismos antepusieron una idea política a la vida de las personas, justificando el asesinato en el altar del proyecto político que decían defender.

Por su olvido, deliberado o involuntario, es conveniente recordar que quienes optaron por el uso de la violencia tomaron su decisión libre y voluntariamente, sin que nada ni nadie les obligara a ello. Otras personas que compartían su misma ideología y sus mismos objetivos políticos apostaron, sin embargo, por vías pacíficas y democráticas para su defensa. La inevitabilidad del recurso a la violencia es una falacia con la que se ha pretendido justificar la práctica del terror.

Sin ir muy lejos, represión existió también en otras partes de España, por ejemplo, pero allí no hubo una respuesta violenta de la magnitud de la de ETA.

La sociedad vasca (la española también, aunque en mucha menor medida) ha sufrido las heridas físicas, psíquicas y sociológicas propias de décadas de violencia de motivación política. En términos psicológicos, un auténtico trauma social que ha afectado a varias generaciones.

Conviene no olvidar que el terrorismo de ETA nace cuando aún no se habían apagado los rescoldos de la tragedia que supuso la Guerra Civil de España y la represión de la Dictadura franquista que siguió al final de la contienda bélica. Esta circunstancia provoca que se sumen o se superpongan ambos efectos nocivos sobre la convivencia social.

No es exagerado hablar de fracturas en las relaciones sociales.

A pesar de los casi doce años transcurridos desde el último asesinato de ETA en España y casi diez años del anuncio del cese definitivo de su actividad, muchas de las heridas provocadas están aún por cicatrizar. Es verdad que la inmensa mayoría de ellas permanecen ocultas, en la intimidad de quienes la sufren y, por ello, especialmente a las nuevas generaciones que no habéis sido testigos directos del drama, os resultan inapreciables o prácticamente invisibles. Pero existen, vaya que sí existen.

Por ello, sanar y cicatrizar estas heridas debe constituir un objetivo prioritario para la sociedad vasca, al que hemos de dedicar importantes esfuerzos y energías. En este camino, se ha demostrado el destacado papel que pueden desempeñar las propias víctimas, es decir, aquellas personas que han sufrido directamente las consecuencias de la violencia y que han sobrellevado el dolor y el sufrimiento.

Experiencias como la que ya conocéis de los encuentros restaurativos entre presos arrepentidos de ETA y víctimas de su violencia terrorista, se han convertido en un referente del potencial pedagógico que atesoran las víctimas como agentes activos en el proceso de reconstrucción de relaciones sociales.

Para que la sanación de heridas y la mejora de la convivencia en la sociedad vasca sea genuina y sólida, se requiere de unas políticas públicas de memoria que permitan transmitir a las generaciones futuras el legado de las luchas por conseguir la paz y la libertad en nuestro país, así como del sufrimiento causado, bajo la irrenunciable premisa de la deslegitimación de la violencia y de cualquier vulneración de derechos humanos. Nunca hubo justificación para la violencia.

La memoria tiene un marcado sentido pedagógico y constituye un derecho no solo de las víctimas, en tanto que sujetos pasivos de la violencia, sino también del conjunto de la ciudadanía. Al tiempo, los poderes públicos tienen un correlativo deber de promover las condiciones para que se pueda ejercitar ese derecho.

Las políticas públicas de memoria deben llegar al sistema educativo e incorporar las herramientas adecuadas para transmitir ese conocimiento y ese legado y estimular el debate en torno al mismo.

Si así fueran las cosas, vosotros, los jóvenes, tendríais la oportunidad de elaborar vuestra propia memoria. Una nueva generación que verá las cosas con la distancia que no tuvimos nosotros. Un patrimonio dinámico que evoluciona, pero siempre pivotando en torno a aquellas actitudes básicas imprescindibles para una convivencia sana, que mencionaba al principio, y en el marco del conjunto de valores universales contenido en las declaraciones internacionales de derechos humanos. En definitiva, volviendo a Amin Maalouf, tenéis ante vosotros el reto de ganar en el pensamiento.

Es una tarea que os concierne a todos. Una responsabilidad que, lejos de suponer un lastre, ha de estimularos en la construcción de vuestro futuro. ¡Aurrera!

Autoras y autores

Bernardo Atxaga (Asteasu, Gipuzkoa, 1951; es seudónimo de Joseba Irazu Garmendia). Licenciado en Ciencias Económicas por la Universidad de Bilbao, desempeñó oficios variados (maestro de euskera, guionista de radio, librero, economista ...) hasta que, definitivamente, a comienzos de la década de los ochenta, consagró su quehacer exclusivamente a la literatura. Autor, entre otros, de *Obabakoak*, (1989, Premio Euskadi, Premio Nacional de Narrativa, finalista en el European Literary Award, IMPAC), *El hombre solo* (1994), *Dos hermanos* (1995), *Esos cielos* (1997), *El hijo del acordeonista* (2004, Premio Grinzane Cavour, Premio Mondello, Premio Times Literary Supplement Translation Prize), *Siete casas en Francia* (2009, finalista en el Independent Foreign Fiction Prize 2012, finalista en el Oxford Weidenfeld Translation Prize 2012) y *Días de Nevada* (2013, Premio Euskadi). Su obra puede leerse en 34 lenguas, y ha sido llevada al cine por Montxo Armendariz (*Obaba*, 2005), Aizpea Goenaga (*Zeru horiek*, 2006) e Imanol Rayo (*Bi anai*, 2011). Es miembro de la Academia de la Lengua Vasca y director de la Revista *Erlea*.

Paula del Barrio Torres nació en Valladolid. Es estudiante del doble grado en Derecho y Comunicación en la Universidad de Deusto en el Campus de San Sebastián y participa en el programa Gipuzkoa Talenta del Gobierno Vasco. Durante su vida estudiantil ha formado parte de asociaciones como ELSA-Deusto, ELSA-Spain y Equipo Europa. También ha participado en concursos destinados a estudiantes de Derecho, obteniendo reconocimientos en el Quizz41 del Gobierno Vasco, el Legal Challenge del IE School y la Moot Court de ELSA-Deusto. Su pasión por la escritura la acompañan desde pequeña lo que le ha llevado a publicar algún artículo en *Legal Today*. En sus tiempos libres, a Paula le gusta viajar para conocer culturas distintas y realizar deporte, concretamente, natación y atletismo.

Pablo Bellido Cascón es un estudiante del doble grado de Derecho y Comunicación en la universidad de Deusto. Igualmente, es voluntario de la asociación Loiolaetxea; la cual tiene como objetivo fundamental llevar a cabo una intervención alternativa en los procesos de reinserción social de personas en situaciones de exclusión. Además, es un estudiante entusiasmado con el mundo del periodismo de investigación y al cual le gustaría dedicarse en un futuro al mundo del periodismo audiovisual de investigación. Así mismo es una persona que se considera defensora de los derechos humanos y que tiene como vocación profesional el dar voz a los más vulnerables.

Luisa Etxenike, nacida en San Sebastián, es autora de las novelas *Aves del paraíso*, *Absoluta presencia*, *El detective de sonidos*, *El ángulo ciego* (Premio Euskadi de Literatura), *Los peces negros*, *Vino*, *El mal más grave* y *Efectos secundarios*; de las obras teatrales *La herencia* (Premio Buero Vallejo), *Gernika es ahora* y *La entrevista*; del poemario *El arte de la pesca*, y de varias colecciones de relatos. Es directora del espacio cultural digital *Canal Europa* y del festival literario *Un mundo de escritoras*. Ha recibido del gobierno francés la distinción de Caballero de la Orden de las Artes y las Letras. (www.luisaetxenike.net)

Iñaki García Arrizabalaga es Doctor en Ciencias Económicas y Empresariales y profesor titular e investigador en Deusto Business School (Universidad de Deusto, San Sebastián, España). Es ponente invitado en los programas educativos del Gobierno Vasco y del Gobierno de Navarra sobre paz y convivencia dirigidos a estudiantes de secundaria, bachillerato y universitarios. Su padre fue secuestrado y asesinado en 1980 por un grupo terrorista cercano a ETA.

Zuriñe Iglesias Sarasola es estudiante de Derecho y Comunicación en la Universidad de Deusto. Le apasiona leer y aprender sobre la historia política, especialmente sobre los conflictos armados. Uno que le toca muy de cerca es el conflicto vasco. Vive en Euskal Herria y dos familiares suyos sufrieron las consecuencias de la Guerra Civil y el franquismo. A raíz de eso, y por el sentimiento que le conmueve, ha indagado extensamente sobre el conflicto vasco, desde libros y artículos de opinión hasta series y películas. Entre sus aficiones están la actualidad política nacional e internacional. Le gusta seguir y analizar los derechos de las naciones que tienen su propia identidad, cultura, costumbres y lengua. Le interesa conocer sobre cómo las distintas naciones dentro de un Estado han ido consiguiendo la independencia, cada una a su manera. Con este libro, ha podido abrirse y expresar claramente sus pensamientos dado que es

un tema del que nunca ha hablado en público. Ha intentado buscar los porqués y las posibles razones de lo ocurrido y ahondar en los futuros retos de la convivencia en Euskal Herria.

Lucas Joshi es estudiante de Dartmouth College (EE. UU.) donde estudia un doble grado en literatura española y portuguesa. Es co-fundador y co-director de la revista cultural, *Dear Dartmouth: An Undergraduate Publication*, fundador y presidente del grupo de lectura anticolonialista, *Chapter Two*, y fundador del programa bilingüe, *Read Conmigo*, de la biblioteca municipal de Hanover, New Hampshire, la Howe Library. Ha recibido la beca Mellon Mays para escribir su tesina «Deshaciendo lo utópico: Allorando el camino para la reconciliación dentro del contexto vasco». Contempla estudios de doctorado sobre la literatura y la cultura luso-india.

Rachel Kent acabó sus estudios en Dartmouth College en el 2021, donde se especializó en tres áreas: en los estudios de geografía humana, los del medioambiente, y en el campo del hispanismo. En Dartmouth, fue galardonada como Salutatorian, Stamps Scholar, Class Marshal, Dartmouth Legacy Award, Phi Beta Kappa, y con el Premio Rachel Carson del Departamento de Geografía. Sus inquietudes intelectuales se centran en la búsqueda de métodos alternativos para la producción de alimentos, procesos que enriquezcan en lugar de destruir nuestras comunidades y el medioambiente. Para su tesina, llevó a cabo un estudio etnográfico donde exploró la posibilidad que tiene la agricultura no capitalista de crear relaciones de cuidado tanto de la vida humana como de la no humana. Kent también pone en práctica su pasión de buscar sistemas de alimentación justos y sostenibles al trabajar en varias fincas y con distintos proyectos de acceso a alimentos por Nueva Inglaterra. Hoy cursa el Master of Gastronomy: World Food Cultures and Mobility en la Universidad de Ciencias Gastronómicas en Pollenzo, Italia, gracias a una beca Fulbright.

Maixabel Lasa Iturrioz nació en 1951 y está jubilada. Tiene una hija y tres nietos. Fue directora de la oficina de Atención a Víctimas del Terrorismo del Gobierno Vasco desde los años 2001-2012. Participó e impulsó desde la dirección varios proyectos, de los cuales destaca Glenree, víctimas educadoras, y los encuentros restaurativos. En su caso, estuvo con dos de las personas que asesinaron a su marido, Juan María Jauregi, uno de ellos protagonista conjunto con Lasa del documental *Zubiak* (Puentes) de Jon Sistiaga (2019). En otoño de

2021 se estrenó el filme *Maixabel* (Iciar Bollaín) sobre su vida y trayectoria civil. Ha participado y participa en numerosas actividades a favor de la paz y convivencia.

Annabel Martín es profesora titular del Departamento de Español y Portugués y de los Programas de Literatura Comparada y Estudios de la Mujer, Género y Sexualidades de Dartmouth College (EE. UU.). Igualmente, fue la creadora y primera directora del Gender Research Institute de Dartmouth College (GRID). Ha publicado extensamente sobre nacionalismo, género, memoria histórica y la violencia terrorista y convivencia en el contexto vasco, además de sobre cine, género y turismo en la España desarrollista, y sobre la importancia de las humanidades y los estudios de género en los sistemas educativos. Es autora del libro *La gramática de la felicidad: Relecturas franquistas y posmodernas del melodrama* (2005), co-editora con Pilar Rodríguez de *Tras las huellas del terrorismo en Euskadi: Justicia restaurativa, convivencia y reconciliación* (2019) y prepara un manuscrito sobre el papel de la cultura en los procesos de convivencia y profundización democrática en Euskadi. Ocupó la Cátedra Bernardo Atxaga del CUNY Graduate Center (Nueva York, EE. UU.) (Instituto Etxepare-Gobierno Vasco) en 2019.

Unai Murua es estudiante del doble grado en Derecho y Comunicación de la Universidad de Deusto. Desde pequeño, el conflicto vasco ha estado presente en su vida, por lo que siempre ha mostrado especial interés en conocer, con detalle, uno de los episodios más oscuros de la historia del País Vasco. Ha acudido a numerosos actos y conferencias sobre ETA, la paz y el proceso de reconciliación. Todo ello ha generado en él la responsabilidad y, sobre todo, el convencimiento de que su generación está obligada a coger el testigo y continuar con ese legado que unos cuantos comenzaron años atrás. Su participación en este libro simboliza esa primera aportación, ese primer cimiento para seguir construyendo una Euskadi mejor.

Naiara Nájera Etxeandia es estudiante de Derecho y Comunicación en la Universidad de Deusto, además de estar formándose en Cooperación para el Desarrollo. Su interés e implicación en las causas sociales le ha llevado a participar en varios proyectos sociales en España, Marruecos y Burkina Faso. Actualmente, está participando en varios proyectos de investigación sobre los Derechos Humanos y los Objetivos de Desarrollo Sostenible. Sus intereses se centran en los Derechos Humanos, género, y cultura de paz y no violencia. Es también una gran aficionada a viajar y conocer nuevas identidades, lenguas y culturas.

Con este libro, espera poder contribuir a la creación de una sociedad más empática, comprensiva y cercana, donde la dignidad humana y comunitaria se priorice por encima de cualquier otro tipo de interés.

Cristina Ortiz Ceberio (PhD, University of Cincinnati) desempeña su tarea docente como Catedrática de Humanidades y Estudios Globales en la Universidad de Wisconsin-Green Bay, donde además ha ejercido como titular de la cátedra Patricia W. Baer en Educación (2015-2019). En la actualidad es Vice-Decana de Humanidades. Ha publicado numerosos artículos sobre cine y literatura contemporáneos en revistas académicas de España y Estados Unidos. Entre sus publicaciones más recientes se encuentran *Ellas cuentan: Representaciones artísticas de la violencia en el País Vasco desde la perspectiva de género*. Madrid: Dykinson, 2020 —en co-autoría con María Pilar Rodríguez— y, su versión en inglés, *Affective landscapes: Representation of Terrorism and Violence by Basque Female Authors*. New York, Berlin: Peter Lang, 2021. Las líneas de investigación en las que se encuentra trabajando actualmente se enfocan en temas de nacionalismo y género en la literatura contemporánea. Correo electrónico: ortizc@uwgb.edu

Esther Pascual Rodríguez actualmente dirige el Grado de Criminología en la Universidad Francisco de Vitoria. Se dedica a la docencia universitaria desde hace 4 años, compatibilizándolo con el ejercicio práctico de la abogacía desde el año 2001 y de la mediación desde el año 2005 con la Asociación de Mediación y Pacificación de Conflictos de Madrid. Dicha asociación fue pionera tanto en el ámbito de la mediación penitenciaria, como en el ámbito de la mediación penal, impulsando experiencias piloto que posteriormente han ido proliferando a lo largo del territorio nacional. Es autora de diversas publicaciones en materia de ejecución de penas y de justicia restaurativa. De entre sus libros merece la pena destacar *Los ojos del otro. Los encuentros restaurativos entre víctimas y ex miembros de ETA* (2013) que narra la experiencia tan potente, humana y transformadora que supusieron dichos encuentros desde la perspectiva teórica del facilitador. Esther Pascual participó en los encuentros restaurativos entre víctimas y ex miembros de ETA como facilitadora de los mismos y como coordinadora del programa cuando se sumaron más mediadores, toda vez que diseñó los protocolos de intervención en los mismos. Se doctoró en la Universidad Complutense de Madrid en el año 2012, con una tesis sobre mediación titulada: *La mediación en el sistema penal. Propuestas para un modelo reparador, humano y garantista*. Es formadora de mediadores, a la que vez que se considera siempre una aprendiz.

Naren Radhakrishnan tiene veintidós años y es de Grayslake, Illinois, un suburbio perteneciente al área metropolitana de Chicago. Después de estudiar en un colegio interno en Illinois, completó los grados de Económicas, Informática e Hispánicas en Dartmouth College en 2020, en plena pandemia. Ese mismo verano fundó una empresa de consultoría y de diseño sin fines de lucro, dirigida por estudiantes y con presencia en todo EE. UU., que colabora con pequeños empresarios de sectores sociales marginales. Hoy, Naren trabaja en Boston como inversor en el mundo de la medicina y la tecnología. En su tiempo libre se mantiene activo disfrutando de la naturaleza, quitando las telarañas a su guitarra y explorando la ciudad de Boston.

María Pilar Rodríguez es profesora titular en el Departamento de Comunicación de la Universidad de Deusto y directora del Doctorado en Ocio, Cultura y Comunicación para el Desarrollo Humano. Es doctora por la Universidad de Harvard. Hasta 2002 fue profesora en la Universidad de Columbia (Nueva York, EE. UU.). Ha publicado extensamente sobre literatura, cine, cultura y estudios de género. Es la Investigadora Principal del equipo Comunicación, reconocido por el Gobierno Vasco. Sus dos últimos libros son *Ellas cuentan: Representaciones artísticas de la violencia en el País Vasco desde la perspectiva de género* (Madrid: Dykinson, 2020, escrito con Cristina Ortiz) y *Cine vasco: una historia política y cultural* (Salamanca: Comunicación Social, 2015), escrito con Rob Stone.

Txema Urkijo ha sido, hasta hace escasas fechas, Responsable de Memoria, de la Oficina de Derechos Humanos y Memoria del Ayuntamiento de Madrid, así como asesor del Comisionado de Memoria Histórica del mismo Ayuntamiento; tareas que comenzó a desempeñar en mayo de 2016. Anteriormente ostentó diversas responsabilidades en el área de Paz, Convivencia, Derechos Humanos y Víctimas del Gobierno Vasco entre los años 2002 y 2014. En concreto, fue Director de Derechos Humanos, desde febrero de 2002 hasta octubre de 2005; Asesor de la Dirección de Atención a Víctimas del Terrorismo, desde febrero de 2006 hasta diciembre de 2012 y Coordinador de la Política de Víctimas de la Secretaría de Paz y Convivencia, desde enero de 2013 hasta abril de 2014. Premio Nacional de Derechos Humanos 2013, concedido por la Asociación Pro Derechos Humanos de España, compartido con las otras dos personas que formaron parte del equipo en la Dirección de Atención a Víctimas del Terrorismo del Gobierno Vasco. También fue miembro de la Coordinadora Gesto por la Paz de Euskal Herria desde 1988, hasta su disolución en junio de 2013, de cuya Comisión Permanente formó parte durante varios años, entre 1991 y 2000. <http://txemaوركijo.com> @txemaوركijo.

Cuadernos Deusto de Derechos Humanos, núm. 99

Este libro recoge las cartas que se escribieron a partir de las conversaciones que a través del correo electrónico y de sesiones de videoconferencia mantuvieron ocho jóvenes (en torno a los veinte años), tres de Dartmouth College (Lucas Joshi, Rachel Kent, Naren Radhakrishnan) y cinco de la Universidad de Deusto (Pablo Bellido, Paula del Barrio, Zuriñe Iglesias, Unai Murua y Naiara Nájera) en los meses de marzo a diciembre de 2020. Es una iniciativa que surge de la colaboración entre dos profesoras y colegas, Annabel Martín (Dartmouth College) y María Pilar Rodríguez (Universidad de Deusto) al poner en contacto los estudiantes de ambas en el contexto de un seminario sobre el contexto post-ETA ofrecido en Dartmouth College. El tema de las cartas es el de la violencia política y de los retos de la convivencia en Euskadi y en EE.UU. en sentido amplio. Las cartas reflexionan sobre el tipo de mundo que heredan estos jóvenes comprometidos con sus comunidades respectivas subrayando las experiencias personales vividas de cada uno. Las cartas son profundas, íntimas, con gran curiosidad por saber y aprender de los distintos contextos y exploran temas ligados a la violencia racial, las víctimas de la violencia política, la inmigración, el activismo político, el uso de violencia ante la lucha política, el miedo y la autocensura, la desobediencia civil, los efectos del capitalismo neoliberal sobre la vida en común, los derechos civiles, la identidad individual, entre otros. El volumen se completa con una introducción de las dos editoras y un breve prólogo en el que Bernardo Atxaga presenta el libro y Maixabel Lasa escribe una carta dirigida a las nuevas generaciones. El libro termina con un quinto capítulo donde la mediadora del proyecto de justicia restaurativa de Nanclares de Oca, Esther Pascual, la escritora Luisa Etxenike, la profesora Cristina Ortiz de la Universidad de Wisconsin-Green Bay, el ex dirigente de la oficina de víctimas del Gobierno Vasco, Txema Urkijo y el profesor de la Universidad de Deusto y víctima de ETA Iñaki García Arrizabalaga, reflexionan sobre los retos que plantea la convivencia social a los jóvenes de hoy.

Annabel Martín es profesora titular del Departamento de Español y Portugués y de los Programas de Literatura Comparada y Estudios de la Mujer, Género y Sexualidades de Dartmouth College (EE.UU.). Fue la creadora y primera directora del Gender Research Institute de Dartmouth College (GRID).

María Pilar Rodríguez es profesora titular en el Departamento de Comunicación de la Universidad de Deusto y directora del Doctorado en Ocio, Cultura y Comunicación para el Desarrollo Humano. Es la Investigadora Principal del equipo Comunicación.



Avalado por



Promovido por



LEHENDAKARITZA
Giza Eskubide, Eskidetzaz
eta Lan-kidetzaren Idazkaritza Nagusia
Biktimen eta Giza Eskubideen Zuzendaritza

PRESIDENCIA
Secretaría General de Derechos Humanos,
Convivencia y Cooperación
Dirección de Víctimas y Derechos Humanos